



Consejo Editorial:

Pantaleón Narváez Arrieta
Jorge García Usta.
Pedro Badrán Padauí.
Alfonso Múnera Cavadía.

Ilustraciones:

Dalmiro Lora Cabarcas

Colaboradores:

Manuel Burgos Navarro.
Rómulo Bustos Aguirre.
Julio Múnera Cavadía.
Alfonso Muñoz.
Pedro Vargas.
Segrid Herrera.
Isabel Bolaños.

Diseño y montaje:

Octavio Morales Franco.

Licencia en trámite.
Apdo. Aéreo 5146.
Cartagena- Colombia

Febrero- marzo 1981

EDITORIAL

En el año 1946 –cuentan los viejos– Mariano Ospina Pérez siendo candidato a la presidencia de la república, le preguntó a los cartageneros: “¿Qué queréis ¿estadio de béisbol o alcantarillado?”. Apretados en la plaza de la proclamación, aquellos contestaron en una sola y unánime voz, salida de miles de gargantas: “Estadio de béisbol”. En esos mismos días los colombianos empezaban a vivir uno de los periodos más amargos de su historia: “La violencia”, que dejaría más de 300.000 muertos.

Ospina Pérez no solo dotaría a Cartagena de un estadio demasiado grande para la época sino que, además, le daría nuevo impulso al ciclismo y haría posible que el fútbol viviera sus días de mayor esplendor cuando Millonarios era el mejor club del mundo. Pero, como diría Eduardo Galeano, no se le puede achacar ni al béisbol ni al fútbol ni al ciclismo la culpa de los muertos. En este punto los doctores Gómez Hurtado, Lleras, y otros, no tienen ninguna clase de dudas.

En el año de 1948 el pueblo raso cartagenero amaba por encima de todas las cosas a tres hombres: Jorge Eliécer Gaitán, *Chita* Miranda y *Petaca* Rodríguez. Al primero porque había sido el más grande dirigente popular de la primera mitad de siglo y había muerto sin traicionarlo –la más extraña virtud de nuestra historia republicana. A *Chita* Miranda porque jamás había cometido un error mental en sus largos años de *short stop* y la botaba de *jonrón* cada vez que se volteaba la gorra. Y a *Petaca* porque gracias a la infantil sabiduría de esa bolita floja que se mandaba le pusimos a Cuba, el más terrible enemigo de la cuenca del Caribe, nueve ceros. Lo que a los tres los unía en el sentimiento popular caribeño era que nunca hubieran fallado en los momentos más difíciles. Ya se tratara de aquellas denuncias terribles de que “el gobierno de Colombia tiene la ametralladora para los hijos de la patria y la rodilla en el suelo para el oro yanqui...” o de una peligrosa jugada en el parque de diamante.

Si hoy llegara a morir *Pipa* Bustos, *Papi* Vargas, Cavadía o cualquiera de las otras figuras de la novena peloteril del 47, seguramente que de los barrios populares hombres y mujeres saldrían de sus casas y habría un dolor de pueblo de verdad. Pero si, por el contrario, el muerto fuera alguno de los gobernadores, parlamentarios o concejales o cualquiera de las personalidades connotadas de la alta y tradicional cloaca política, habidos desde mediados de siglo, o todos ellos juntos, a lo sumo irían a la última morada acompañados de los empleados de la Contraloría. El pueblo nunca se ha comportado en el amor con la liviandad de las cortesanas y su razón tendrá desde que, antes de

encariñarse con Rafael Núñez —el sórdido pensador de El Cabrero— prefiere hacerlo con *Chita* o con *Petaca*.

En las gramillas de los campos de fútbol y de béisbol, en el reducido espacio de un ring, en las empinadas cuestas de los páramos, nuestra gente acorralada por la miseria y la ignorancia, y la más despiadada explotación de siglos, se aferra a una de las pocas oportunidades con que cuenta para expandir y proteger su inteligencia, su coraje y su fuerza arrolladora. Y también su alegría. Paradójicamente, a pesar de este cerco brutal, uno de los pocos muestrarios decentes que le va quedando a la nación en el exterior lo constituyen nuestros grandes deportistas. Del resto, ¡ah cosa sabida esta! El nombre de Colombia resuena en los confines del planeta por su destacada participación en el tráfico de la marihuana y de la cocaína, en una competencia de degradación y podredumbre para la que los de arriba son, en extremo, virtuosos.

Ahora bien, el triunfo del ciclista Alfonso Flórez en la Vuelta a Francia, las difíciles victorias de *Kid Pambelé*, Rodrigo Valdés y Ricardo Cardona, tienen sin lugar a dudas muchos más méritos que la rutinaria y gris intervención de Cobo Borda en los congresos internacionales de literatura. Compárese la trayectoria de Pambelé con la del bobo de marras que tenemos de zar y canciller de la cultura, y el resultado no podrá ser más obvio.

Pero el deporte como todo lo popular tiene su tragedia. Su propia y dolorosa tragedia. De boxeadores, casi niños, que andan por ahí con el cerebro dañado por los golpes y el hambre. De *Mochila* Herrera, ese gran boxeador, enfermo y sin cuidados médicos y condenado a celar por las noches en una granja del gobierno para sobrevivir. De los peloteros del 47, que al igual que el coronel de Macondo, estragados por la miseria, esperan aún la jubilación que el congreso de hace tres lustros les prometiera aprobar. De todo un pueblo que ya no encuentra ni siquiera en el deporte el paliativo de su desgracia porque este no ha escapado a la corrupción general, y porque de todas maneras, aunque lo hubiera logrado, la desgracia se ha vuelto demasiado grande.

Empero, no hay mucho que lamentar. El comercio ideológico y económico del deporte con sus naturales y atroces consecuencias se hunde en el caos que estremece a la sociedad entera. El coraje, la fuerza y la inteligencia populares han producido y empiezan a producir masivamente hombres más astutos que *Chita*, más sabios que *Petaca*, más corajudos que *Mochila*, en un escenario más amplio que es la nación entera y en el marco de una empresa que, entre otro sinnúmero de cosas, hará del deporte lo que nunca ha sido plenamente: un verdadero acto de alegría.

REPORTAJES

Bernardo Caraballo: La vida de un ídolo

Alfonso Múnera Cavadía

Corría el año de 1961. En el estadio *Once de Noviembre* un morocho de seis peleas profesionales destrozaba la leyenda de Ramoncito Arias. Pero para los venezolanos el mito seguía vigente. Pepe Atilio, locutor y empresario de boxeo, se limitó a decir que “Ramoncito había venido a Cartagena a una exhibición”. Y decidió montar la revancha en el *Nuevo Circo de Caracas*. El Gran Ramón, cuya fama había sido cantada por Daniel Santos, debía reivindicarse.

La noche de la pelea entre Ismael Laguna y *Caratabla* Castillo en el estadio de béisbol de Maracaibo, Sócrates Cruz se encontraba con el *Curro* Dossman en el camerino de Laguna, cuando entró el *Brinco* Guerrero con un morenito vestido correctamente y medio asustado por la presencia del campeón panameño.

– Aquí, te traigo a Caraballo –le dijo el *Brinco* Guerrero.

Sócrates estaba ocupado vendando a Laguna, pero no por eso dejó de impresionarle el aspecto de ese morocho casi niño, extremadamente delgado, que apenas se atrevía a insinuar una sonrisa.

– Sócrates me miró un poco incrédulo –dice Caraballo– y entonces, me preguntó: ¡Coño! ¿Tú venciste a Ramoncito? Yo miré al *Cuchillita* Laguna de reojo y le dije: A ese tal Ramoncito le vuelvo a ganar en Caracas. Caraballo le ganaría nuevamente y con mayor facilidad a Ramoncito Arias en el *Nuevo Circo de Caracas* ante el asombro de veinte mil espectadores que poco antes de la pelea se divertieron de lo lindo con cosas como aquella de “Ramón, cuídate, que te roba la cartera el colombiano”. Bernardo se ríe al recordar lo primero que le dijera a Sócrates cuando lo abrazó entusiasmado por el triunfo: “Profesor, ganarle a Ramoncito cuesta menos trabajo que bucear monedas de veinte centavos en Bocachica”

Si Caraballo hubiera sido navegante

Después de haber llorado a sus muertos a las doce de la noche del último día del año, Santos Rodríguez, con una barriga enorme, bailaba cumbia cuando sintió los primeros dolores del parto. En ese amanecer de rumbas, el 1º de

enero de 1942, nacería en Bocachica Bernardo Caraballo. “Quizás por eso me gustan tanto las fiestas –dice. Mi mamá bailó conmigo adentro y a punto de salirme, cuatro horas seguidas”.

Bocachica es una de las principales atracciones para el turista que viene a Cartagena. Allí están los fuertes de San Fernando y de San José, y la monótona historia de las hazañas de Blas de Lezo. Un balneario para emborracharse y hartarse de sábalo frito, el mar... y también el caserío de pescadores, por donde corretea una multitud de negritos, anémicos y ombligones, que aprendieron a reírse ante la cámara de fotografía.

Pero el turismo no ha cambiado ni la miseria de los bocachiqueros ni, mucho menos, su vocación fundamental de navegantes. De haberse quedado en Bocachica, Bernardo Caraballo estaría ahora, seguramente, encaramado en una de las embarcaciones que desafían los vientos de Punta de Gigante. Martiniano, Juan y Alejandro, sus hermanos, son hoy veteranos capitanes de mar adentro. “A ellos les enseñó mi padre en *La Sombra* y *La Cubita*, dos pequeños barcos de su propiedad”. En uno de sus frecuentes viajes a la costa de San Blas, Alejandro decidió traerle una pequeña canoa a su hermano menor. “En ella empecé a trabajar, ese fue mi primer trabajo –prosigue Bernardo; me iba desde muy temprano a esperar la llegada de los barcos para bucear monedas y pasear turistas”.

Bernardo tiene catorce hermanos. Es gente dedicada a los más variados oficios: *Mañe* es carpintero; José es sastre; *Catico* y *Hamle*, comerciantes; Domingo, profesor de idiomas; Martiniano, Juan y Alejandro, navegantes; Celestino, el menor, y las cinco mujeres: María, Lucía, *Lore*, Hilda, y Flor María. Caraballo se encuentra ligado a todos esos nombres gracias a que siempre anduvo detrás de su padre; en Bocachica vivió con Santos, su madre, y Andrea de la Rosa, su primera madrastra; y en Chambacú viviría años después con Carmenza Castellanos, su segunda madrastra.

Los brazos de un embolador

Bernardo subió al *ring* y luego se volvió adonde estaba Sócrates y le dijo: “Dile a uno de esos chinitos que venga a entrevistarme”... Cuando el hombrechito de ojos rasgados le puso por delante el micrófono, dejó oír su voz chillona: “Esta pelea se la dedico a mi querida madrecita Santos Rodríguez”. La pelea no se estaba transmitiendo para Colombia, pero para Caraballo carecía de importancia que la vieja Santos lo estuviera oyendo. Para él esas palabras habían adquirido un significado más profundo: era su himno de combate.

El coliseo *Araneta* trepidaba de emoción. Los filipinos habían visto caer, pocos meses antes, a Marcel Juban frente a ese negrito correntón que parecía tan difícil de atrapar y abrigaron la esperanza de que el tailandés Chanoi, ídolo de Manila, lo aniquilara con su fuerte pegada. No había cupo para un suspiro en el estadio *Araneta*. Diez *rounds* en que Chanoi golpeó varias veces con su peligrosa derecha el rostro de Caraballo. Pero la mayoría de sus rechazos se perdieron en el aire y en la guardia de Caraballo. En el octavo asalto Bernardo le había dicho a Sócrates: “Profesor, los brazos me pesan como dos barras de hierro”. Zunilda cuenta que al día siguiente del combate Caraballo no podía mover los brazos y ella tenía que darle la comida.

– ¿Te dolían mucho los brazos? –le pregunto a Caraballo.

– Sí, mucho.

– ¿Como si te los hubieran machacado?

– No, así no...

– ¿Como quien ha realizado con ellos un desacostumbrado y prolongado esfuerzo?

– Sí, más o menos así. Mira, igual a como se siente un embolador después de las primeras emboladas.

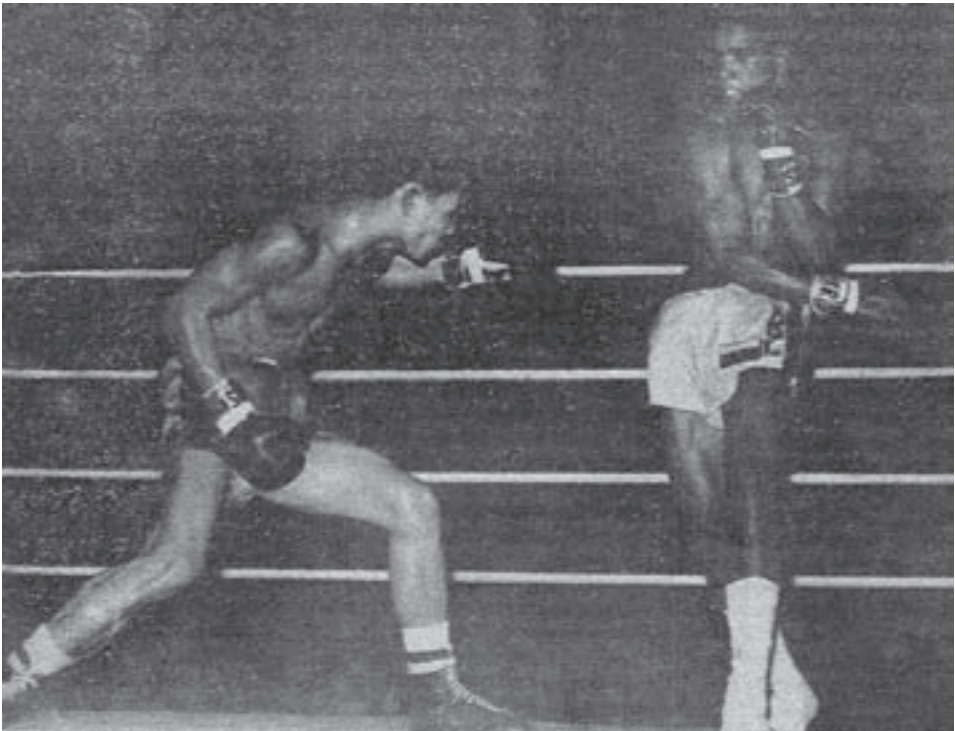
Chambacú: El tugurio de los grandes boxeadores

A los 17 años Caraballo embolaba zapatos en el camellón de Los Mártires. Todos los días, a muy tempranas horas, salía de Chambacú la tropilla de emboladores. Doce o quince muchachos pobremente vestidos, y la mayor parte de ellos a pie descalzo, atravesaban presurosos con sus cajitas en las manos el viejo y quejumbroso puente. Anclaban en el parque del Centenario y luego se iban al Camellón a esperar sentados debajo de los bustos de los próceres de la independencia. “Conmigo –recuerda Bernardo– embolaban *Pambelé*, el *Baba Jiménez* y *Orlando Pineda*... A las nueve de la noche, después de que empezara la película de cine en noche, regresábamos al barrio... Cuando llegábamos al puente era una costumbre detenernos a mirar la luna...”

– ¿La luna? –le pregunto.

– Sí, la luna –me dice. En Chambacú los muchachos dormíamos en el suelo y cuando llovía teníamos que encaramarnos encima de las mesas porque las casas se inundaban... Por eso preferíamos mirar la luna, mirar si había luna llena.

Antes de que la gente comenzara a invadir, Chambacú era puro cascajo y mangle. En todo ese playón inmenso lo único que existía era un conjunto de construcciones coloniales de una planta, conocidas como *La Casa de las Viudas*. Alrededor de esta fueron apareciendo casuchas de lata o de pedazos de madera vieja. La inquebrantable tenacidad de la gente fue rellenando a punta de aserrín y hasta afrecho de coco el lodazal que era Chambacú en invierno, convirtiéndolo en la típica vivienda de los negros, donde el hambre y la ignorancia se habían estacionado lo mismo que las aguas negras. “Yo vivía en una de esas pequeñas casas, diagonal a *La Casa de las Viudas* y al lado de la *Loma de Vidrio*” –me dice Caraballo, quizás un poco nostálgico porque ahora Chambacú no existe. La miseria la trasladaron intacta o peor a otra parte y en su lugar quedó un lote pelado cuya utilidad provocó hace poco un debate de trascendencia nacional, en el que estaban en juego los millonarios intereses de la industria turística.



Bernardo Caraballo- Chartai Chanoi, 17 años atrás. Cualquiera diría que a Bernardo le gustaba imitar ciertos pasecitos de Nureyev... ¡Nada de eso! Elegancia natural de puro pueblo en la reverberancia del trópico. (Foto Archivo *En Tono Menor*)

Antes de que Caraballo golpeará un saco por primera vez en el Gimnasio de Manga, antes de que el chileno Julio Carvajal empezara a darle las primeras lecciones, Chambacú había ayudado a desarrollar en él las cualidades que años más tarde lo harían el más grande boxeador de la historia del boxeo colombiano. Jugando a “la libertad”, Caraballo empezaría a ejercitar sus piernas y a quebrar la cintura gracias a los continuos esguinces que tenía que hacer para mantenerse “libre”. La velocidad de sus piernas haría que Orlando Pineda en esos años de correteo infantil le pusiera de sobrenombre el *Venao*.

– En Chambacú, sobre todo –dice Caraballo– conocí a Zunilda, la morena más linda del barrio. La hija de María Galé...

Zunilda

Zunilda tiene la vitalidad de cualquier negra toricera. Hija de María Galé, una de las mujeres más conocidas y queridas por la gente de Chambacú. Jacarandosa y bullera hace ratos que dejó de ser la morenota acuerpada que en las peleas de Bernardo se sentaba en las primeras bancas a gritar, saltar y hasta pelear si ello era necesario. Hoy es una buena ama de casa dedicada al cuidado de un hogar de cinco hijos; sin embargo, nada la pone de mejor humor que recordar los buenos tiempos del *Benny*. Entonces suelta la lengua y no hay forma de pararla. Yo estoy convencido de que nadie podría contar mejor la vida de Caraballo que ella. Es la tercera vez que voy en busca de Caraballo y no lo encuentro. Zunilda está sentada en la puerta con Marelvi, la hija mayor, y tres sobrinas.

– Bernardo no ha llegado. Seguramente se encontró con Rodrigo Valdés que anda buscándolo –me dice. Rodrigo acaba de llegar de Nueva York. Se ve muy bien Rodrigo. Él sabe cuánto nos alegramos, sobre todo Bernardo, cuando ganó el título mundial.

Zunilda se queda callada con la vista perdida hacia el lago que queda al fondo de la calle. Se sonríe recordando quién sabe qué cosa. Luego interrumpe el silencio para preguntarme:

– ¿Cómo viste la pelea de *La Cobra* y Cardona?

– *La Cobra* se equivocó de cabo a rabo –le digo.

– Esa pelea fue muy dura. Era la oportunidad de *La Cobra* –dice.

Seguimos hablando un rato del combate de *La Cobra* y Cardona. Zunilda está contenta: estamos metidos en el boxeo y meterse en el boxeo con Zunilda es terminar en Caraballo.

– ¿Cómo te pareció lo de Joffre? –le pregunto.

– Bernardo le estaba dando un paseo. Yo sabía que iba ganando. Por eso cuando se cayó le grité que se levantara, varias veces le grité, pero él no podía. Me miraba y me señalaba las piernas. No había nada que hacer. Se quedó sin piernas porque golpe no hubo...

– Joffre era más bien lento –le digo.

– Sí, Bernardo lo estaba bailando...

“La prensa se nos vino encima, me dijo una vez Sócrates. ¡Coño, eso fue terrible! Un periodista decía que lo de Caraballo había sido un delito contra la patria, otro pedía que a Bernardo se le descalificara de por vida, que no era sino un irresponsable y que había perdido porque el día anterior estábamos donde las putas... Fue una crueldad innecesaria. Simplemente, Bernardo no entendía la importancia de tener un título mundial”.

Al día siguiente de la pelea, en las horas de la mañana, Caraballo con una sonrisa enorme, y un vestido de cuadros rojos y un sombrerito de paño rojo también, enamoraba a una rola gordita en una esquina de Bogotá.

Con el balde encima...

Pocos meses después de casarse con Zunilda, Caraballo dejó el oficio de embolador. “Zunilda no quería que siguiera embolando –dice. Entonces me busqué la chamba de ayudante de albañil. A mí me tocaba preparar la mezcla y subírsela a los trabajadores. Me quedó una cicatriz en el hombro de tanto subir con el balde encima... Estando en eso, Camilito Morales me propuso que me hiciera boxeador profesional. Yo había sido Campeón Nacional Amateur dos veces: en el 49 y en el 50. A mí me gustaba Camilito y me fui a entrenar con él a Torices, frente al Colegio *La Salle*. La primera pelea se la ganó a Tatis en el año 60. Luego, Camilito me llevó a Barranquilla a pelear con Angulito, y el *Focha* Hernández me pago \$270...”.



Quince años atrás los muchachos de los barrios populares se “ponían la leva” en el colegio para ir a ver las prácticas de Caraballo. Después de todo “el Benny” era una realidad más tangible que la lejana e idílica posibilidad de convertirse en “doctor”.

A este hombre sencillo y bueno le entusiasma contar lo que le sucedió con su maestro de albañilería: “Caraballo ya era Caraballo –me dice. Un día cualquiera voy por el parque Centenario cuando veo ahí sentado en una banca a mi antiguo maestro de albañilería. Me le acerco y le pregunto: Maestro, ¿usted se acuerda de mí? Yo soy Bernardo Caraballo. El viejo se emocionó todo y nos pusimos a recordar los días duros en que trabajábamos juntos. Entonces lo invité a comer a un buen restaurante y le regalé \$100. Después, cada vez que me lo encontraba, me decía: Bernardo, tengo la mano floja. Y yo se la endurecía con uno de \$100...”

– *Mochila* también es albañil –le digo.

– Sí, el albañil que mejor ha boxeado en Colombia.

– Pero tú también lo eres un poco...

– La mayoría de los boxeadores fuimos un poco albañiles. El cemento nos endureció los nudillos. Pero *Mochila* es el único que lo ha sido por completo. Él es maestro de obras.

El último gran combate

La pelea contra Antonio *Mochila* Herrera sería el último gran combate de su vida. El día 13 de febrero de 1968, pocos minutos antes de la pelea, Caraballo tenía aún latente, dolorosamente latente, la derrota con *Fighting* Harada, con la que se le acabó para siempre la esperanza de ser campeón mundial. Pero lo que más le dolía a Caraballo no era eso sino la convicción de que le habían robado la pelea en la decisión de los jueces, una victoria ampliamente conquistada a lo largo de quince duros *rounds*. Muchos entendidos del boxeo decían lo mismo: que en el estadio de *Budokan* de Tokio, en la noche del 4 de julio de 1967, los jueces habían despojado del título a Caraballo... por esas vainas del boxeo que todos conocíamos. Acostados sobre una banqueta, esperando el momento en el que subirían al *ring* del coliseo *Humberto Perea* de Barranquilla, mientras Sócrates le frotaba las piernas, Caraballo recordaba la lluvia de tomates y de cebollas y de plátanos maduros con la que lo habían recibido las verdurelas del mercado de Cartagena a su regreso del Japón. “Así es la vida –me dijo. La policía tuvo que sacarme del mercado”. El encuentro de Caraballo con *Mochila* había sido un resultado necesario de la vida deportiva de estos dos grandes boxeadores. Bernardo venía de perder con Harada y su imagen había decaído lo bastante como para que mucha gente pensara que no tenía nada que hacer ante *Mochila* Herrera, quien gozaba de un sólido y merecido prestigio. No en balde se había enfrentado dos veces, en combates de diez vueltas, de toma y dame, con la gloria del boxeo panameño, Ismael Laguna, y había derrochado heroísmo al por mayor en cada una de las peleas como para que la gente pensara en él como lo que era: un boxeador corajudo, de brillantes condiciones técnicas.

Pero Caraballo se había preparado mucho más que las dos veces que peleó por el título mundial. En medio de las burlas de media ciudad; de los insultos del viejo *Mochila* que gritaba en los pasillos de la Gobernación de mañana y tarde, con ese vozarrón que le había servido para anunciar sin altoparlantes los encuentros del Circo de Toros: “Mi hijo te va a dar una limpia, payaso”; de los insultos de un viejito pescador con el que se encontraba todas las mañanas mientras corría en las playas de Marbella... Caraballo restableció, día tras día, durante más de mes y medio, su antigua forma.

Según Sócrates, Caraballo se preparaba más en serio cuando tenía que pelear con un colombiano, por muy malo que fuera, que cuando se trataba de un extranjero: “No podía aceptar –dice Sócrates– que alguien pensara que había un boxeador nacional superior a él en su categoría. Por eso, el día que perdió con Miguel Espinosa en Bogotá lloró más que cuando la derrota ante Joffre por el título mundial”.

Ya en el *ring*, mientras iniciaba su baile magistral en las cuerdas, como si lo suyo no fuese liarse a golpes con el otro hombre de expresión grave que lo contemplaba desde la otra esquina de enfrente del *ring*, como si lo suyo fuese tan sólo demostrar que él era el mejor salsómano de la cuenca del Caribe, Caraballo volvió a pensar en la pelea con Harada y se sintió otra vez martirizado por el recuerdo. Por eso cuando sonó la campana salió, cruzó rápido hasta donde estaba *Mochila* que empezaba a moverse lentamente, y lo golpeó varias veces con *uppercuts* en la zona baja. “Yo sentí –me dice– que los *uppers* le entraban bien. A pesar de su guardia cerrada yo entraba bien con los *uppers* al plexo... Cada vez que se terminaba el *round*, Sócrates corría a decirme: ‘No te fajes, Bernardo. Mantenlo a distancia’; pero yo lo que quería era acabar cuanto antes y sabía que le estaban entrando bien los *uppers* al plexo... *Mochila* se cayó tres veces. La primera caída fue iniciando la pelea. Y aún así Sócrates no dejaba de gritarme: ‘No te fajes, Bernardo, no te fajes. Mantenlo a las distancia’. En el cuarto se volvió a caer y yo pensé que no se paraba. Pero se paró. Ningún otro boxeador se hubiera parado, pero *Mochila* era así, corajudo. Luego, cayó por tercera vez en el mismo cuarto *round*. Ya él no daba más. Yo vi cómo el *upper* de izquierda le entraba seco al rostro y lo levantaba del *ring* y lo hacía caer otra vez en el ring con las piernas al aire. *Mochila* cayó completamente noqueado –agregó–. Yo seguía siendo el campeón”.

En el transcurso de los dos años siguientes, en solo ocho combates, Bernardo perdería con Alfredo Marcano, en Caracas, por *nocaut* técnico en el séptimo *round*; con el *Ñato* Marcel, en Panamá, por *nocaut* técnico en el 2º *round*; y con Orlando *Patita* Jiménez, boxeador cartagenero de mediana calidad, por decisión en el estadio *Once de Noviembre*. El mismo número de peleas que había perdido en siete años de boxeo y 56 combates, hasta el día en que subió a enfrentarse con *Mochila*. Sin embargo, el boxeo era su oficio y en él seguiría hasta el año 1977, aun cuando le resultara difícil acostumbrarse a la idea de que ya no era el campeón.

Los recuerdos de Caraballo

– ¿Qué te dejó el boxeo? –le pregunto.

– ¿Te refieres al dinero?

– Sí –le digo.

- Todos los que pelearon conmigo me dejaron un recuerdo –me dice–pero me imagino que tú quieres es que te hable de mis recuerdos más importantes.
- Del dinero que tenías cuando te retiraste –le aclaro.
- Sobre mis recuerdos. Yo los llamo mis recuerdos.
- Llámalos como tú quieras.
- Tengo tres casas y seis accesorias.

La casa de Crespo es un bonito recuerdo del mejicano *Memo Téllez*; las accesorias que quedan aquí, al mismo costado de mi casa, son el recuerdo de Masahiko *Fighting* Harada; y la del barrio La Quinta, de Ramón Calatayud; y ésta donde vivo con Zunilda, desde hace más de quince años, es el recuerdo de Mimún Ben Alí.

- ¿Cuánto te producen?
- La casita de La Quinta, nada. En ella viven dos de mis hermanos. La de Crespo y las accesorias, bueno, una rentica que siempre me ayuda.
- Entonces no es cierto que cuando te retiraste del boxeo estabas completamente limpio.
- No. No tanto como una pepa de guamo, campeón.

La fama es una vaina, campeón

Carballo tiene ahora 38 años, es padre de cinco hijos y trabaja de mensajero en el Terminal Marítimo de Cartagena. La jornada diaria transcurre para él de una oficina a otra en un rutinario y descansado transporte de papeles. En ocasiones suele ir en un carro de la empresa al centro de la ciudad a entregar papeles o a un banco o a cualquier otra oficina. Pero, generalmente, no sale del Terminal hasta que dan las cinco de la tarde, en que, como de costumbre, se marcha a su casa. “Me he vuelto casero –dice. Ya casi nadie me ve por el Camellón de los Mártires”. Para los empleados del Terminal Carballo es un buen trabajador que cumple responsablemente con sus obligaciones, y para Zunilda la vida se ha vuelto más apacible ahora que Bernardo suele pasar las noches sentado con ella en la puerta de la casa o viendo televisión. Nada

delata en él al estridente campeón de otros tiempos. Casi resulta imposible asociar a este hombre maduro que casi no habla y se instala diariamente en una de las mecedoras de la pequeña terraza a saludar a los vecinos que pasan de un lado a otro con el invariable “adiós campeón”, un poco gordo y de afro mesurado, con el aspavintero morocho de cintura de bailarín y cabello aplastado por el alicer que se desgañitaba mientras corría y brincaba y bailaba en el *ring* antes de la pelea gritando: “Te acabaste, chichipati”.

Lo único que queda de aquel pasado fulgurante es la intensa vida que refleja su mirada. La danza apresurada e inevitable de sus pequeños ojos, hundidos debajo de dos párpados enormes dibujados por pequeñas cicatrices, cuando se pone tenso. Y eso sucede inevitablemente cuando el visitante insiste en hacerlo hablar del pasado. Entonces pareciera que toda la astuta inteligencia que le permitió crear la genial excentricidad de su boxeo se agolpara nuevamente en esa mirada que se vuelve esquiva y prevenida. Es como si se aprestara para un nuevo combate reviviendo la memorable habilidad de sus piernas en sus dos ojos profundos, atentos a evitar, otra vez, los golpes.

– Puro cuento –dice. Dos o tres cervezas en el Acapulco y Caraballo estaba borracho... Puro cuento, campeón.

– Y lo de Joffre –le pregunto. Todo mundo dice que perdiste porque no estabas preparado.

–Puro bla, bla, campeón. Nunca me había preparado tanto como esa vez, encuartelado en el Batallón de Tunja. La pelea con Joffre se perdió en los baños turcos. Yo ganaba fácil la pelea, aquel hombre no me hallaba en ninguna parte. En el séptimo *round* cogí una derecha larga y sin fuerza en la punta de la barbilla y caí a la lona. Zunilda me gritaba: ¡Párate! ¡Párate! ¡Párate! Pero yo no podía, campeón, las piernas me pesaban, me pesaban mucho y yo supe que la pelea se había acabado y miré a Zunilda y le dije con la cara que no podía. Que ahí, en ese séptimo *round*, se acababa la pelea. La gente empezó a hablar mal de mí; pero a las siete de la mañana yo me había pesado y pesaba 117 libras y a las 12 del día, en la misma báscula, a la hora del pesaje oficial, yo pesaba 120 libras... En ayunas, campeón. Nunca he entendido eso. No era hora para entender nada y ya no vale la pena; pero aún me persigue el deseo de saber qué paso en la báscula. Había que trabajar duro para rebajar dos libras en Bogotá, muerto de frío, en dos horas; a las dos de la tarde yo pesaba 118 libras o no había título. Dos horas de baños turcos, de a hora por libra, sudando calor en el frío de Bogotá... El resto es puro cuento...Puro bla, bla campeón”.

Zunilda está sentada al lado de Caraballo en la puerta, en el mismo sitio de siempre, y mece la mecedora. Ambos dan la impresión de haber vuelto a vivir un *round* en extremo difícil. Bernardo se ha escapado en un instante a los ya lejanos días de Bogotá, iniciados un septiembre: de hace 18 años o quizás antes, desde el momento mismo en que Sócrates le preguntó al pisar el aeropuerto de Crespo, de regreso de la victoria contra Ramoncito Arias, si Cartagena era la capital de Colombia. Caraballo se echó a reír: la capital de Colombia es Bogotá y tiene como un millón y medio de habitantes –le dijo.

Desde entonces a Sócrates le obsesionaba la idea de llevarse a Caraballo para la capital, a pesar de que allí el boxeo era un artículo de lujo tan exótico como el pescado frito o la empanada de huevo. Pero Sócrates era cubano y había recorrido América y sabía que en estos países, la capital es, generalmente, en materia de espectáculos, la gallina de los huevos de oro. Por eso un buen día prestó \$500, compró los pasajes y se llevó a Bernardo para Bogotá.



Caraballo en el gimnasio “El Jordán”, México, en los días del combate con “Chucho” Castillo; “Baby” García, segundo hombre en la esquina de Caraballo; el vigilante del Gimnasio; Bernardo Caraballo y Hernán Torres Prens, ex- boxeador y el sparring de Caraballo en México. (Foto Archivo *En Tono Menor*)

Primero sería la conquista sin esfuerzos del título nacional *Mosca*, en un solo *round*, contra Jaime Caro. Luego vendrían las resonantes batallas con Mimún Ben Alí, tercero en el *ranking* mundial; Carlos Saya, el mejor prospecto del mes de marzo de *The Ring*; Pascual Pérez, ex campeón mundial; Piero Rollo, ex campeón, y también la gran popularidad nacional convirtiéndolo en el boxeador más taquillero de nuestra historia y el recuerdo de Chambacú y de las dormidas sobre las mesas y de los correteos sin zapatos en medio del lodazal. El recuerdo de Chambacú persiguiéndolo en el barullo de la séptima provocando aquella reacción de su alma elemental que lo hacía entrar al *Ley* con todos los gamines de la séptima atrás vestidos de remiendos y con sus zapatos rotos y en medio de la más inusual algarabía tropical salir del *Ley* con todos los gamines de la séptima luciendo trajes y zapatos nuevos... El largo periplo del triunfo era lo que Bernardo Caraballo, ahora maduro, con un afro mesurado, había visto de nuevo en ese instante.

– Campeón, ya no más por hoy –me dijo, y volvió a quedarse callado.

Al verle atravesar la sala con la mecedora suspendida en la mano izquierda, con el pronunciado vaivén que le queda a los boxeadores retirados, he sentido que no ha dejado de recordar, que a pesar de sus esfuerzos sigue sumergido en los recuerdos del pasado. “Acá atrás –me dijo alguna vez mostrándome el patio grande de la casa, encementado en el centro–, nos entrenábamos Eliás Lian, el *Baba*, Orlando Pineda, *Pambelé*, mi compadre; después lo convertimos en el salón de baile de la época de las fiestas”. Ahora parado frente a las fotos grandes de *Pambelé* y de *Mochila* que tiene encima del televisor al lado de un retrato suyo más pequeño, me ha dicho: “Campeón, los años no pasan en balde, pero dígame a la gente que yo no me he convertido, como la mayoría de hombres del oficio que se retiran, en un tomador de trago sin de qué vivir... Dígame que Caraballo es hoy un trabajador serio como cualquier otro, que se preocupa por la suerte de sus hijos”. Y ha seguido pensando en el largo, más largo camino de la derrota.

... y se vio en la última pelea con Alfonso Rada en Cali, mientras se ladeaba para evitar la tímida derecha de aquel muchacho caleño, preocupado porque era la primera salida que hacía como trabajador del Terminal en ese estadio solo en el que ya no era el show central. Y se vio sentado en un bus que amanecía en los peladeros de la Guajira, acompañado de una cuadrilla de boxeadores amateurs, haciendo cuentas de cuánta gente iría a la gallera a la exhibición y de cuántas camisas chéveres podría comprar para venderlas en el Camellón de los Mártires. Y se vio viendo su casa de la calle de la Paz entonces abarrotada de parejas jóvenes que habían pagado \$15 para bailar

ese domingo, como todos los domingos de la época de las fiestas, en la casa de Caraballo con el pickup del Ciclón que retumbaba y retumbaba. Y se vio vendiendo la loza que sus hermanos, los capitanes del mar, traían de más allá del mar, de la Costa de San Blas. Y se vio entrando al Terminal de estibador. Y se vio en los patios del Terminal ayudando a levantar la carga. Y se vio después de veinte años de boxeo, después de dos peleas por el título mundial, después de haber peleado con siete ex campeones mundiales, después del strep-tease de las batas en el Estadio Once de Noviembre hasta quedarse con la bata de piel de tigre que era la que más le gustaba, después de toda esa vida que había sido como un largo carajo, ahora de apacible mensajero de los muelles... Se vio comprendiendo que ya esto no era boxeo. Entonces me dijo “La fama es una vaina, campeón”.

CONVERSANDO CON MORÓN

Guillermo Alberto Arévalo



La formación del goleador. Toda la eficacia del más rápido de los delanteros nacionales, forjado a sal y arena en el viejo playón de San Diego.

“¿El fútbol? Ese yo lo veía como juego de “blanquitos”, de puros cachacos. Yo soñaba con los aplausos y la gloria de los estadios, pero como pelotero. Mi padre fue el primer *pitcher* que lanzó un *no hit no run* en Cartagena. Yo soñaba con dedicarme al béisbol”. Quien así habla es Jaime Morón, uno de los poquísimos hombres-gol que ha producido el fútbol colombiano y estrella de *Los Millonarios*. ¿Cómo un cartagenero como él llegó a volverse futbolista? Soñando con la gloria

“Mira: de pequeño, yo vivía en el barrio Santo Domingo. Un día, los que jugaban fútbol me propusieron que me integrara al equipo de ellos para un campeonato. Yo les dije que no. Para

mí sólo existía una ilusión deportiva, que era lanzar un *no hit no run* con la selección Colombia en un mundial de pelota, como mi padre con el equipo de Getsemaní. Jugar con *Los Indios*, de pronto pasar por las grandes ligas... Pero se pusieron a insistirme y me mostraron los uniformes. Camisas y pantalones nuevecitos, con número en la espalda, y medias... que parecían brillar. Y ni así yo quería jugar un juego de blanquitos. Entonces me dijeron que al fin y al cabo yo era bueno para correr, que aunque no supiera no importaba, que sólo tenían diez jugadores y necesitaban once para poder desfilan en la inauguración, en el estadio *Pedro de Heredia*. Ya cuando dijeron estadio y desfilan, yo cambié la cara y entonces acepté”.

Ese mismo día del desfile, Morón jugó su primer partido, confundiéndolo todo: pensando que por dentro del área contraria uno no podía tocar el balón, y que en la propia era lícito tomarlo con la mano. Pero también selló su destino: anotó el gol con el cual ganó su equipo, hizo aplaudir al público, fue abrazado

y felicitado, fichado por entrenadores. Así que continuó jugando el “juego de cachacos” y paulatinamente se olvidó del diamante, las bases y el montículo. Poco después alinearía con la Selección Bolívar en el campeonato nacional juvenil, inmediatamente después con la preolímpica, y luego de la clasificación, con la camiseta colombiana en los Juegos Olímpicos. Ya lo caracterizaban el olfato y la frialdad del goleador. Estaba visto que no era un virtuoso del dominio del balón, pero también que sí lo era del zapatazo preciso para mandarlo a la red rival. Y vino el contrato con *Millonarios*, el profesionalismo, los títulos campeonales, la inolvidable tripleta Brand-Willington-Morón.

Amigo de sus amigos

Y a propósito de Willington, se convirtió en el mejor amigo de Morón, quien no oculta su pesar por la separación que la venta del tumaqueño al Cali le ocasiona. El jugador más admirado por el goleador cartagenero es, obviamente, *Pelé*. Pero después de *Pelé*, Willington. El surgimiento del puntero derecho de la cintura endiablada ha sido, según Morón, “un aborto, porque surgió en un momento en que el fútbol colombiano aún no estaba listo para adaptarse a él, a su calidad inigualable”.

Sí, es el mismo Morón, este buen amigo de sus amigos, el que usted oye mencionar casi todos los domingos cuando se canta un gol de *Millonarios*. El que considera el gol como “una bofetada a la afición”, a esa extraña afición que cada domingo olvida las conquistas de jornadas de ayer nada más, y que exige hasta lo imposible; a esa impaciente afición bogotana frente a la cual Jaime Morón celebra sus conquistas como un niño, abrazándose con sus compañeros, corriendo más de lo debido, levantando los brazos y saltando. “Cuando termina un partido, si he hecho un gol, salgo tranquilo. Si no, voy amargado al vestuario”. Así habla un hombre-gol del momento supremo del fútbol. Y un artillero que ha tenido en Cali –la vida es una ironía, nunca sobra repetirlo– su plaza de gloria: porque en el *Pascual Guerrero* ha logrado el gol a Cuba que le valió a Colombia la medalla de plata en los Juegos Panamericanos, y dos anotaciones frente al *Deportivo Cali*, una de ellas la que le valió a *Millos* su ansiada estrella de 1978, la más esquiva entre las once que ha logrado el equipo.

La hora del recuerdo

Como todo deportista que se respete, Jaime Morón tuvo su “mala hora”. Durante ella jugó en el *Deportes Tolima* “donde no exigen que uno los saque campeones”, y en ese equipo, entonces “chico”, maduró realmente su

temperamento futbolístico. Nunca volvió a ser el jugador de alocada carrera, y aunque tampoco llegó a ser un “dominador de la pelota”, sí aprendió a fabricar por su cuenta y riesgo los ansiados goles de su camiseta. Quizá por entonces haya recordado más que nunca la vieja promesa hecha a su padre de “estudiar, aunque siga jugando”. Y hoy en día esa es una promesa cumplida, porque Morón es un destacado estudiante de Educación Física en la Universidad Pedagógica Nacional, que opina altivamente que la educación colombiana “está huérfana de estímulos oficiales”

Aparte de Willington Ortiz, Morón admira a *Pambelé*. ¿Y quién no? “Cervantes es un boxeador fuera de serie”, comenta en su parco hablar. “Lo mismo que García Márquez”, agrega. Y es que lo conoce. Y cuando se encontraron, el novelista le ofreció dos ejemplares de *Cien años de soledad*: uno en inglés, otro en español. Jaime escogió el que estaba en inglés, para sorpresa de García Márquez, quien le preguntó: “Ajá, ¿y es que acaso *Pambelé* tiene uno en inglés y tú quieres tenerlo también?” Y Jaime se limitó a sonreír. “Yo lo escogí, firmado y todo, porque me parecía más raro, más difícil de tener”. Lo guarda, naturalmente, con cariño. Como guarda el recuerdo de otro amigo llamado Álvaro Cepeda Samudio, y un afiche que intercambió con Bernardo Caraballo, quien para obsequiárselo le exigió una foto suya, “para la hija de él, que era admiradora mía”.

Una sola ciudad en el mundo

Pero quizás el tema al cual con mayor placer se refiere Jaime Morón es a su ciudad. Al recuerdo del barrio San Diego, donde jugó su infancia del todo o nada, y donde conoció también a Eligio García, quien “habla de uno de mis hermanos en su novela, según me contó mi padre”. A las murallas, que eran “juguete, caballo, sueño, descanso, cómo decírtelo en una palabra, un lugar sin barreras para pensar en la vida”. Al hablar del Caribe, a la música antillana que hace retorcer su cuerpo atlético. Al cariño por sus literatos, Manuel Zapata Olivella, y el humor y los recuerdos enternecidos que le evoca la poesía de Luis Carlos López. A Cartagena, en una palabra, donde periódicamente va “para recuperar aire, tú me entiendes”, a ver jugar a *Los Indios*, sus ídolos de siempre y a vivir su pasado, un pasado que no puede arrancarse. La ciudad del mundo que más le ha gustado en sus diversos viajes a Morón es Atenas: “Pero no creas que es sólo porque haya sido cuna de la cultura occidental. Es que, hermano, se me pareció mucho a Cartagena”. No importa que hace poco, en el *Ley* del centro amurallado, dos lindas muchachas que lo vieron discutían si era o no el famoso futbolista, y que una de ellas había zanjado la discusión diciendo: “Qué va, hija, ese está muy maluco pa’ ser Morón”.

UN CAMPEÓN SURAMERICANO BAJO EL SOL DE LAS CANÍCULAS

Jorge García Usta

La primera vez que Manuel Almanza corrió ya usaba pantalones largos. Estudiaba Tercer año de primaria en el colegio *Alianza para el progreso* del barrio John F. Kennedy, mejor y más conocido y calificado por la imaginería popular como *Chupundún* por su cercanía húmeda al Caño de Aguas Prietas, con sus calles eternamente rotas y tardes de sábado de dominio público de Juancho Polo y Rolando Laserie. Tenía 14 años y una figura frágil, y no sabía nada del atletismo, excepto corretear por las calles, sobre el viento nocturno de la plaza.

La primera competencia en que corrió fue una maratón de rueda y palito, de uso común en la sabana del Sinú. En ella son válidos empujones, palabrotas y otros decoros atléticos no reconocidos por ningún organismo deportivo del planeta; y no la ganó ninguna figura promisoría del atletismo sino un futuro trompetista, Tairon Sáenz, para quien aquel coge-coge de trotes no pasó de ser una correndilla de muchachos locos. A Manuel, en la meta mientras rumiaba su tercer puesto, le quedó “como gustando la cosa”. Desde entonces abandonó las fiestas de los sábados, el ron común, la mediana comodidad que le reportaba entonces su puesto de arquero titular en el equipo de fútbol de Ciénaga, y se le comenzó a ver de tarde en tarde en *La Variante*, el trecho desolado de la Troncal de Occidente que pasa por el pueblo, con una pantaloneta de orígenes poco claros, y el talón construido en callo de jornalero joven, afirmándose sobre el asfalto que empezaba a enfriarse con ese paso inicial, inexperto y apresurado de potrillo pasero que laceraba sus riñones y que irían estilizando magníficamente con las prácticas, los años; y ya esto no era de uso común en la sabana porque detrás de él fueron apareciendo muchachos de *El Suán* o de la *Vuelta Abajo*, a pie descalzo, con camisillas recortadas o con zapatos *Pe-pito* improvisados enigmáticamente de zapatillas: llanamente el pueblo había iniciado una pasión nueva, esta vez deportiva.

Todos los esquineros de talento lo comentaban; hasta que el grupo inveterado de sesentones de las tardes en el parque tiró las últimas colillas del tabaco mascado, y sentenció cuando pasaban:

– Muchachos sin oficio.

Todo hubiera seguido igual para Manuel, pero el rumor de las esquinas picantes se pasó a la casa. Una tarde se metió al baño después de las prácticas

y, además del agua, oyó caer sobre él la voz. La vieja Margarita Lambraño comenzó a preguntarse a ella misma en voz alta para que de paso la oyeran todos:

–Bueno, ¿y este muchacho qué gana con eso?

“Yo nunca he podido correr por Córdoba”

En lo que sería un año definitivo para su carrera de atleta ocupó en julio de 1974 el segundo lugar en un maratón regional de 12 kms.; un mes después ganó los chequeos de selección al Campeonato Nacional Juvenil de Ibagué, y viajó con otros once atletas. Manuel ganó los 88 metros con 1.58, el segundo puesto en 1.500 con 4.19 y triunfó además en la posta de 4x400. Hoy cuenta todo aquello como si hubieran sido cosas de todos los días, hechos inevitables del coraje.

– Córdoba quedó bien –afirmo. Tú estuviste muy bien.

Él se pone serio. Mueve la cabeza iniciando el gesto de la desaprobación. Es la única vez que notaré un trazo de amargura en su voz.

– Yo no corrí por Córdoba, sino por Sucre. Yo nunca he podido correr por Córdoba.

La sorpresa sería la del año siguiente en el Suramericano de Quito. Ascenso de apariencia metafórica el suyo, pero detrás de aquella cara filosa de bisnieto de Panzenú había casi dos años de madrugones exactos al alba de Ciénaga de Oro, en medio de la pureza aldeana de Alejo Durán, los retazos de bolero, los jornaleros con su *uei, uei* de saludo al día y el apagado palabrerío de los matarifes. Nadie sabría por tiempos en el pueblo de su pie madrugador para ir a practicar. Su padre Gerardo Almanza, quien nunca le ha dicho nada por esas cosas del atletismo, había salido una hora antes con sus aparejos de metal antiguo, rumbo de la pequeña finca, al ordeño, silencioso. Entonces ella aparecía con su expresión mitad final de sueño, mitad dulzura, por los corredores de la casa y la madrugada se le hacía menos fría al verla, a pesar de sus palabras. La miraba con ojos lejanos mientras se preparaba para salir a correr.

– Ya te vas, Maño –decía la vieja Margarita.

Manuel ya había traspasado la puerta. No oía.

–Ya te vas, Maño. ¿Qué ganas con carreras?

En busca del Suramericano

En cuatro días de agosto de 1975 en Bogotá se ganó por lo justo el derecho de ir al Suramericano de Quito: ganó los 800 metros con 2 *flat* y el segundo lugar en los 1.500 metros con 4.20.

En la capital los habían alojado en un hotel sin categoría que Manuel se cansó de buscar en las listas oficiales de recepción a los atletas: no estaba. Un hotel cerca de las agencias de transporte, recuerda Manuel con miedo renacido, con un vivo color a cuchillo enruanado. “Yo no salía después de las seis, mano. Nada más me asomaba a las ventanas”. Después de haber optado por “recogerme temprano”, pensaba en Ciénaga de Oro; no como un lugar amoroso pero abstracto sino transmutado gozosamente en amigos, el olor del cazabe con coco tibio hecho por Sonia *La Culona*, la música erguida de las bandas o la voz amanecida de Lucy González. No era extraño que recuperara la calma y aumentara, como ansiedad, el deseo del triunfo.

– ¿Por qué, Manuel?

– No sé, tú sales del pueblo y te vas a otras partes y se siente uno solo sin su gente, con un miedo a dejarla mal a ella. Ese miedo se va detrás de uno...

– ¿Hasta cuándo?

– Por ahí como hasta antes de la carrera.

– ¿Y ese miedo cómo es?

– Es como un compromiso.

Al día siguiente de la clasificación, en la única entrevista que le ha hecho la prensa capitalina –Víctor Rosas de *El Tiempo*— y sin que mediara en ello factor distinto a la sinceridad, Manuel declaró: “No tuve mayores problemas. Es más, si hubiera encontrado un rival de peso, la marca rebajaría ostensiblemente. De todas maneras, el registro es bueno para una altura como la de Bogotá”. Dudo que lo hubiera dicho con esas palabras, pero no dudo del espíritu de ellas.

– ¿Por qué dijiste eso?

– Es la verdad. Yo fui a ganar.

– Hombre, Maño, todos fueron a ganar.

– Sí, pero yo fui a ganar porque dos meses después era el Suramericano.

Quito: un frío entre los huesos

El primer aviso no sorprendió a nadie; se trataba de la vieja disculpa de la viejecita sin nadita que comer –la Federación Nacional de Atletismo no tenía dinero. Ni un centavo, se decía. Las ligas departamentales tuvieron que alistar maletines por cuenta propia, y el sitio de encuentro de todas las delegaciones se fijó en Pasto. Manuel salió con dos atletas más; era la cuota de Sucre que llegaría el 4 de noviembre a Pasto.

“Y otra vez el hotel, mano... Una casa de misterio, con cuartos con bacini-llas viejas debajo de la cama. Lo peor no fue eso sino que tuve que pelear de nuevo con otros siete mi clasificación”. Víctor Urrego era el secretario de la Federación, se me acercó y me dijo ‘yo creo en usted, usted es bravo’. Yo pensé ‘qué bien’ y después le dije ‘pero si yo estoy clasificado’. Para remate, llovía. Yo no quería correr pero corrí y volví a clasificar”.

Dos días después llegaron al amanecer a Quito, estropeados por las malas dormidas. Al día siguiente empezaba el campeonato.

Me dijo que Quito para él era frío. Un frío entre los huesos.

“Este es el entrenador”

El día anterior a la final, ya clasificado, Manuel no pudo dormir. Dio vueltas de inquietud metido en un sueño ligero que se quebró a la mitad de la madrugada, y tuvo que levantarse a tuestas, sin hora conocida ni sospechada porque en Quito no se oían gallos. La mañana estaba ya llena de frío, de ese frío neblinoso que hace a los hombres más solos. Se tocó las orejas. Estaban heladas. Quito amanecía, sin embargo, de fiesta y se desperezaba con su asombro diario de quemas.

La final de los 800 metros estaba fijada para después de las diez de la mañana. Más de hora y media antes un grupo de muchachas, estudiantes de periodismo, lo sacó de las cercanías de la pista y se lo llevó a las tribunas. Le preguntaban cosas sencillas de su vida.

– Deje ya eso.

Manuel alzó la vista. Era el entrenador, un cabo nariñense que había trasladado las brutales maneras de cuartel a las pistas y prácticas, y hablaba un vocabulario marcial de seis o siete palabras obscenas; Manuel no había podido olvidar que en Pasto el cabo hizo privar de fatiga a una compañera en un entrenamiento tan bárbaro como inútil.

Las quiteñas estaban asustadas

– Falta más de una hora –contestó Manuel. Enseguida volteó el rostro hacia ellas y siguió charlando.

– Quien manda aquí soy yo. Párese que vamos a calentar.

– Falta más de una hora –replicó suavemente Manuel. Había empezado a sonreír. El cabo se desesperó.

– Párese, Almanza. He dicho que vamos a calentar.

Manuel no lo miró siquiera, se volvió hacia las muchachas.

– Este es el entrenador –dijo con tono de serena confesión divertida. Así son las vainas con él.

La carrera, el embajador y el regreso

“... Antes del comienzo le echaron candela a la carbonilla. Estaba muy mojada. Yo le eché el ojo al carril que me tocaba: era el 8, y me dije bajito que tenía la suerte volteada. Era el mismo que me había tocado en las eliminatorias. Es el peor. Corriendo por allí pierde uno la distancia y se le enredan los cálculos de la carrera. No he acabado de ponerme en mi puesto cuando me vienen unas ganas de orinar tremendas, mano. Bajé a los túneles y oriné. Subí. Me puse en posición y antes de la salida, ya había corrido yo cinco metros. Es maluco cuando uno sale en falso. No, no era susto. ¿Por qué piensas eso? Yo quería rápido la salida para acabar rápido.

“... Bueno, y salimos, y desde la misma salida agarro la punta. Eran las ganas. El corazón empieza a temblar, pero ya todo está andando. Yo sigo en la punta hasta los 300 metros. Viene entonces competencia libre, es decir, sin carril fijo; me salgo del mío y me voy centrando. Voy arriba yo todavía cuando empiezo a oír gritos de Brasil y Argentina y otros y los voy viendo acercarse con

el rabo del ojo. Yo traía entonces una alegría extraña, no sé, no me daba casi cuenta de ella, y el aire se me escaseaba con un cansancio en esos últimos 80 metros. Sin saber lo que estaba haciendo venía casi dormido con el grito ese de todo el público de Colombia, Colombia; era un grito bonito, se oía dentro de uno, hasta que detrás del grito oigo un resuello de hombre y otro grito, el de Argentina. Echo la mirada al lado. Ahí estaba asomado en mi hombro el argentino. Entonces pienso con rabia triste, me ganó el argentino, me ganó, cuando ya he cruzado. Veo al embajador que llega riéndose. Yo tengo los ojos nublados, me va a dar un desmayo y me ponen dos horas seguidas de oxígeno.

Soy el campeón suramericano, y lo que costó serlo, mano

“... Después vino la premiación, cuando oí el himno nacional. Me emocioné. Fue el recuerdo de mi gente, de Ciénaga de Oro. No es raro que se lllore en esos momentos. Por dentro es cuando uno entiende lo que es el patriotismo. Y si se llora eso es para la gente de uno, no para los dirigentes. Yo no le debo nada a los dirigentes...”

En *El Comercio* de Quito del 11 de noviembre aparecen estas declaraciones suyas: “En mi ciudad natal, Ciénaga de Oro, no hay pista atlética, sólo una cancha de tierra donde se juega fútbol. La liga de mi ciudad es muy pobre y no me ha podido ayudar. Yo también soy pobre pero me gusta el atletismo. Me he formado solo”. Y más adelante: “Ayer me acosté pensando en mi triunfo y soñé con la medalla de Oro”. Luego decía que tenía diez hermanos y que su triunfo estaba dedicado a “todo el pueblo colombiano, especialmente a mi ciudad”.

- ¿De qué embajador me hablas?
- Del de Colombia. Estuvo en el estadio estos días, pero el hombre no sabe mucho de atletismo.
- ¿Cómo se llama?
- Gilberto Echeverry Mejía. Por ahí está en una foto riéndose cuando yo llego.
- Debí ser la emoción. ¿Cómo los atendió?
- Hizo una fiesta –explica Manuel, con una sonrisa. Y nos repartió vino y pudín.

Luego, repite como para sí: “Vino y pudín”.

“...Después, a mi regreso en Sincelejo, me prometen auxilios y becas y el día del homenaje en que se me declaró el deportista del año allí hay muchos discursos, pero hasta el sol de hoy todo va lo mismo. Regresé a mis caminos...”.



“...Llanamente el pueblo había iniciado una pasión nueva: esta vez deportiva...”

(Foto Archivo *En Tono Menor*)

Una vez en Zabaleta

En la época impredecible de las pistas sintéticas y del atleta formado con base en una rigurosa ecuación y observación científicas, en Córdoba la mayoría de los atletas ha forjado su estilo en las calles, a curva de lomas, bajo el sol bárbaro de las canículas y el asedio de la desesperanza.

Desde aquella prueba a sus catorce años hasta hoy su amor por las pruebas callejeras se conserva firme, confianzudo, creciendo hasta ser de una seguridad extrema. Manuel abusa: el 3 de febrero de 1978 salió de Ciénaga para Morroa a correr el maratón San Blas, a las ocho de la mañana. Sólo pudo ver el sol de almidón crudo de Morroa a la una de la tarde. Poco más de dos horas después empezaba el maratón. “Lo gané más

bien fácil”, dice: y un mes después en Zabaleta, en las cercanías de Lórica, corrió el mismo día un maratón de 10 kilómetros y... los cien metros. Solo hubo minutos de intermedio entre ambas pruebas, y él las ganó.

– ¿Los cien metros?

– Sí. Puse 12 *flat*. Para mí es una buena marca.

No acabo de entender esto de los cien metros, ganados tan fácilmente.

– ¿Y cómo te había ido antes con los cien metros?

Se sonríe. Sonríe poco, pero cuando lo hace es un aviso. Retiene un poco de su fresca picardía, y la dibuja en los labios.

– Hombre, esas fueron cosas de ese día. Yo nunca los había corrido.

“Esto es para nosotros que nos hemos hecho en lomas”

La carrera callejera es la carrera del atleta pobre –afirma, y se queda pensando en su respuesta, volviendo a sopesar su certeza. Sí, eso no es para todo el mundo, eso es para nosotros que nos hemos hecho en lomas.

A la *Maratón Nacional Rolex* el 1 de junio de 1978, en Lorica, vino Otoniel Atehortúa. Llegó precedido de una autoridad singular para estas tierras: el antioqueño era el subcampeón nacional de los 10.000 metros planos y había estado dándose codo con los grandes del fondismo mundial en la *San Silvestre*, una prueba cuyo solo nombre silencia discusiones, hace pensar en sudores interminables, en atletas de todas las razas jadeando en mitad la noche. Manuel, sin embargo, no lo imagina así. Su palabra reduce la *San Silvestre* a una definición de campo escueta y valedera: “Es una prueba grande y dura”.

En la partida miró a Atehortúa. Luego, vino el aviso de salida, el olvido de todo bajo el sol y las piernas convertidas en tensas cañas...

En Lorica, Atehortúa pasó la de san Quintín, desconcertado por la ligereza saltarina de Manuel y del sahagunense Julio Hernández. Allí, como en toda la sabana del Sinú, el pueblo se lanza a la calle, toca a los atletas, lanza madrazos en retahíla, les echa agua, los anima. Los ama, en suma. Con todas las señales de su amor escandaloso. Atehortúa no tuvo tiempo para entender nada y quedó relegado a un tercer puesto insustancial.

– El hombre es bueno –explica Manuel. Pero muy miedoso.

No logro de inmediato asir las causas del miedo de Atehortúa, pese al manso sarcasmo que baila en los ojos de Manuel.

– Miedoso... ¿Miedo a qué?

Es su primera, única y pequeña carcajada.

– A los huecos de la calle, mano. Lorica era una troja ese día. Allí el que se cae se pela.

“Y yo había sido el campeón de la primera...”

A sus 17 años en un enero de hace tres años y entre cuarenta atletas, la mayoría jóvenes como él, Manuel se ganó la *I Maratón de La Candelaria*, organizada por Cicrodeportes de Bolívar.

Fueron cuatro largas vueltas a partir de las once de la noche. Los cartageneros lo recordaron por días por la sobriedad segura de su zancada, su humildad y sus pocas palabras. Aquella noche en la premiación a cargo de Marcos Molina Montes, Manuel habló menos que de costumbre. Se llevó el premio y lo entallegó sin la menor emoción, sin otra palabra. Estaba cansado de recibir trofeos. El premio me lo mostró una tarde. “Ese”, dijo, señalando en un estante de su pequeño almacén de artículos deportivos. “Ese, el del medio”, repitió con desdén. Como yo no lo distinguía bien, se paró y lo trajo. Lo vi a través del aire amarillento del invierno que encharca su luz sucia por todas partes y parecía lleno de esa luz de colores podridos: era un trofeo de madera, mal pulido, pintado al parecer en una época anterior de rapé, con los símbolos de siempre en honor al músculo. Lo único claro que tenía eran los nombres del evento y de los organizadores. Lo miré por lado y lado...

– Sí, es barato. Y lo que cuesta ganarlo – dijo Manuel. Se preocupaba extrañamente por hacer evidente su desdén.

– Hay que preguntar cuándo le irán a dar otra cosa a los atletas –volvió a decir.

Al año siguiente volvió a Cartagena porque “la ciudad me gusta y el maratón también” y pasó oyendo las olas cruzadas del mar en los espolones ennegrecidos por la hora –el mar que tanto le gusta– detrás del valluno Víctor Rodríguez, con el paso apretado en su busca cuando “se fue la luz, me alumbraron de repente, perdí el equilibrio y caí en un hoyo y todos vieron que una moto que venía loca me golpeó; Cantillo a quien traía a más de 100 metros me pasó. Terminé tercero, como pude, mano. Y nadie, pero nadie me dijo qué pasó. Y yo había sido el campeón de la primera”.

– ¿Que te dieron esta vez?

– Ni los primeros auxilios. Yo me volví a Ciénaga.

El almacén, que él ha levantado a pulso con una pequeña ayuda de *Panam* y corriendo por esta marca en muchas partes, está lleno de trofeos por los estantes. Están ausentes los premios que más le gustan: una bicicleta y una licuadora, ganadas en unos Juegos Comunales, y una hamaca que “fui a buscar a Morroa porque era el premio de la carrera”.

Hay fotos de las zapatillas de *Jogger* y de los ojos fieros de Mohamed Alí. No sé por qué a partir de Alí terminamos hablando de Víctor Mora a quien él conoció en marzo del 78 en Sincelejo en un maratón al que la gente se

apelotonaba simplemente para conocerlo y decirle “Víctor” porque no tenía rivales. “Pero en diciembre en Buga fue distinto –dice Manuel– porque ahí estaba Tibaduiza. Cada carrera entre los dos es un duelo. Sí se saludan, pero es un duelo. Se dan de principio a fin. Fue tan distinto que la carrera la ganó Tiba”.

– ¿Qué opinas de ellos?

– Son los mejores.

– Pero personalmente...

– Son diferentes. Tiba es más sencillo, habla con todo el mundo. Hasta lo invité a Sincelejo.

– ¿Y Mora?

– Mora es un tipo jodido. Y creo que así debe ser. Mora no se deja echar vainas de nadie y se vuelve grosero a veces –dice y queda pensativo. Pero es que las groserías son cosas de la gente valiente cuando la acosan. Y Mora es un valiente.

Una práctica singular: de vereda en vereda

A pesar de que ser campeón suramericano y el atleta más destacado de esta región del país, la práctica de Manuel es casi una labor de campo. No conoce a John Aki-Bua, el ugandés que perseguía antílopes, y barrió a los europeos –“esos pajes florentinos”– en las carreras con vallas; y sólo de oídas interesadas la manía, ya leyenda, de los etíopes con pómulos de hueso desnudo que se ganan sin sudar las maratones olímpicas, pero conoce el monte suyo en la cercanía de Ciénaga de Oro donde le toca practicar. No persigue antílopes, pero le ha tocado husmear el olor de la hierba



El esfuerzo final del triunfo en Quito. Pedro Cid, el argentino, queda “asomado” en su hombro. Fue la primera medalla de Oro. Después, Manuel regresaría a sus caminos de monte, a su diaria desesperanza. (Foto tomada de *El Tiempo*)

al amanecer, el canto de los pájaros de monte, y por las tardes ese sol que como el círculo de un mantón indígena le da de lleno en los ojos.

La pista más cercana, y de medianas condiciones, está en una capital derrenegada por el invierno y otros males mayores, cuyo más ligero parecido con la ciencia ficción son los potreros lunares “de mil hectáreas pa’ arriba” de los terratenientes: Montería.

Pero Manuel no puede ir todos los días a Montería.

Y la plaza del pueblo de la que habló a la prensa en Quito, la *Seis de Enero* (que debería llamarse al igual que el mismo barrio *María Chiquita*) en el mes de enero se multiplica en usos, desde prostíbulos de cinco días hasta nudos de fritanga, y fandangos ya sin verdades.

Manuel ha tenido entonces que buscar el campo.

Ha hecho una división particular de las veredas empobrecidas de las cercanías y a cada una le ha asignado un papel en su preparación: “El camino de Las Palmas que es el más plano y con más arena me sirve para hacer piques –dice. El de Los Copeles, con buenas lomas, es el que necesito para coger fuerza en las piernas. También uso el de El Bobo y el de El Llano. Antes de poder fijar mis prácticas tuve una tarde que correrme 32 kilómetros pasando por Las Balsas y El Tigre...

–Mentiroso –dijo una amiga suya que había entrado a ver zapatos. No se te cae la cara de la vergüenza.

Manuel se puso serio. Cortó el relato de sus prácticas.

–¿No me crees? Ojalá eso fuera mentira –dijo, por vez primera con el seño fruncido.

PARA MODESTO BARRETO ES MÁS FÁCIL SER INGENIERO

Pantaleón Narváez Arrieta



A los 16 años conoció Modesto la bala. En los Centroamericanos de 1978 se diría que sus movimientos eran los más inadecuados. Sin embargo, él siguió siendo la esperanza nacional. (Foto Archivo *En Tono Menor*)

Modesto Barreto nació en 1956 en Villanueva, pueblo pequeño de Bolívar, de calles desniveladas y pedregosas, por donde transitan sus mujeres con calderos llenos de chocolate de harina o chorizos o bollos para vender en Cartagena, y rodeado de antiguas e improductivas haciendas trapicheras. En agosto de 1957, cuando Modesto apenas aprendía a caminar los pisos de barro de las casas de Villanueva, Geño Barreto, su padre, un campesino alto y fornido, se lo trajo a vivir a Cartagena donde la abuela Matilde Velásquez. A Alejandrina Orozco, madre de Modesto, a duras penas le alcanzaba para el cuidado de sus cinco hijos mayores.

Modesto crecería bajo la mirada vigilante de Matilde Velásquez. El barrio 13 de Junio, con sus calles pedregosas y desniveladas como las de Villanueva, sería el escenario de sus primeras andanzas deportivas entre las cuales jamás tuvo un disco entre las manos. A los siete años, siendo el menor de la pandilla de los siete nietos de Matilde

—como les decían en el 13 de Junio— aprendería a pegarle con una cañabrava a una pelota hecha con media rotas y a correr detrás del único balón que existía en el barrio.

A los 16 años Modesto no sabía qué cosa era un disco

Para Modesto el atletismo no fue una vocación inevitable. A él llegaría sin proponérselo. A los 16 jugaba básquetbol en el equipo del Liceo de Bolívar.

Considerado como integrante irremplazable de la formación titular, se desempeñaba como pívot y estaba dispuesto a aprender todos los recursos técnicos y argucias del oficio. Modesto Barreto poseía dos atributos que le permitían arrebatarle sin mucha dificultad el balón a sus adversarios y aventajarlos en los rebotes y lanzamientos aéreos: talla y fuerza.

Por recomendación de Hernando Gutiérrez, profesor de educación física, instructor de atletismo y vieja gloria del Atletismo Nacional, *Papi* Galofre, entrenador del equipo de básquetbol del Liceo, le sugirió a Modesto que asistiera a los entrenamientos de atletismo porque además de tener porte de atleta, en el departamento no se conocía lanzador de disco alguno.

– ¿Qué es eso de disco? –le preguntó en una ocasión Modesto.

– Un disco, un disco de hierro y madera que tienes que lanzar lo más lejos que puedas –le contestó.

A pesar de la insistencia de su entrenador, Modesto Barreto mantuvo, no por largo rato, el propósito de no abandonar el básquetbol. Pero, Modesto facilitaría a Hernando Gutiérrez el encargo de persuadir. Un día cualquiera se fue al estadio *Pedro de Heredia* a ver practicar a los 25 muchachos que se preparaban para participar en el campeonato nacional juvenil en julio de 1972, en Medellín. Y al día siguiente, regresó, se puso su pantaloneta desteñida de basquetbolista y comenzó a practicar. En menos de tres semanas Modesto estaba incluido en el seleccionado que competiría por Bolívar y atrapado irremediamente en el gusto por el lanzamiento del disco.

“Ese fue mi primer campeonato –dice Modesto– en el que gané mi primera medalla. Lancé el disco a una distancia de 32.60 metros, 30 centímetros menos que Moisés Rivilla, un atleta antioqueño... Quedé de segundo. Después de ese torneo –agrega– asumí la práctica del atletismo con mayor juicio y consagración. Todas las mañanas desde bien temprano iniciaba los entrenamientos y mañana tras mañana mejoraba el récord. Cuando terminó el año 1972 había arribado a los 41 metros”.

En 1973, Modesto Barreto continuó trabajando con el mismo entusiasmo. Su confianza se fortalecía día tras día. En septiembre asistió al campeonato nacional de mayores en Montería. Conquistó medalla de oro y subió su marca a 45.20 metros. Desde entonces ha sido el campeón nacional de lanzamiento de disco. Al año siguiente, al volver a triunfar en los *Juegos Nacionales de*

Pereira, Modesto, que de niño nunca pensó en transponer los límites inciertos del barrio 13 de Junio, se ganó el derecho a participar por Colombia en el *Suramericano Juvenil de Perú*.

Lima 74

Después de ganar la competencia de lanzamiento de disco e imponer nuevo récord suramericano para lanzadores juveniles, 47.16 metros, Modesto Barreto, atleta desconocido en el ámbito suramericano, subió al podio para recibir la medalla de oro. En desarrollo de la ceremonia de premiación el animador le ofreció el micrófono para que cantara el himno nacional. Resultó inútil toda tentativa: Modesto olvidó su letra. “Yo estaba muy contento, era mi primer torneo fuera del país y había triunfado. Me sentí un berraco en medio de ese estadio lleno y no pude acordarme del himno nacional. Esa fue mucha falla”, dice cuando recuerda este incidente.

Luego de un corto silencio se encoge de hombros, levanta sus brazos y los agita en ademán de triunfo y balbucea en medio de una sonrisa “Esa fue mucha falla... esa fue mucha falla...”

Medellín 1978

Para Modesto Barreto, que ha hecho la mayor parte de su carrera deportiva solo, sin la colaboración de un entrenador que observe y corrija los defectos y oriente las virtudes para enriquecerlas que se empeña por encontrar folletos y revistas especializadas para enterarse de los adelantos del atletismo, que ha asombrado a más de un entendido por sus dotes naturales: brazos largos y su corpulencia de 105 kilos que da la sensación de estar acumulando energía dispuesta a estallar en el momento oportuno, no resulta extraño que de las películas filmadas a los atletas que compitieron en Medellín durante los *XIII Juegos Centroamericanos y del Caribe*, las de sus actuaciones hubieran servido para enseñar los movimientos que no deben hacerse en el foso de lanzamientos porque disminuyen elegancia y potencia al tiro.

En este campeonato, Modesto quedaría de cuarto lugar en lanzamiento de disco y también en otra modalidad atlética, el lanzamiento de bala, a pesar de que en esta última impuso un nuevo récord nacional: 15.80 metros.

– Oye, chico, ¿estás comenzando? –preguntó a Modesto un atleta cubano cuando entró al gimnasio *Atanasio Girardot* y lo vio levantando unas pesas de 120 kilos.

– No, terminando –respondió Modesto visiblemente agitado.

– ¡Pero chico! Tú cómo haces para lanzar el disco a más de 50 metros si nosotros para hacerlo debemos comenzar levantando 150 kilos.

Bucaramanga 1979

Todo estaba dispuesto para que Modesto arribara a Bucaramanga el jueves 25 de octubre, pero solo pudo hacerlo el jueves 1 de noviembre a las 6 de la tarde, tres horas antes de la competencia de lanzamiento de disco del *Torneo Suramericano de Atletismo para Mayores*.

El 24 de octubre, seguro de que haría la última diligencia antes de viajar, Modesto fue a Avianca a retirar sus pasajes.

– Señor, lamento decirle que no tenemos pasajes a su nombre –contestó la muchacha encargada; vuelva mañana. –En un principio esta noticia no le inquietó. Pensó que se trataba de un retraso de pocas horas. Pero al oírla día tras día fue perdiendo la confianza de que sus tiquetes aparecieran. Deseaba competir. Su etapa de preparación fue intensa y satisfactoria. Reunió con la colaboración de parientes y amigos, el valor de los pasajes. El miércoles 31 de octubre, cuando se disponía a comprarlos, la encargada le entregó sus tiquetes extraviados hallados esa mañana en el archivo para viajes internacionales.

El jueves 1 de noviembre, a las siete de la mañana, Modesto atravesó presuroso el patio de asfalto del Aeropuerto de Crespo para abordar el avión que lo llevaría a Medellín. Eran las 4.30 de la tarde cuando corría nuevamente, pero ahora lo hacía en el Aeropuerto Olaya Herrera para subir a otro avión que lo dejaría, finalmente, en Bucaramanga. Pensó al llegar a Bucaramanga que se había librado de toda posibilidad de contratiempo. Pero en esto también se equivocó. A las 6.50 de la tarde, después que los almacenes habían cerrado, se enteró de que su uniforme, además de inapropiado, estaba incompleto: camiseta estrecha, pantaloneta demasiado ancha y faltaban los zapatos.

– ¡Oye! Y pensar que yo era uno de los pocos favoritos indiscutibles que tenía el equipo de Colombia para conquistar medalla de oro en el Suramericano –dice Modesto riéndose... y sin zapatos. Eso sólo sucede en este país. Ni modo, así no se puede ganar... Claro que yo, de todas maneras había decidido competir

a pie en el suelo. Momentos antes de iniciar las prácticas de calentamiento, Modesto revocó la determinación de competir descalzo. Logró acordar con los miembros de la Federación Colombiana de Atletismo que ésta le reconociera el valor de un par de zapatos que había adquirido unos días atrás y que por falta de uso aún le apretaban.

Esa noche, para dirigentes, periodistas y aficionados ocurrió lo que, pocas horas antes, parecía improbable que ocurriera: Modesto Barreto que en su etapa de preparación había logrado superar los 52 metros, marca mayor a las obtenidas por los brasileños en torneos recientes, que entró al foso de lanzamiento con un uniforme incómodo y lanzó discos livianos que no favorecían su calidad de lanzador de fuerza, que obligado por las lastimaduras que le causaron los zapatos nuevos debió quitárselos, fue derrotado por los brasileños. Esa noche volvió a ocupar un modesto cuarto lugar.

Modesto se hace ingeniero

- ¿La práctica del atletismo ha perjudicado tus estudios universitarios?
- No, en ningún momento –responde y esboza una sonrisa que más parece una mueca de resignación al tiempo que un brillo de ironía aparece en su mirada. Más bien es la Universidad la que ha perjudicado mi carrera deportiva.
- ¿Por qué?
- Porque en la Universidad de Cartagena el deporte no tiene cabida. Cierto que patrocina equipos, pero el deporte no se planifica. Al deportista se le desconsidera. Los escenarios deportivos están retirados de la Universidad. Los horarios de clase no son uniformes. Unas veces tienes que salir aprisa del entrenamiento para llegar a tiempo a clases. Otras pasa lo contrario.
- ¿Has ido a campeonatos nacionales universitarios de atletismo?
- Hasta hoy no he ido a ninguno. En el mes de julio las directivas de la Universidad recibieron un telegrama de invitación de los organizadores del *Nacional Universitario de Bucaramanga* para los atletas de la Universidad de Cartagena. No sé por qué razón el telegrama se extravió y apareció después que el campeonato terminó.

– ¿Cómo es el nivel técnico del atletismo en Colombia?

– Es muy pobre. Aquí tenemos individuos de grandes condiciones físicas, pero no tienen entrenadores que los formen, y cuando los tienen, éstos no pueden dedicarse todo el día a entrenarlos porque tienen otros empleos. Los entrenadores tienen más puestos que un bus urbano porque el sueldo que ganan no les alcanza. A veces va uno a practicar y los implementos no son suficientes. La alimentación es mala, deficiente. Los cuidados médicos son pocos... Estos problemas no son sólo del atletismo. Todos los deportes los tienen.

Los lunes por la mañana, Modesto, que pronto termina estudios de Ingeniería Civil, trabaja con ahínco en la mesa que está en el rincón opuesto a la entrada del cuarto de paredes desconchadas y baldosas descoloridas, que es el salón de dibujo, realizando los preparativos del proyecto de su tesis de grado: comprobar la resistencia y utilidad de las sustancias y materiales que se emplean en la construcción de edificios, viviendas, vías de comunicación, etc., para elaborar un catálogo que sirva a los ingenieros de la región.

– ¿Cómo va ese proyecto de tesis? –pregunto a Modesto.

– Nada bien –responde con tono preocupado. Los encargados de aprobarlo le han puesto trabas. Dicen que es demasiado práctico y poco científico.

– ¿Es eso cierto?

– Mira, es verdad que este es un proyecto para uso profesional, pero por más que lo he revisado, no le encuentro inconvenientes. Lo que pasa es que aquí se trabaja con patrones extranjeros, hechos con base en experimentos realizados con sustancias y materiales extranjeros.

– ¿Qué has pensado hacer para solucionar este obstáculo?

– Supe que el ICPC –Instituto Colombiano de Productores de Cemento– está interesado en el proyecto y es posible que me patrocine. El proyecto es largo y agotador, y necesita de un depósito grande para almacenar los cilindros de concreto que examinaré en el laboratorio.

– ¿Y si no resulta lo del patrocinio?

– No importa. Hace rato resolví terminarlo.

En busca del récord

A las 7 de la mañana, cuando se preparan para ir a sus oficios, los vecinos de la calle más larga del barrio Los Ángeles, cuyas casas, a lado y lado, parecen estar ceñidas por un jardín tan largo como ella y permanentemente sombreado por una hilera de arbustos, ven regresar a su casa a un joven altísimo, de espaldas anchas y aspecto de boxeador. A esa hora, Modesto luce sudoroso y cansado, y todos lo saludan con familiaridad. Viene del estadio *Pedro de Heredia*, donde entrena con ardor metódico. Sabe que en diciembre debe cumplir el reto más difícil que se ha impuesto: rebasar la marca nacional de lanzamiento de disco, 54 metros, que posee Dagoberto González, vieja gloria del atletismo colombiano, actualmente dedicado a entrenar a atletas jóvenes en Puerto Rico.

– Modesto, ¿tú estás seguro de lograr esta hazaña?

– Creo que sí –dice con tono confiado y risueño– aunque es más fácil terminar ingeniería.



POESÍA

Jorge García Usta

Crónica de los errores de Everaldo, tricampeón mundial

Eres quizás el hombre más opaco, quiero decir
el menos conocido hasta este año.
Era 1970 en todo el mundo, especialmente en Guadalajara,
y el cielo azulado sobre los estadios
era el mismo cielo carioca, la contraseña de tu antigua barriada.

Tú eras el lateral izquierdo, un hombre del que muchos desconfiamos.
Y fue en aquel partido, empezando la conquista.

Vimos a Petras, un checo, dormirte con su polka
y vimos su grito sobre las tribunas más mudas de la historia
y luego, a gatas, a Félix mirándote en tierra
como un viudo inmerecido. Y desde el Río Grande
hasta las pampas últimas, yo fui uno entre millones,
de los que te mentó la madre (pobre vieja Romilda).
Bien mentada, Everaldo, yo tenía 10 años
y me habían dicho que unos hombres –los checos–
que habían ido a Méjico a conocer el tequila
no tenían derecho al título.

No era justo. Los cuarenta carajazos de Rivelino
nos sonaron tan dignos como el ímpetu de un tambor
costero. Después el mismo
el ruidoso *Gamín del Parque*
puso un zurdazo celestial para el 1-1.
Y volvimos de alguno forma a quererte.

Antes Zagalo te había gritado ¿te acuerdas?
y luego diría aún –para Saldanha– “Everaldo casi nos arruina
el partido con Checoslovaquia”.
Fue siempre así *El Lobo*. Buena gente, decían.

Pero todo aquello acabó y ustedes
con sus piernas duras hechas en la tierra de la favelas
fueron del mismo valor –a su modo–
de los campesinos del alto Paraná.
A tu regreso el *Gremio*, tu equipo, bordó en su bandera

una estrella en homenaje a ti, Everaldo.
 Aquel hombre del error que “casi nos mata”. Eso dijo *El Lobo*.

Desde el 27 de octubre de 1974 no volvimos a ver tu nariz
 tronchada, como la raíz ansiosa de un almendro.
 El Dodge Dart –quizás de lo que dejó el 70–
 se estrelló con un camión. El camión salía de un garaje.
 Tú no lo viste y para este error no hubo Zagalos.
 Contigo se fueron Glecý, Daisy, Gisela, la mayor, y Romilda,
 tu hermana.

Se salvó la pequeña Denise.
 Ella había aprendido a hablar cuando tú
 no jugabas más que unos amistosos de domingo
 con otra gente retirada del oficio.

La vieja Florinda los lloró a todos.
 La vieja Florinda, como Celeste Arantes, la madre del rey,
 no tiene pelos en la lengua ni vudú en el corazón:
 Hoy escribo esto de ti y a cambio te doy solo noticias.
 Malas, todas.

Dicen que el rey, el antiguo Dico,
 ha olvidado todas las sombras de la noche múltiple
 de las favelas
 y los brazos de su primera torcida a los 15 años
 cuando vendía gasolina en Baurú.
 Se fue al Norte donde los padrinos de Geisel.
 Parece extraño hasta a su número 10
 y las Tavelinhas que hacía con Coutinho en Santos
 las repite de distinta forma en las discotecas de New York
 donde se le ha visto bailar hasta tarde.
 Dicen que lo peor es que la sonrisa
 llanota y asustada con la que abrazó a 50 mil hermanos suyos
 en Libreville
 ya no es la misma.
 (A donde irá a parar el rey
 ahora que una palabra suya cuesta
 un millón y medio de dólares)

Pero esa no es la peor noticia, Everaldo.
 Sabes que Hércules –el Gran Britto– vaga por el bar Garotinho

de la Isla Gobernador cantando amargas sambas
y Joel, uno de tus suplentes, no deja entrar los periodistas
a su casa: “Ustedes me van a decir ‘Usted es Joel,
el que jugó con Pelé’. ¡Qué gran honor haber jugado con Pelé!
¡Qué carajo! Escriban lo que quieran.”
El cumplidor Joel no ha tenido la suerte de otros.

Recuerdas que la última vez que Félix había llorado
fue después de la final con los italianos.
Ligia, su hija de 7 años, le dijo por teléfono: “Papá, lo que
dijeron de ti
y ahora eres de los grandes. Eres del tri”.
Félix dijo que no sabe cuánto tiempo lloró. Días, quizás.
Ahora ha vuelto a llorar. No por teléfono ni con Ligia, sino por TV
y ante miles de los que lo aplaudieron mientras él
se jugaba la vida en Guadalajara.
Lloró porque él, que te dio ánimos a ti después de lo de Petras
está en ruinas. (Y nadie le da ánimos a él).

Estas no son sin embargo, las peores noticias.
Arivaldo, tu hermano, peleó con las directivas del *Gremio*.
El *Gremio* había descontado de sus deudas contigo
los gastos de tu entierro y Nelson Olmedo, el presidente del Club,
—uno de los que dio palmadas por lo de Méjico—
negó los jugadores y el estadio para un partido
en beneficio de los estudios de la pequeña Denise.
Arivaldo ha maldecido por las esquinas
las joyas de la Jules Rimet.

Sin embargo, estas no son las peores noticias, Everaldo.

La peor noticia es que la vieja Romilda ha vuelto a llorar por
meses
en tu recuerdo, porque la pequeña Denise
tiene apagada su sonrisa de dientes blancos.

A Denise no la dejaron bañar en la piscina del club
porque debía cien cruceiros.
Y en el vecindario de la vieja Romilda en Asunción
han dicho que tu mayor error no fue el de Petras en Méjico
sino haber comenzado a querer un balón
a los 7 años en los potreros de Porto Alegre.

Crónica del Bautizo de Jesse Owens

Fue un 12 de septiembre en Dauville, Alabama
 –no importa el año–
 El segundo hijo de lo que sería
 la numerosa familia Owens
 nació con la mirada calmosa.

Más tarde el viejo Owens quebraría
 en el pequeño cosechadero de algodón

y se mudaron
 pero

Cleveland era lo mismo.
 El negrito correteaba a los negros
 pasaba por el vecindario como una flecha
 –una flecha negra–
 y hasta fue a la escuela
 y fue en aquel día
 cuando la maestra le preguntó por su nombre
 –¿mi nombre?
 y a lo mejor puso el índice hacia su pecho
 y rió nervioso con la risa más ancha y más suelta
 que aprendió en Alabama
 –mi nombre es J.C.
 Quizás la maestra tenía gafas caídas
 hasta una nariz hermosa como una tinaja
 y las manos ágiles y repartía
 regaños como besos
 –es decir Jesse

Desde entonces Jesse Owens
 7 años, desaplicado y muy veloz
 (En el estadio de Berlín 16 años después
 Adolf Hitler humillado
 por la derrota de su Lutz Long
 pidió el nombre de aquel negrito a Goering
 pero Goering sabía menos)
 De la maestra sigue
 sin saberse mayor cosa.

Así es la historia.

Pedro Blas Julio Romero

El humilde encestador de barriada

A Ricardo Cuesta, *Tres Pelos*, D.T.
A *Bolillo*, capitán de campo, de cuyo
nombre nadie se acuerda.

También plebeyo, también ilegítimo como yo
dirigido técnicamente por *Tres Pelos*.
Aunque plebe yo era sacristán, dizque para pagar la pena
de hijo natural
Eran esos tiempos de mi barrio Getsemaní
todavía de barro, caliente y negro:
por eso el pueblo le regaló la cancha a *Tres Pelos*
bautizándola con su respetable nombre de Ricardo Cuesta.

Por delante, por debajo, entrando, afuera o desde los ángulos
el capitán *Bolillo* daba miedo.
Su pantaloneta y su uniforme los compramos
de las apuestas ganadoras en aquel parque del Centenario
donde jugábamos la bolita de caucho
o el béisbol de los obreros en sus horas de descanso
con bates de matarratón y tapitas de gaseosa
y la grama de orín, igual a la de la biblioteca
por donde pisaba el alcalde

Bolillo era un recogido como yo. Y dormía donde los Galarza
donde eran las duchas y los refrescos para los basquetbolistas
pero el parque nos guardaba durante el resto del día
con una cancha puerca, prostitutas asoleándose
y policías fumando marihuana y los pinos suizos altísimos
desde donde mirábamos al capitán *Bolillo*
porque *Bolillo* era nuestro hermano natural.

Desde allí un día después de un campeonato
Bolillo salió escupiendo sangre de las duchas
sacudiéndose de todos para morir sobre la cancha
entre llantos y vómitos de sangre
en su última olimpiada de pulmonía.

CRÓNICAS

EL BOICOT A LAS OLIMPIADAS DE MOSCÚ,
ADVERTENCIA DE LOS PUEBLOS

Andrés Cava

La invasión de Afganistán: “es apenas una pequeña acción de policía”.

El problema de las olimpiadas empezó en un sitio casi desconocido, una capital de apariencia menor, cercana a la convulsión petrolífera del Golfo Pérsico, la mayor del mundo, por donde salen diariamente casi veinte millones de barriles de petróleo: Kabul, la capital de Afganistán.

Fue el 27 de diciembre de 1979: un zumbido múltiple en el cielo de la ciudad; luces rojas y verdes en la oscuridad del mismo cielo en una navidad que nadie celebra; luego, el aeropuerto lleno de gigantescos aviones de transporte *Antonov* y el puente aéreo de 150 aviones y el sigilo de ladrones de miles de soldados soviéticos bajando; al día siguiente, el primer ministro de gobierno, Hafizullah Amín, asesinado con toda su familia y allegados, y una columna de humo que lo avisa, saliendo del palacio Duralaman; después es traído Babrak Karmal, un pelele nervioso que hacía las de embajador de Checoslovaquia –todavía ocupada por los soviéticos– y es nombrado a dedo como primer ministro y otros dos cargos de opereta por las tropas de invasión; más tarde, ruedan amenazantes los tanques vigilando las calles y el envío de aviones –entre ellos el helicóptero artillado M-124, que vale dos millones de dólares y es el más avanzado del mundo, puesto a prueba con la sangre del pueblo afgano– para los primeros bombardeos en las provincias, ocupadas por los rebeldes; y ya en febrero 50.000 soldados soviéticos empantanados en la guerra santa de liberación nacional de los afganos.

Desde el principio, sin embargo, no todo fue canto de sirenas ni marcha de pavorrales victoriosos sobre el pueblo invadido como en Checoslovaquia. Las bravatas han sido contestadas. Pocos días después de la invasión amanecen dos “consejeros” soviéticos despedazados en El Bazar de Kabul, se sublevan tres guarniciones: las de Rikkor, Kargha y Bala Hissar, y la resistencia popular afgana, armada con armas de otro tiempo, se extiende y crece por todo el país con la audacia de 300.000 guerrilleros y el control absoluto de varias provincias. Bloquean carreteras, destruyen tanques, derriban helicópteros, y las bravatas empiezan a disminuir. Hasta Karmal enferma.

Días después de la invasión, Amín, el jefe de gobierno, fundador del Partido Popular Democrático (PPD) en la clandestinidad en enero de 1965, y quién había multiplicado durante su gestión el número de “consejeros” soviéticos, desde los departamentos de gobierno hasta los niveles de batallón, queda convertido por ensalmo de los invasores de antiguo mandadero suyo en “agente del imperialismo” norteamericano; sin embargo, según *Novosti* y el comunicado oficial ruso, había sido el Gobierno afgano quien “pedía apoyo”: o sea que Amín, el jefe de gobierno, mandó a llamar a los invasores para que defendieran la “revolución de abril”, pasearan la bondad de sus tanques y de paso, como quien no quiere la cosa, lo mandaran a él a mejor vida al siguiente día del “apoyo”: clara, disparatada y sórdida lógica imperialista.

En medio de los estrépitos de Kabul, arreciaron las “explicaciones” de *Novosti*, que serán creídas, lamentablemente para ella, por el buenote de Simón el bobito –y otros bobos a sueldo– en su primera resurrección: la invasión fue para “ayudar al país amigo en el ejercicio de su derecho a la autodefensa nacional”, para hacer defender “su independencia”, para hacer respetar “la dignidad del nuevo Afganistán”, etc.... como diría el poeta, “todo fue de mentiras, como fue”.

En otra ocasión el nazismo alemán había hablado de la superioridad de la raza aria para justificar el genocidio semita y la devastación de Europa. Hasta que la heroica resistencia soviética de entonces, comandada por José Stalin, le partió el cuello. Después el desembarco de *marines* o las tropelías de los *rangers* eran explicados por cualquier Kennedy como “defensa de la democracia y la civilización occidental” y hasta del “amor cristiano”. El cinismo ha seguido su melosa ruta de escuela calificada, ahora con los nuevos imperialistas: Leonid Brezhnev invoca a Marx a la par que se autorretrata con esas declaraciones miserables sobre Afganistán, en una reunión con el presidente de la Asamblea Nacional Francesa: “Por qué está tan excitado el mundo con este asunto menor. Es apenas una pequeña acción de policía. Tenemos unos pocos soldados custodiando carreteras y puentes. Eso es todo”.

Eso era todo. Al poco tiempo se comenzó a difundir el símbolo de los juegos, el cual –era de ver– no tenía la menor relación con el *napalm* que caía en las montañas afganas: se trataba de una osita angelical, de enternecedora mirada, incapaz de matar una mosca: Mischka. Pero al boicot no lo detendría la “ternura” oportuna de un *souvenir*. Ya venía en camino.

Los no alineados gestores del boicot

Sabedora hábil la URSS –ducha en la ruleta de la politiquería imperialista– del desprestigio ascendente de la otra superpotencia, EEUU, que sale con el rabo entre las piernas, expelida por la insurrección de los pueblos de Asia y África, y prevalida de las simpatías, algunas ingenuas o desprevenidas, que despiertan sus monsergas “internacionalistas”, buscó hacer creer en un principio que el propuesto boicot a las olimpiadas era de “creación colectiva” de EEUU. Buscaba reordenar simpatías y cubrirse las espaldas, reduciendo el problema a una maniobra solitaria del desprestigio manicero de Georgia. Era una buena táctica, pero le falló.

La realidad del boicot es otra. Ya en enero Rolf Pauls, diplomático de la RFA, había hablado de él en Bruselas. Y mientras Carter barajaba posibilidades de respuestas, dubitativo y asediado hasta por las cadenas de televisión gringas –que eran las de mayores contratos para transmitir los juegos– a la cabeza de la idea del boicot se ponen desde temprano, fundamentalmente, los países que de una u otra forma se saben blancos de la marcha paciente y sanguinaria de la URSS al Golfo Pérsico: Irán, Arabia Saudita y Pakistán, seguidos por un núcleo de los no alineados.

En los primeros días de febrero en la Conferencia Islámica reunida en Islamabad, el ministro de RREE de Arabia Saudita, príncipe Saud Al Faisal, puso el dedo en la llaga: sin atenuantes, pidió al resto de los países islámicos la ruptura de relaciones con Kabul, la preparación definida del boicot a las olimpiadas y la ayuda a los refugiados afganos. Cada una de estas peticiones fue incluida como recomendación en la resolución tajante que rechazó la invasión rusa de Afganistán y exigió “el retiro inmediato e incondicional de todas las tropas soviéticas, estacionadas en el territorio afgano”, ratificando “el respeto al derecho inalienable nacional del pueblo afgano a decidir su propia forma de gobierno y el sistema social, libre de interferencia exterior”. Esa misma resolución fue firmada por todos los países musulmanes, incluidos Libia y Argelia, y la OLP.

La premura de Arabia Saudita al promulgar las respuestas a la agresión rusa, entre las que incluía prioritariamente el boicot de las olimpiadas, tenía además su interés nacional. La amenaza rusa en la zona es ascendiente. Moscú está insomne: no duerme sembrando sus cizañas de intriga a la espera de frutos: en agosto del año pasado introdujo en Arabia clandestinamente, por la vía del mar, fusiles y ametralladoras y otras armas de su propia fabricación, y

coló espías, al tiempo que las armas eran capturadas por el gobierno árabe y Brezhnev enviaba un mensaje risueño al rey pidiéndole que estuviera “tranquilo”. Cuando planteó el boicot, Al Faisal pensaba en todo ello.



“La paz, símbolo de los juegos”; las hipocresías de Brezhnev. En las lejuras de Afganistán, la resistencia del pueblo crecía, y el valor armado por la independencia. (Foto tomada de *Diners*)

***Izvestia* le tira un anzuelo a Irán**

Aún fresco el olor de la gasolina de los tanques rusos en Kabul, *Izvestia*, una gacetilla de trampas, se vino con una treta explicativa adicional que logró refinar en mayo: la invasión rusa no sólo “ha reducido la amenaza real proveniente de EEUU sobre Irán” sino que “ha ayudado a la revolución de este país”. Azucarado y tentador, el anzuelo para Irán estaba listo.

El régimen musulmán, sin embargo, caló la esencia de la filantropía rusa como había calado antes –¡y de qué forma!– la amistad norteamericana. Ya al día siguiente de la invasión a Afganistán, miles de estudiantes iraníes se tomaron las calles de Teherán y de otras ciudades, con sus rechazos y banderas explícitas: “Fuera los invasores rusos”, y la cosa empezó a ponerse seria a pesar de las maniobras de los comisionistas de Moscú agrupados en el partido Tudeh.

Cuando los estudiantes y los trabajadores iraníes comenzaron a pedir la cabeza de Brezhnev, como habían pedido antes las del Sha y Carter, los rusos, hechos unos pollitos asustadizos, pidieron el refuerzo oficial de la vigilancia a su embajada, en prevención de nuevos rehenes, esta vez no occidentales. Por aquel tiempo Khomeini había mandado a llamar al embajador soviético y lo había hecho sentar a su lado.

– Brezhnev se está poniendo los zapatos que le quitamos al Sha –le dijo, palabra a palabra.

El embajador guardó silencio.

– Va hacia su mismo final –le volvió a decir.

Nuevos silencios. Una disculpa entrecortada, falaz. Khomeini, entonces, lo envolvió con su mirada apocalíptica.

– Se arrepentirán –le dijo.

Tres meses después el gobierno iraní expulsó a Vladimir Golovanov, primer secretario de la embajada de la URSS en Irán, sorprendido en plena calle de Teherán en otra actividad “internacionalista”, el espionaje, e hizo cerrar uno de los dos consulados soviéticos en el país.

Así, pues, que las gracias ofrecidas por *Izvestia* se trocaron pronto en una seguidilla de insultos de mala muerte contra Sadegh Ghotbzadeh, ministro de RREE iraní, a quien habían felicitado con risas dobles de niña enamorada por su firmeza ante los gringos. La única “falta” de Ghotbzadeh fue haber ratificado el derecho de la nación iraní a la autodeterminación y señalado con detalles en una conferencia de prensa internacional todos “los numerosos casos de fechorías” cometidos por los rusos en el país.

Con Irán ya los imperialistas rusos han traspasado el límite de las desavenencias diplomáticas. Mientras el gobierno iraní recalaba la apremiante conveniencia del boicot a las olimpiadas y a escasos días del cierre del plazo para decidir la asistencia a las mismas, desesperados helicópteros rusos hicieron cientos de disparos sobre una zona de vivienda de trabajadores en el distrito de Bakhezr, provincia de Khorassan. Quien quiera ver los cartuchos y cohetes rusos disparados puede hacerlo: el gobernador del distrito, Mohamed Tow Calti los tiene en su oficina.



Por todas partes del mundo el repudio de los pueblos a la invasión imperialista de Afganistán. Manifestación en la India. Calles enteras ocupadas. Cada nueva alevosía imperialista de los rusos deberá ser contestada. (Foto tomada de *El Tiempo*)

Así, pues, que a estas alturas de la proximidad de los juegos, el espinazo del boicot quedó constituido por los países no alineados, de cuyo movimiento formaba parte el invadido Afganistán. Lo impulsaron EEUU, Japón y Canadá; y algunas pocas naciones europeas; de todas estas un gran número fue pautado por el tímido y “civilizado” ejemplo suizo del 10 de mayo que “reconoció a las federaciones deportivas o atletas el derecho a boicotear individualmente”. El boicot era, en síntesis, un bofetón certero en el plano deportivo y en el político a unas olimpiadas promovidas en nombre de las paz por el mismo país que invadía y desbarajustaba a otro, más débil, con su mayor movimiento de tropas después de la Segunda Guerra Mundial y como uno de los más claros avisos de la inevitabilidad de la Tercera.

El Espíritu Olímpico: Lo que va de Filipo a Brezhnev

Teóricamente el espíritu olímpico moderno es un legado esencial del antiguo: el más honesto y amistoso espíritu de competencia y la más sincera defensa de la paz entre los pueblos, piedras angulares de los actuales reglamentos del movimiento deportivo olímpico, reconocidos y aceptados en toda la tierra. En esta ocasión, ambos bastiones reglamentarios fueron violados y convertidos en física letra muerta por el país sede antes, durante y después de los juegos.

Los antecedentes son incontrovertibles y francos. En la antigua Grecia, cuando se efectuaban los Juegos, no se permitían guerras entre el anfitrión y el resto de países. Cercano el inicio de las Olimpiadas, se decretaba la tregua general, de consideración pública sagrada. Veloces, los heraldos surcaban los estados, uno a uno, pregonando con euforia la tregua y la invitación a participar en los Juegos. “Durante la tregua, verdadera etapa de unidad nacional, nadie podía penetrar en Elea con armas y su suelo se consideraba inviolable y sagrado”, han escrito, paradójicamente, los cronistas deportivos cubanos, de repente amnésicos ante los sucesos de Kabul en vísperas de los Juegos de Moscú.

En ese mismo espíritu y treinta siglos después, los propósitos de los Juegos preservan su nitidez de principios. En una época particularmente difícil y bajo el signo fatídico de la pugna entre las superpotencias, la historia se convierte en un atajo aleccionador, ilustrativo: Filipo de Macedonia tuvo que pagar una multa y ofrecer excusas públicas después de un asalto de sus mercenarios a un ateniense por el exclusivo hecho de que aquel iba a Olimpia a participar en los Juegos; hoy la “excusa” por el “asalto” de Afganistán de también pública, imperial y además siniestra: las tropas soviéticas asesinaron poco antes del inicio de los Juegos a más de veinte estudiantes afganos en las calles encendidas de Kabul, arrestaron a fotógrafos y periodistas extranjeros, y accionaron la mal mentada y oscura prisión de Pulicharki, de calabozos de muerte donde aplican la picana –la “varita mágica”, como la llamaban los afganos– como en cualquier “Suiza” de Asia. Durante los Juegos aumentamos el pie de fuerza y los bombardeos con gases tóxicos, y reclutaron entre la población agentes y soldados porque el ejército regular afgano es ya una fachada ante las diarias deserciones.

El otro principio fundamental del espíritu olímpico, el de la competición amistosa y honesta, fue igualmente pasado por la faja por el país sede, y el asunto se volvió escándalo desde los primeros días.

Se batieron 33 récords mundiales pero a pesar de los avances deportivos, innegables, el COI tuvo que pedir a la Federación Internacional de Atletismo Aficionado (FIAA) el estudio de múltiples denuncias de atletas en el sentido de que los jueces soviéticos habían cometido fraudes en las competencias de pista y campo. Y sólo al décimo día, alguien distinto de los jueces rusos pudo estar en el campo: el casi octogenario Adrian Paulen, el holandés que preside la FIAA. Aún así, la URSS persistió en su estilo hasta otro nuevo incidente, ya irrefutable y concluyente: el de la gimnasia femenina en lid con Rumania, tan evidente que toda la prensa deportiva rumana puso el grito en el cielo y protestó por esta maniobra que había “manchado el espíritu olímpico”.

Así fue en todo. A su regreso, el técnico del seleccionado colombiano de fútbol, Eduardo Retat, explicó con su energía de siempre algunas de las “características desconocidas” del torneo: “El olímpico de fútbol fue una farsa. Había jugadores soviéticos de 30 y 31 años. Los checos tenían un promedio de 30 partidos internacionales, al igual que los yugoslavos”. Todo, legal o no, es válido en ese “nuevo” espíritu hegemónico del deporte soviético, orientado por su gobierno, que lo mismo hace que sus jueces trampeen los logros de Nadia Comanecia favor de su paisana, o lleva a que sus ciclistas muelan a codo a los “escarabajos” colombianos en la pasada Vuelta a Francia, ante la desesperación, inaceptable para ellos, de verse derrotados en disputa limpia.

“El deporte es distinto de la política”; los sainetes del nuevo imperialismo

La URSS comenzó a mover los arcos de su defensa y a estimular toda suerte de arreglos y vocinglerías, ocasionales y baratas. Se guardó los escrúpulos en la manga de la camisa, y revisó y explotó cualquier necesidad, por ejemplo, en América, donde ya comienza a sentirse el hábito de su ingerencia, aprovechó las eternas dificultades del subdesarrollo nacional; en Perú, cuando el vicealmirante Augusto Gálvez, jefe del Instituto Nacional de Recreación, Educación Física y Deportes, gritó que estaban en los puros cueros y no se podría ir, el solícito Leonid Kuzmin, embajador de URSS en Perú, prometió –hada madrina de oportunidad– que su país podía financiar “todos los gastos”. Sin embargo, el argumento primordial para contrarrestar el boicot fue una antigualla despreciable, cercana en el tiempo y en la inocencia (aparente o no) a las candideces del barón Pierre de Coubertin: la creencia de que “el deporte no tiene nada que ver con la política”, alimentada como sistema por todos los imperios anteriores en el manejo de la cosa doméstica, sus colonias. Creencia de la que sólo quedan migajas de ocasión, convertida como ha sido en olímpica cháchara desde la propia invención del deporte.

Ya desde abril de 1896, el rey Jorge I de Grecia con señora e hijo, presidía vestido de almirante los primeros Juegos Olímpicos, los que aprovechó, además, para hacer moñona en su provecho: suavizó asperezas con su pueblo, compartiendo “emociones con él varios días”; cuadró las arcas del Estado que el despilfarro de jolgorio de la Corona tenía limpias; le echó tizones en los campos al fervor nacionalista popular ya que su país y Turquía querellaban entonces por Creta, y al final, claro, se atrevió a lo que debía atreverse: solicitó la celebración perpetua de los Juegos en Atenas. El rey Jorge I, contra lo que podría creerse, no tiene ningún vínculo familiar con Alfonso Senior. Además, en aquel tiempo el mundo estaba menos “enredado” y había tiempo de sobra

para que el barón de Coubertin hipara de emoción en las inauguraciones. La II olimpiada se fijó para París y los franceses en el gobierno juzgaron que ese era el chance para echar tierra sobre sus trapisondas de Estado (el asunto Dreyfus), pero los problemas continuaron. El pueblo denunció en el Ayuntamiento de París a la *Unión de la Sociedad Francesa de Deportes Atléticos*, una tropilla de aristócratas que, conducidos por el vizconde de Rochefoucauld, juergueaba en el barrio Saint Germain, dizque organizando los Juegos.

Hasta hoy, el estribillo de “el deporte no tiene que ver con política” es una simple mentira de ocasión, siempre a la mano para su uso conveniente. Otra cosa son los hechos, que la han venido destruyendo desde siempre, aún más hoy con el agravamiento de las contradicciones sociales y la lucha política a nivel internacional y el despertar definitivo de los pueblos. En Méjico y Múnich, el puño y el orgullo en alto de Tommie Smith, Roland Mathews y el resto de incomparables velocistas negros venidos de los guetos discriminados hizo evidente y estridente el valor de los humillados de todos los Harlems de Norteamérica. Y cuatro años más tarde en Montreal 29 naciones africanas sabotearon los Juegos por la presencia de los angelitos beatíficos de Suráfrica, los inspiradores del *apartheid*.

Era además un argumento que ni la propia URSS –que ha saboteado públicamente más de diez eventos deportivos internacionales– creía. La secundó su altoparlante en el Caribe, la gloriosa Cuba de 1959, entregada hoy como cuchara grande a los caprichos torvos de Brezhnev. Cuba sabotearía meses más tarde el *Campeonato Mundial Juvenil de Béisbol* por la inercia del gobierno de Herrera Campins ante el atentado terrorista de aviación que le dejó un saldo de medio centenar de muertos; pero no diría una palabra sobre los centenares de muertos afganos, las aldeas arrasadas y el medio millón de refugiados en la frontera con Pakistán. Para Cuba se había solucionado su probable “problema de conciencia”; todos los afganos en rebelión contra la invasión rusa habían sido calificados como “bandidos contrarrevolucionarios” por TASS en la más eficaz jerga gansteril de estos tiempos.

Del Barón Pierre de Coubertin al Lord Michael Killanin

Hasta Lord Killanin, el presidente del Comité Olímpico Internacional (COI) apareció en escena, abotagado, irreconocible, y siguió punteando el vals. Desde Dublín descubrió las claves de Nostradamus; “no le corresponde al COI inmiscuirse en la política”. Pero Lord Killanin, un aristócrata de más de medio siglo de vida, había perdido su santa memoria. Y con la suya la memoria del COI. La suya, porque el 2 de julio de 1976 en Montreal, Lord

Killanin había advertido literalmente: “Si a última hora la Unión Soviética le introduce política a los Juegos de 1980, éstos deberán ser cancelados”. Y la del COI, porque ha sido el organismo deportivo a nivel mundial más sometido a presiones políticas. Baste este botón de muestra: poco después de la carta del 26 de mayo de 1954 del presidente del COI de entonces, Otto Mayer, en la que el COI reconoció al comité olímpico chino de la República Popular, el COI incluyó a Taiwán, adonde habían ido a parar con Chang Kai Shek la minoría de los miembros del anterior comité, fugados después de la revolución ant imperialista de 1949. Las protestas del Gobierno Popular, intérprete de 500 millones de habitantes, fueron simplemente rechazadas. Y el asunto ni siquiera fue discutido ni sometido a votación en ninguna reunión del COI. Fue una de las más fervorosas ayudas brindadas por organismo deportivo alguno a la táctica imperialista de EEUU de aislar a la naciente república.

En verdad la memoria de Lord Killanin andaba extraviada y en el fondo lo que él quería (al igual que el barón de Coubertin en su tiempo) era retirar indemne su levita de estos escabrosos menesteres de los últimos años con los que no ha sabido qué hacer, excepto chocheras de noble. Así que cuando entregó el trono, en medio de las olimpiadas, nada extraño tuvo que pidiera una “mente fresca” para la dirección del COI.



La protesta masiva de los estudiantes y el pueblo iraníes por la invasión de Afganistán. Después vendrían las trampas de Izvestia. (Foto tomada de *El Tiempo*)

En Berlín tampoco había faltado nada

El nuevo imperio quiso convertir las olimpiadas en un muestrario deportivo y extradeportivo apabullante de su esplendor económico, erigido sobre las cada vez más evidentes pobreza y problemas de sus colonias. Y empezó por elaborar, además del delirio arquitectónico, un horario de fábula para la distracción de sus visitantes; un programa jubiloso, similar al del fascismo alemán que hizo unas olimpiadas organizadísimas, “perfectas”, en agosto de 1936. “Jamás los Juegos Olímpicos habían llegado a tal grado de perfección”, escribió sobre ellas J.C. Wald. “Jamás un país organizador había puesto tal afán en que nada faltase. En la olimpiada de Berlín no falló nada”. Como en Moscú, en Berlín el mínimo gesto de aceptación fue tomado como la más frenética adhesión. Aún se recuerda aquel espectáculo diciente en la jornada inaugural de 1936: en el desfile el equipo francés saludó en alto con el saludo olímpico de entonces y el público alemán, entre ramilletes de banderas con la cruz gamada, tomó ese saludo por el hitleriano y se escuchó un trueno masivo en el estadio, el *Heil Hitler* del público. La propaganda del evento había estado a cargo de los especialistas nazis, unos de los propagandistas más tenebrosos y eficaces que registre la historia.

En 1978 se repitió la escena. Jorge Videla, cabeza de la dictadura argentina, clausuró el Mundial con un lleno de apoteosis y una poética lluvia de confeti, después de estimular durante meses, con mucha “sabiduría”, la noble pasión rioplatense por el fútbol. Por pocos días, Argentina fue el nuevo país de las maravillas.

Ya antes, la ceguera senil de Jorge Luis Borges no le había impedido apartar de un manotazo vidente el territorio de sus magistrales ficciones para establecerse en una realidad violenta, en la que tomó partido: olvidó los cálculos de Funes, el memorioso, y, con toda su memoria enciclopédica a cuestas, agradeció a los “caballeros de la Junta” por el bien nacional. Con esa bala mató dos pájaros, hizo de Videla su héroe real y escribió –ya no para la literatura, sino para la vida del pueblo argentino– su historia local de la infamia. En el agobio de los preparativos, la dictadura había hecho remodelar la escuela de mecánica de la armada para vestuario y sala de descanso de los futbolistas asistentes. Según fuentes de la propia embajada estadounidense, la escuela había sido una sala de tortura predilecta, en la que se aserraban desde la entrepierna hasta la cabeza a los presos políticos delante de sus compañeros.

Después fueron promovidas y utilizadas hasta las gambetas de Mario Kempes para ahogar el llanto de las Madres de la *Plaza de Mayo*, que insistían en las

afueras de los estadios reclamando por sus desaparecidos. Tres meses antes el *Comité de Boicot al Mundial*, desde España, había dado a la luz pública el balance nada borgiano de la caballerosidad extrema de Videla y sus compinches: veinte mil secuestrados, diez mil presos políticos y más de ocho mil asesinados, y concluía su rechazo: “No se puede jugar al fútbol entre campos de concentración y cámaras de tortura”. Algo parecido a lo que vamos a hacer aquí en 1986.

Sin embargo, en Moscú la cosa fue con música, la bella música del pueblo ruso que tanto gustaba a Vladimir Lenin.

Tchaikovski, para que el mundo olvide a los afganos

La primera marca mundial que se batió en Moscú fue la del cinismo: según los organizadores, los medios artísticos y deportivos empleados servirían el día inaugural para expresar la idea de que el movimiento deportivo olímpico “contribuye a fortalecer la amistad entre los pueblos del mundo”, etc. Y Leonid Brezhnev esparció su lema de fanfarria, *El deporte por la paz*, antes de la música de Shostakovich con el tema de la olimpiada. El 12 de julio, mientras miles de visitantes escuchaban en Moscú un brillante concierto del profesor Sviatoslav Richter, una escuadra de *MIGS* reducía a humo más de cuarenta aldeas en las provincias de Kabul, Paktia, Ghazni y Bamiyan en Afganistán. La bulla de muerte de los *MIGS* era una música distinta, menos reposada en los oídos de los rebeldes de las lejanías. Diez y ocho días mas tarde la cosa fue con Tchaikovski, el genial músico que cumplía los 140 años de su natalicio y cuya ciudad, Klin, había sido convertida por tal motivo en señuelo turístico: mientras los visitantes se extasiaban con su ópera *Reina de espadas*, la resistencia afgana le hacía oír otra música a algunos conductores de helicópteros invasores, no dispuesta a derrumbarse en el olvido ni siquiera por esos días de músicas finas en el cuartel general de la invasión.

En el arte sucio de la guerra imperialista, algo habían aprendido –además del uso del *napalm*– los rusos de los norteamericanos, quienes destruyeron aldeas, hombres y arrozales en Vietnam bajo el ensordecedor y excelso ritmo de Ricardo Wagner.

En medio de tantos conciertos –hubo uno en honor a la apertura de la villa olímpica y otro hasta para “saludar” la 83 sesión de la COI– quedaba claro el uso de la cultura, de mil formas distintas, en la estrategia de la dominación colonial.

El balance y el llanto de Popov

La magnificencia, prevista con cinco años de metódicos esfuerzos y más de trescientos millones de dólares, superó los cálculos inútilmente: a pesar de las legendarias cuadrigas griegas y el alborozo fácil de los globos multicolores, de los oseznos llenos de simpatía y la acrobacia magnífica de la jornada inaugural, a pesar del menú tentador de los trescientos sesenta platos y los diez y ocho mil cocineros; a pesar de todo ello, dispuesto suntuariamente e informado con ánimo seductor y prosélitos de alquiler por todos los continentes con un aparato de información –que ya desearía nuestro mayor novelista para su actual y nada metafórica guerra de la información–, de los 147 países miembros del COI, 66 países y 50 asociaciones de algún deporte no participaron, 16 delegaciones no desfilaron con sus banderas nacionales y los deportistas de 10 países asistentes no fueron a la feria inaugural. Y el alcalde de Montreal, sede de los juegos anteriores, no estuvo presente para entregar la bandera olímpica.

El origen de nuevas formas de boicot en la propia jornada inaugural por países asistentes y los desaires paulatinos provocaron nuevas iras durante los juegos. TASS, la agencia noticiosa oficial de la URSS, que había perdido su habitual elocuencia pandillesca durante los sucesos de Kabul, ahora bramaba. Hernan Vladimirov, el encargado de la prensa de los juegos, había intentado el 17 de mayo una mentira piadosa: “El boicot nos está ahorrando propaganda”, dijo. Sin embargo, poco a poco, no hubo más posibilidades de mentira. Y al final Vladimir Popov, vicepresidente del Comité Organizado de las olimpiadas dio la cifra más exacta de la derrota esencial de un imperio que quiso convertir los juegos, invocando y ultrajando el ideario marxista, en un enorme maquillaje ante la “tenebrosa vía de ahorcados” que tenía de Afganistán, y ante los pueblos del mundo que han comenzado a calar a punta de agresiones que la URSS, de antigua



El esplendor minucioso de la inauguración; todo un “homenaje a la paz”. Nada había faltado, como tampoco nada había faltado en Berlín en 1936, antes de que el fascismo alemán desencadenara la 2da Guerra Mundial. (Foto tomada de *El Espectador*)

y pujante cuna del socialismo se ha transformado en el más tenebroso bastión de la reacción mundial. En tal sentido el informe de Popov no pudo ser más lloroso: solo participaron 5.928 atletas en vez de los 12.700 previstos, y solo fueron 58.233 turistas en vez de los 300.000 esperados. La última nota de la desgracia la constituyó el que los de Moscú tuvieron el número más reducido de equipos en comparación con los juegos de los últimos veinte años. Esa no había podido ser la respuesta a las olimpiadas de Berlín de 1936. Fue un error mayúsculo. Envalentonado, el fascismo alemán urdió y adelantó la Segunda Guerra Mundial, y salió hecho pedazos de la misma, después de parecer muy bravo. La conclusión de este episodio y los logros del reciente boicot pueden servir de advertencia a los imperialistas de hoy.

GUIA PROFESIONAL

CENTRO MEDICO DE ESPECIALISTAS
DOCTORES:

Roberto Girardo
Medicina Interna

María Teresa Arango
Sicóloga

Ramón Alvarez M.
Medicina Infantil

Lorenzo Montoya
Optómetra - Optico

Calle El Salto No. 31 - 27
MAGANGUE - BOLIVAR

CARLOS BENAVIDES M.
ODONTOLOGO
Universidad de Cartagena
Consultorio: Carrera 2a. No. 9-36
Tels.: 8171 - 7772 - MAGANGUE - BOL

LOS HOMBRES DE UN EQUIPO DE FÚTBOL EN UN PUEBLO ARDIENTE

Pedro Badrán Padauí

Al viejo Al

El teatro de los acontecimientos

En los pueblos perdidos donde una calle o una plaza son convertidas en pequeña cancha, el fútbol se juega sin protocolos y casi como por compromiso en un estadio viejo, cercado por una paredilla de dos metros coronada de vidrios. En la cancha grande, abierta y dura, donde crecen como hermanas la hierba y la maleza, se congregan cada domingo 22 jugadores, vestidos con viejas camisetas, y un público igual que se conoce todo y que le da más importancia a este campeonato de pueblo que al mismo rentado profesional.

Los hombres de los pueblos convierten cada domingo en una hermosa fiesta; con sus mujeres y sus hijos y sus trajes mejores, hermosos, multicolores, van llenando el pedazo de cancha reservado para ellos. El estadio inmenso que antes pareciera una bestia dormida se va llenando de un rugido de radios y de voces que gritan desacordes apuestas encontradas. Los niños se resguardan de un sol puntual que levanta partículas de polvo y, más allá del campo, los guaraperos venden sus guarapos rebosantes de hielo.

La razón de jugar

Hace muchos años ya, y buenos años aquellos, los hombres de un equipo de fútbol en un pueblo ardiente entrenaban en un campo pequeño, salpicado de gramilla. El equipo se vestía de verde los domingos y parecía que aquellos partidos de campeonato fuesen en broma porque solo se oían chanzas e insultos tenues en todas partes que no ofendían a nadie. El equipo se vestía de verde los domingos y en otra forma los otros días. Y en nada se distinguían aquellos hombres que cargaban bultos y vendían loterías y se metían en los cafés a hablar de fútbol y a escuchar más bromas, sin molestarse. Estos hombres, para quienes el fútbol más que un deporte ha sido el único refugio que han tenido en una vida llena de infortunios, jugaban en el viejo estadio, no para lucir sus camisetas de jugadores pobres sino para sentirse mejores de lo habían sido en la semana y para tapparle la boca al mamador de gallo que ponía en duda sus quiebres y su fortaleza.

Ahora, el fútbol es para ellos un recuerdo tenue y alegre de unos años en que ninguno pensaba que las cosas iban a ser más duras. Sus vidas, no tan hermosas como el recuerdo que conservan, han transcurrido en una permanente angustia, en una permanente lucha por conseguir sustento, desempeñando los oficios más disímiles y siempre con la certeza de que el fútbol no les daría para ello.

El tiempo nunca vuelto

Hubo un tiempo que parece irreal en la memoria de estos hombres. Fue cuando al pueblo ardiente llevaron equipos profesionales para enfrentarse a la selección. Se vivía de fiesta en esos tiempos. Más de un jugador fue tentado por los equipos que llegaron. El *Millonarios* fue dos veces, fue el *Pereira*, el *Júnior*, el *Unión Magdalena*. Cuando llegó el *Millonarios* se construyeron graderías de madera con techos de cinc como si fuese a celebrarse una corralaja. Al término de un partido empatado a un gol, un medio campista argentino al servicio de *Millonarios* exclamó señalando el campo de juego: “eso es un horno”. En efecto, el mismo sol dominguero, fiel a su caída sudorosa, había descendido hasta el campo para fatigar a los contrarios.

Millonarios, que fuera en una época el mejor equipo del mundo, vino también después de conquistar su novena estrella. Esa vez ganó 2-1, pero todos reconocieron que el triunfo no había sido fácil. Texeira Lima, gran jugador brasilero, habría de decir al final del partido: “Son buenos estos muchachos”. El partido es uno de los que más se recuerda; además de los goles magistrales anotados por el brasilero Silvio Farías, goleador del rentado profesional, el gol de los locales fue marcado de tiro penalti al mejor portero que ha tenido el país en todos los tiempos. *Millonarios* ganaba 2-0 y faltaba poco para concluir; el árbitro pitó una mano que nadie vio aunque todos aseguraron que había sido clarísima; la decisión del árbitro fue celebrada, no porque se fuera a hacer un descuento importante sino porque en ese momento el público recordó que el *Caimán* Sánchez era el mejor portero de Colombia. El penalti se recuerda perfectamente porque el *Caimán* Sánchez, con todas sus características de portero invencible que siempre adivinaba el lugar exacto por donde habría de ir el balón, esa vez se abalanzó sobre el palo opuesto a ese por el que Ramiro Guerra había enviado el balón. Segundos antes, Ramiro Guerra había pateado la pelota pensando en los madrazos inevitables que le deparaba la suerte, pero vio con asombro que la pelota pasaba muy cerca de los pies del *Caimán* y a éste, paralelo al piso pero aún suspendido, volviendo los ojos para ver la bola que se metía sin remedio, que se estrellaba ya contra la red blanca y remendada y caía luego a la arena, reposada y ya distinta.

Cuando la velocidad de Escourinhono sirvió de nada

El *Júnior*, que era el quipo predilecto en toda la región, cuando vino goleó a la selección 4-0. El partido fue transmitido a Barranquilla y a toda la región por un locutor que, por haber llegado tarde, no alcanzaba a ver por entre las cabezas de todos los espectadores; tuvo que conformarse con inventar jugadas y narraciones que nunca existieron y cantar los goles con un minuto de retraso.

La derrota de la selección se atribuyó a la fenomenal parranda que una noche antes se había celebrado en el burdel donde se aclamaban las victorias. Sin embargo, ese es el partido que más recuerda Eliécer Cantillo, quien por entonces contaba con 18 años. Logró anular a Escourinho, puntero brasilero, cuyos quiebres de cintura no sirvieron de nada.

En esa época la casa de Eliécer Cantillo estaba llena de recortes de periódico donde salían todos los astros del fútbol. Encima de su cama colocó un retrato suyo donde aparecía con Omar Lorenzo Devanni, argentino al servicio del *Unión Magdalena*. Ahora Eliécer luce bigotes que le rodean como un arco los labios gruesos; sus ojos están alegres como siempre y el cuerpo ancho de gladiador esta más fofo y aguado. Lo que más le impresionó de Escourinho fueron sus ojos brillantes, felinos, que asustaban. “Escourinho era veloz y en un principio pensé que me iba a bailar. Pero me le paré bien y tuvo sus problemas. Lo bueno era que la gente lo azuzaba a que me *driblara*, pero él muchas veces prefirió pasar”.

Los disparos de Quarentinha y la mano salvadora

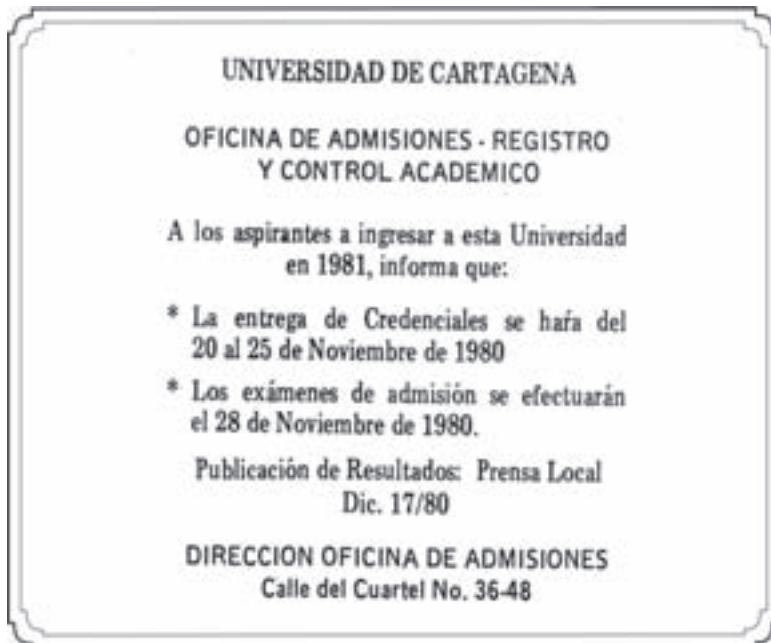
Ismael Contreras era por aquellos años el portero de la selección. Esmirriado y largo, tocaba el horizontal sin esforzarse. Usaba gorritas a cuadros pata imitar a Carrizo, aunque él sigue diciendo que era para protegerse del sol.

Quarentinha llegó dos veces, con el *Unión Magdalena* y el *Júnior*; desde aquellos años a todo muchacho que chutea fuerte, ya sea en las plazas o en el estadio, se le dice Quarentinha. Los disparos de Quarentinha daban miedo. En el partido con el *Unión*, Quarentinha cobró un tiro libre desde casi treinta yardas. La barrera humana que demoró algunos minutos en colocarse se contorsionó unánime, acomodando el cuerpo a un balonazo mortal que nunca llegaron a sentir. El balón pasó sin tocarlos y a Ismael Contreras le tocó volar, con gorra y todo, desviando el balón en una estirada que se volvió inolvidable.

Para Ismael sus mejores momentos estuvieron en los campeonatos intermunicipales. Más de una vez, y esto lo recuerda como una travesura, Ismael fue acusado en los pueblos vecinos como ladrón de gallinas. Pero lo que más recuerda son las estruendosas derrotas que una selección que parecía invencible propinaba a los otros pueblos. Marcadores como 12-0, 10-0, donde todos hacían goles, le dieron a Ismael la aureola de portero invulnerable que le permitía hacer figuritas y jugadas extravagantes.

El tiempo presente

La cancha del estadio, nos ha dicho Ismael, era mucho mejor que la de ahora y se jugaba con más gusto. Hoy el viejo estadio está más lleno de maleza y cardos altos donde se atasca el balón. Aunque los nuevos jugadores han reclamado un mejor acondicionamiento del viejo estadio, nadie se ha preocupado por cubrir los huecos y las lomas que florecen en la cancha. Alguien le dijo a Ismael que el mismo estadio por donde alguna vez, en un tiempo ya olvidado, pasaron Escourinho, Silvio Farías, Omar Lorenzo Devanni, *el Caimán* Sánchez y quién sabe cuántos más, estaba bueno para criadero de puercos. Pero, aún y así, todos los domingos se sigue jugando.



PRÓLOGO DE POCAS PALABRAS

Eduardo Galeano*

Hay intelectuales que niegan los sentimientos que no son capaces de experimentar ni, en consecuencia, de compartir: solo podrían referirse al fútbol con una mueca de disgusto, asco o indignación.

No es menos típica la búsqueda de chivos emisarios para expiar la propia impotencia, y el fútbol es ideal en este sentido; está allí, tan a mano del intelectual como de cualquiera, sin ganas ni necesidad de defenderse: el fútbol es, pues, cómodamente, señalado con el dedo índice como la causa primera y última de todos los males, el culpable de la ignorancia y la resignación de las masas populares en el Río de la Plata. La miseria no está escrita en los astros, suele pensar el intelectual de izquierda, pero sí en el tablero del estadio donde se marcan los goles: si no fuera por el fútbol, el proletariado adquiriría su necesaria conciencia de clase y la revolución estallaría.

No creo que tanta perversidad pueda imputarse al fútbol con algún fundamento de causa. No niego que el fútbol empieza por gustarme, y mucho, sin que eso me provoque el menor remordimiento ni la sensación de estar traicionando a nada ni a nadie, confeso consumidor del opio de los pueblos. Me gusta el fútbol, sí, la guerra y la fiesta del fútbol, y me gusta compartir euforias y tristezas en las tribunas con millares de personas que no conozco y con las que me identifico fugazmente en la pasión de un domingo en la tarde. ¿Desahogo de una agresividad reprimida en el curso de la semana? ¿Merece uno el sillón del psicoanalista? ¿O bien se ha sumado uno a las fuerzas de la contrarrevolución? Los hinchas somos inocentes. Inocentes, incluso, de las porquerías del profesionalismo, la compra y venta de los hombres y las emociones.

Con ninguna otra actividad nos sentimos tan identificados los hombres de la cuenca del Plata, y muy particularmente los orientales. En el estilo y la “garra” de algunos jugadores, sobrevivientes de la época de oro en que se jugaba “con todo”, reconocemos de algún modo un estilo nacional, con sus rasgos negativos y positivos, la “viveza” muchas veces cochina como la firmeza y la imaginación, la manera de plantarse en la cancha y la fracción de segundo que demora un delantero en escapar por el costado donde no se le espera, abrir la brecha y meter el gol. Los uruguayos tenemos motivos de sobra para desear que la “garra” legendaria de nuestros jugadores se proyecte más allá de las canchas sobre el asfalto de la ciudad y la desolada inmensidad del campo: que el heroísmo nazca de los grandes compromisos sociales y

políticos. Pero no es culpa del fútbol que sólo en el fútbol esa “garra” ofrezca, o haya ofrecido, resultados concretos, como no es culpa del fútbol que haya sido por el fútbol que el Uruguay adquirió cierta relevancia internacional o por lo menos nombre propio en el mapa del mundo. Recuerdo que desde los balcones de “época” mirábamos en 1966 la impresionante manifestación con que el pueblo celebraba la victoria de *Peñarol* en la Copa Mundial de clubes. Recuerdo que discutimos. Yo también hubiera preferido una manifestación tan multitudinaria y estridente por la tierra que los cañeros reclamaron en vano o contra la política económica que el imperialismo nos impuso para comernos mejor. Pero la victoria de *Peñarol* no era culpable de la derrotas de la izquierda: ojalá la izquierda fuera también capaz de ganar 4 a 2 cuando, faltando pocos minutos para el fin, todo parece perdido.

Montevideo, principios de 68.

* Ensayista y cuentista uruguayo. Autor de *Las venas abiertas de América Latina*, *Días y noches de amor y guerras* y otros. Hoy en el exilio en Méjico, por la dictadura fascista de la “Suiza de América”. Este “Prólogo de pocas palabras” es la introducción al libro *Su majestad, el fútbol*, publicado por la editorial Arca, de Montevideo, en 1968.



EN MEMORIA DEL PISTERO BOHEMIO

Guillermo Alberto Arévalo



“... y entonces Zadorc Guardiola abandonó las pistas donde hiciera vibrar los cronómetros y las tribunas. La camiseta que con más mística que apoyo había colocado en el pedestal de número uno...” (Foto tomada de *El Espectador*)

donde nació y de donde nunca –según se cuenta que decía, entre nubes de humo y nadando en ron– debió haber salido. Escuchaba la música más sentida del mundo. Boleiros y guarachas de Daniel Santos, recuerdos de mala muerte de Alci Acosta. Entonces recordaba por momentos sus marcas. Los duelos con Jaime Aparicio, por entonces récord panamericano, su triunfo sobre el rival en 1957, en los 400 metros planos. La opinión de los periodistas, de que le daría la primera medalla olímpica a Colombia.

Cualquier día vino lo más temido: la sanción. Pusieron el grito en el cielo porque un hombre había pasado la noche con una mujer. El delegado, con los ojos aún colorados por el alcohol, sentenció el final de la carrera.

Y entonces Zadorc Guardiola abandonó las pistas donde hiciera vibrar los cronómetros y las tribunas. La camiseta que con más mística que apoyo había colocado en el pedestal del número uno, el único número que importa.

Comenzó a aparecer a las horas más insólitas en los bares de Santa Marta,



“...Escuchaba la música más sentida del mundo. Boleiros y guarachas de Daniel Santos, recuerdos de mala muerte de Alci Acosta... Y volvía a sumergirse en las trompetas, seguía la clave con los dedos, murmuraba la música, mátame por piedad, qué humanidad vive como yo vivo, qué humanidad...” (Foto tomada de *El Espectador*)

El campeonato suramericano en Chile, la sanción... Y volvía a sumergirse en las trompetas, seguía la clave con los dedos, murmuraba la música, susurraba las letras, la vida te doy, mátame por piedad, qué humanidad, vive como yo vivo, qué humanidad...

Dicen también que cuando no estaba borracho se ganaba la vida pescando, como antes de las camisetas y los spikes, las pistas y el reloj. Pero podía más el recuerdo de lo que pudo haber sido. Apenas tenía 43 años. Había llegado 1980. Comenzaban unos juegos olímpicos más, lejos, muy lejos. Lo recordó en el hospital de Santa Marta, poco antes de morir para siempre, no de amor, no de orgullo, no de nostalgia. Se murió Zadó Guardiola. Paró el cronometro con una marca nueva, tan absurda a sus ojos ensombrecidos como las anteriores.

NARRATIVA

CON PINTA DE *BIGLIGUE*

Eligio García

Se llamaba Jesse Concepción y había llegado a Cartagena rodeado de una aureola de estrella. Lo trajeron *Los Indios*, el equipo de béisbol más popular de la ciudad, para que los salvara de la catástrofe que se les venía encima. Cuando anunciaron que venía estaban en el último puesto: ocho partidos perdidos, uno detrás de otro. Ya no llenaban los estadios, como en los tiempos gloriosos, y lo que era más triste, se burlaban de los peloteros cuando paseaban por el centro amurallado. Después de cambiar de mánager en dos ocasiones, de armar y desbaratar el equipo en otras, muchas otras, siempre inútilmente, los dueños decidieron jugarse la última carta, definitiva: traer al mejor pelotero de la categoría en los Estados Unidos, costara lo que costara. Ese pelotero se llamaba Jesse Concepción.



En Cartagena no se habló de otra cosa desde dos semanas antes de su llegada. *El Diario* publicó en primera página una fotografía espectacular de Jesse Concepción, durante un partido en su estadio de Baltimore. Los comentaristas de radio repetían a cada instante que Jesse Concepción venía con el más alto *average* logrado por un pelotero de su categoría en la historia del béisbol organizado, y que gracias a él su equipo del la doble A había sido campeón. A su vez estos datos escuetos eran alimentados cotidianamente con otro propósito más espectacular: Jesse Concepción volvería a hacer de *Los Indios* el equipo más temido de toda la cuenca del Caribe.

Con tal entusiasmo, los fanáticos volvieron al estadio, para verlos perder. Sin embargo, no importaba: permanecían silenciosos ansiando que Jesse Concepción llegara. Ya vendría la hora de las revanchas, sobre todo con el Kola Román, el otro equipo de la ciudad. Y sin saberse nunca cuál fue su origen exacto, los aficionados que se reunían en el café Moka de la calle El Candilejo, un día terminaron de tejer la aureola de estrella: Jesse Concepción la botaba de jonrón cada vez que quería, simplemente volteándose la gorra. Tampoco se supo jamás cómo llegó la leyenda a este centro neurálgico de la información cartagenera, pero de ahí salió y desde ahí se propagó por toda la ciudad.

Y con esa aureola Jesse Concepción apareció en el estadio *Chita Miranda* la noche del viernes primero de diciembre de mil novecientos cincuenta y cinco. Había llegado tres días antes. Le habían hecho una recepción de héroe. Con calle de honor desde el avión hasta el Hotel Virrey, donde se hospedó con los otros peloteros extranjeros del equipo. Había tenido que hacer rueda de prensa, firmar autógrafos, retratarse con la reina nacional de la belleza, ese año cartagenera, y asistir a dos comidas ofrecidas como homenaje, una en el Club Popa y la otra en el Guanipa de Crespo, a la orilla del mar. Quienes lo vieron esos días por primera vez le dieron inmediatamente ese calificativo que más tarde sería de una triste resonancia irónica: tiene pinta de *big-league*.

Sólo pudo realizar una práctica, el día anterior a su debut y lo hizo no tanto para conocerse con sus compañeros, como insinuó, sino para sentir el terreno del diamante de béisbol. La gramilla le pareció un poco reseca, y siguiéndose por un vago presentimiento pidió no jugar esa semana, pero era imposible, Jesse: sin que nadie lo hubiera anunciado toda Cartagena lo daba por hecho. Y aquella noche del primero de diciembre el *Chita Miranda* estaba de bote en bote. Por esas cosas del béisbol, le tocaba debutar frente al lanzador de pelota que más había humillado a *Los Indios*: el zurdo de oro Yoshiko Nakamura, del Willard de Barranquilla. Al salir hacia el campo un rugido de aplausos y petardos voladores le ensordeció, y cuando tuvo que recoger una pelota fácil él pensó que todo le saldría bien esa noche, como siempre. No sospechaba que se equivocaba, y fue precisamente esa confianza natural lo que le ayudó al derrumbamiento.

Tampoco sospechaba que los fanáticos estaban convencidos de que él repetiría esa noche la hazaña del pelotero estrella del *Kola*, el cegatón Kent Güetler, quien botó de *jonrón* la primera bola que le lanzaron en ese mismo estadio la tarde de su debut, un año antes. Por eso lo aplaudieron ruidosamente cuando él fue a batear, gritándole que se volteara la gorra. Él no conocía aún el idioma

en clave, secreto, que habla Cartagena, y además, todo le parecía divertido. Sin preocuparse demasiado por lo que hacía bateó un globito inofensivo, poniéndose *out*. Nunca antes reinó en el *Chita Miranda* un silencio de muerte como en aquel instante: la expectativa seguiría hasta que él volviese a batear, aplazando indefinidamente una dicha que el público ya sentía sin fundamentos. Y esa larga espera caldeó los ánimos mas allá de lo posible: en las dos veces siguiente que le tocó batear, llegó hasta la primera base de la manera menos digna para su prestigio: por error y por base concedida. Y aún así, no pudo salir de allí. Para entonces, ya Jesse sentía una atmósfera nueva, de resentimiento, que venía de las graderías, y si el partido hubiera terminado en la novena entrada, como normalmente sucede, quizás las cosas habrían sido distintas para Jesse Concepción. Pero no, el partido se alargó por empate a cero carreras, y en la décima entrada tuvo que batear por cuarta vez en esa noche inútil, ahora con el triunfo en sus manos.

La posibilidad de que Jesse Concepción hiciera ganar el partido a *Los Indios* sirvió para que el público lo volviera a aplaudir como al principio, renovando momentáneamente las esperanzas ya perdidas. Con todo, él sintió detrás de ese afecto repentino el más profundo pesimismo jamás venido de un estadio. Además cuando salía de la cueva rumbo a la caja de bateo, oyó un silbido como de burla. No le paró bolas. Ya bateando escuchó que alguien le gritaba algo que por su acento creyó una ofensa: tampoco le hizo caso. Jesse quería sentirse tranquilo, no llevarse por la emoción del público. De pie frente al lanzador, el seguía esperando tranquilamente la bola precisa que había esperado toda la noche, y que ahora anhelaba con más serenidad porque podría servir para el triunfo. Sin embargo, la noche parecía estar en su contra. A la cuenta de dos bolas dos *strikes*, vio que el zurdo Nakamura hacía el movimiento característico para lanzarle la bola que tanto había esperado. Cuando se disponía a batearla, feliz, alguien le volvió a gritar desde las graderías la misma ofensa de un momento antes, y que fue dicha con tanto odio y resentimiento que Jesse sintió como si se la hubieran gritado ahí mismo, en sus espaldas. Fue un momento fugaz, que nadie alcanzó a notar, pero trágico para Jesse porque rompió el maravilloso equilibrio que tanto le envidiaban sus compañeros de Baltimore: resbalando en la oscuridad dudó un instante en mover el bate, aturdido.

Al reaccionar, intentando librarse desesperadamente de todas las barreras que se le iban acumulando, ya la bola venía cambiando de rumbo en una curva magistral: abanicó a la nada, llevándose por delante todo su aire de campeón de ligas mayores, se ponchó, sintiendo la abrumadora rechifla del mismo público que en días anteriores tanto lo habían pechichado. Luego, ya con los

nervios desechos, indefenso para la realidad, terminó de enterrarla con las bases llenas, le batearon una pelota más fácil que la *fildeada* al comienzo del juego, buena para acabar con todo, pero no pudo con ella: temblando de miedo se le enmantequilló en las manos, como si intentara agarrar un pollito y su error le costó la pérdida de *Los Indios* cuando debutaba como una estrella en el estadio *Chita Miranda* de Cartagena.

A partir de esa noche triste, Jesse Concepción fue cada vez más irregular, y *Los Indios* siguieron perdiendo con más frecuencia que antes. Rápidamente adquirió mala fama de pelotero pelota, con uno de los *averages* más bajos de la temporada. Quienes lo habían visto jugar en su estadio de Baltimore no lo reconocían: él, que allá realizaba jugadas imposibles y bateaba *jonrones* descomunales, era aquí una pobre imagen de sí mismo. Ya no reía alegremente como cuando llegó y sus ojos se volvieron tristes. La figura gigantesca perdió su aureola radiante, adquiriendo a cambio un lánguido aire de desamparo. La gente ya no decía que era único ni cuarto bate ni que tenía pinta de pelotero de grandes ligas, sino que le murmuraban negro feo, cara de boxeador acabado, paquete.

Al comienzo él no se preocupó demasiado: pensó que el ponche memorable de su primera noche había sido por falta de entrenamiento, que, después de coger la forma de siempre, las cosas volverían a ser como antes, cuando era el pelotero estrella de *Los Orioles* de Baltimore. Pero viendo que los días pasaban, y el temblor en las manos continuaba, falto de pulso, se impuso una disciplina militar: se levantaba a las seis para hacer maratón por toda la playa, desde las Tenazas hasta Marbella, para luego practicar el béisbol con sus compañeros. Pero en el estadio vacío nada notaba, era un pelotero sin problemas, tan normal como el mejor. Nuevamente él alimentaba sus sueños, esperando que la próxima vez sí iba a poder...



Pedro "chita" Miranda, el más grande pelotero de aquellos tiempos (Foto archivo *En Tono Menor*)



Sin embargo, el drama era entrar al diamante de béisbol con el estadio lleno: oía las ofensas del público y se derrumbaba, despedazando sus resueltos propósitos de vencer el pánico: se le adormecían los músculos después de haberlos agilizado en la semana con una paciencia de artista. Se sentía pesado, sin fuerzas para batearle a esos lanzadores que él reconocía sin suficientes calidades para amarrarlo: movía el bate con todo el pulso de su descomunal figura, pero era inútil: salía un bomboncito por ahí o se ponchaba... y cuando le preguntaban qué le pasaba, Jesse siempre

repitió una frase extraña en su idioma del Norte: No la oigo. Su médico y su mánager pensaban que quería decir que no veía la bola de béisbol y lo corregían. Jesse se callaba, más confundido, para volver a repetir después del partido: No la oigo. Y era cierto: Jesse sólo oía el rencoroso rugido del público cartagenero que le gritaba la palabra ofensiva que oyó desde el primer día y que a golpe de tanto oírla ya le sabía el significado: paquete. Era entonces cuando Jesse quería demostrar que no era cobarde ni un pobre diablo inflado por la farsa, ni el rey de pacotilla: era entonces cuando más quería ser todo un *jonronero*, todo un *bigligue*. Pero el pánico lo abrumaba cada vez que quería cruzar el camino de espinas del *dugout* a la caja de bateo. Y allí, ya sin aliento, esperaba lo peor: la bola venía por un lado y él movía su bate por otro, por donde escuchara un sonido distinto al grito del público: ese debía ser la bola, creía. Pero como nunca le dio donde debía ser, Jesse pensaba: si se callaran un segundo, yo podría batear.

Con la ayuda del médico siguió luchando contra su extraño mal. Cambió la alimentación, hizo otros ejercicios y hasta un día probó batear con los oídos forrados en algodón y cera para no escuchar el rugido rencoroso que lo martirizaba. Le fue peor: en el silencio atroz de ese estadio injusto, vio que la gente movía los labios y sumergido en esa especie de bóveda vacía él siguió escuchando perfectamente, bamboleándose y sin equilibrio, la palabra que lo paralizó para siempre: paquete.

Ya ni siquiera soportaba los insultos en la calle, temiendo asomarse a la ventana del Hotel Virrey porque daba a la esquina más concurrida de la ciudad. Mientras sus compañeros recorrían las estrechas, milenarias calles del centro amurallado, él se quedaba en el Virrey o se iba a un grill cercano, llamado Los Siete Mares. Fue otra piedra de escándalo. Los mismos comentaristas que antes hablaran maravillas de él, propagaron desde el café Moka de la calle del Candilejo que Jesse Concepción no bateaba porque llevaba una vida de parranda, y que una haitiana del Siete Mares lo estaba terminando de acabar.

Acusaban al mánager de cómplice porque lo ponía a jugar borracho y amanecido: no había derecho, decían, para que un sinvergüenza pelotero importado se rpiara con las putas el dinero de un equipo entero, que era lo que le pagaban a Jesse Concepción; que con ese dinero se podía traer al gran DiMaggio (con Marilyn y todo) e incluso a Roberto Clemente, el espectacular puertorriqueño. Los aficionados, aburridos y resignados, no reaccionaron: para ellos Jesse Concepción no bateaba simplemente, porque era un paquete y el resto no tenía importancia. Entonces, los comentaristas dijeron por radio que era tanto dinero que se podía traer desde el otro mundo al mejor pelotero de todos los tiempos de esta notable ciudad: Inocencio Corpas Petaca, la *Yuya* como le decían, el único que había llegado (aunque sólo por unos días) a las Grandes Ligas. Y bastó que los fanáticos oyeran y recordaran el nombre sonoro de Inocencio Corpas Petaca asociado al de Jesse Concepción, enfrentándosele, para que se creyera el cuento de los comentaristas como antes se habían creído el cuento de su aureola estrella.

Entonces, todo el que llegaba al café Moka decía, sí yo lo vi, amanecido y borracho, y su prestigio de estrella se derrumbó definitivamente. Nadie lo defendió: ni los dueños de *Los Indios*, de cuyas empresas de jabón de pino y de leche aguada salía oficialmente el dinero, ni el manager ni el doctor Martínez, médico del equipo, quien supo siempre lo que sucedía cuando Jesse Concepción se encerraba con la haitiana del Siete Mares: el médico decía que desde las seis de la tarde cuando Jesse entraba hasta las diez y media de la noche,

cuando salía, en este triste bar de mala muerte sólo se escuchaba la música de Nelson Pinedo, Celio González y Felipe Pírela, boleros de siempre que tanto le gustaron a Jesse desde que el miedo al bateo le desbarató la confianza en sí mismo.

Después de una persistente campaña de dieciocho días los comentaristas lograron en una encuesta pública que se le cancelara el contrato. Fue una labor inútil porque desde antes, cuando la gente comenzó a decir que lo habían visto amanecido y borracho, ya Jesse había decidido irse. Volvería a su estadio en Baltimore, de donde no debió haber salido nunca, pensaba. Un jueves triste, brumoso a pesar del verano, liquidó cuentas. Aún así, le dijeron, tenía que jugar el próximo partido. No respondió, recordando con nostalgia que en esa misma oficina del presidente de *Los Indios*, le habían augurado un rotundo éxito, en medio de sonrisas y copas de champaña. Pensó que si jugaba ese domingo, su último partido de contrato serviría al menos para poderse llevar intacto el recuerdo de su grandeza efímera y también su pánico. Además, le daba lo mismo: un partido menos no le iba a resolver el suplicio de su vida: caminar hacia la caja de bateo. Que era precisamente lo que más le había gustado hacer antes de llegar a Cartagena. Pero ese domingo, Jesse no pudo jugar desde el comienzo el partido, porque también el mánager le perdió la confianza: siempre pensó que el mal de Jesse era normal, que a todos les da aunque sea una vez en la vida: Jesse tuvo la desgracia de atravesarlo en ese estadio injusto y rencoroso, y eso lo hacía digno de su comprensión y su cariño. Pero cuando Jesse no se defendió de las acusaciones pensó que era un cobarde más, un mediocre como decía el público, y él sabía que de esa pasta no están hechos los campeones. Por eso no lo puso a jugar en ese partido último de Jesse, cuando *Los Indios* se enfrentaban a los elegantes del *Vanytor*, con un estadio casi lleno, los comentaristas decían, burlándose, que ellos y el público estaban allí para ver por última vez en la banca al torpedero de Baltimore, y *Los Indios* perdiendo, coño.

Pasaron los *innings*, y los comentaristas jodiendo: que lo pusieran. Sin embargo, el mánager no se dejó amedrentar y hasta les mostró la billetera, insinuándoles que a él, yanqui de verdad, no lo asustaban y menos podrían comprarlo. Pero faltaban dos episodios para terminarse el juego, cuando el hombre que cuidaba la tercera base del equipo se fracturó una mano al intentar robarse una almohadilla. No tenían quien lo remplazara y el mánager, viendo que ya las cosas no podrían cambiar en nada el siempre pésimo récord de *Los Indios*, le dijo a Jesse que fuera a ocupar la posición de su compañero, él que regularmente guardaba la segunda. En el primer momento, ante la sorpresa, Jesse

no quería ir: nuevamente el pánico al público lo había vencido. Si finalmente salió a jugar fue porque creyó que más terrible era el miedo a batear y por las cuentas que hizo él, ya no bateaba en ese partido. Sabía que el béisbol es como un ajedrez aunque no alcanzó a darse cuenta que con su entrada el tablero cambiaba de rumbo: faltaban seis *outs* para acabarse el juego y ocho turnos para batear él. Ese último *out*, colocaba un abismo entre Jesse y el momento temido de batear. Sintió, ya descansado, sin presiones ni terrores, que con el *out* final del partido cesaba todo: su calvario, la impotencia, el miedo...

Se equivocaba porque en el noveno *inning* el último *out* anhelado no llegó nunca: los dos compañeros, anteriores a él en el bate, se embasaron. Ni en los momentos más difíciles del pasado él se vio tan desamparado como en ese instante: estaba acorralado. En las graderías de sol y sombra sólo se oía un grito sordo, cargado de odio: paquete, que lo cambien. En el campo de juego, él contemplaba a sus compañeros, ansiosos de que bateara bien, para empatar el partido con las dos carreras de ellos y luego ganarlo con alguien que lo empujara a él. Pero Jesse estaba paralizado, quería gritar, correr hacia el refugio del *dugout*, no oír el rugido del público verdugo que hacía que el *pitcher* le lanzara bolas imposibles. Quería salir de esa trampa adonde había caído, ese infierno llamado Cartagena. Abatido por el terror, fue hacia la caja de bateo, arrastrando todo su pánico y toda su vergüenza y esperó que lo poncharan.

Se equivocaba, porque como iban dos *outs*, a la cuenta de tres bolas dos *strikes* sucedió lo que tenía que suceder: cuando el *pitcher* hizo el balancín para mandarle la bola, el público se puso de pie: sabían que es un instante cumbre de la pelota caliente, donde puede ocurrir cualquier cosa con el último lanzamiento y, sorpresivamente, el público dejó de gritar.

Entonces Jesse oyó en medio de ese silencio expectante de respiración contenida, el zumbido característico que hace la bola de béisbol cuando viene: la oyó perfectamente y la vio toda, del mismo tamaño de su desgracia: fascinado, movió el bate suavemente buscando con firmeza y decisión la trayectoria de la bola. Sintió el golpe seco de la bola estrellándose contra el bate: fue lo único que logró oír, en el silencio profundo del estadio, y luego la voz nítida de un locutor de radio que detrás de él decía y se va y se va y se fue... *Jonrón*. Sólo hasta entonces lo comprendió todo: supo que había sacado la bola del estadio estrellándola contra las paredes del Liceo, supo que por fin *Los Indios* habían ganado un partido, gracias a él. Llorando de la emoción le dio la vuelta al campo, en el medio de la algarabía feliz del público que desde ese instante lo quiso como nunca.

Con ese *jonrón* memorable Jesse Concepción despertó de su inmenso letargo: en las dos semanas siguientes que él pudo quedarse a petición de todos, bateó como un campeón adquiriendo rápidamente un magnífico *average* de estrella. *Los Indios* repuntaron en la tabla de posiciones, renovados con el aire de confianza y poderío que les dio Jesse Concepción antes de irse. La gente volvió al estadio, pidiéndole que se quedara para siempre. Sin embargo, se fue. Prometió volver, pero no pudo. Al año siguiente llegó a las Grandes Ligas, mientras aquí el béisbol decaía porque no volvieron a traer estrellas como él por falta de dinero. Dos años después quiso venir por su cuenta, para jugar una temporada de exhibición con *Los Indios*, pero fue imposible, ya que precisamente ese año se acabó el béisbol profesional en Cartagena.



El bullicio, la pujanza del reclamo, el coraje de entonces... (Foto archivo *En Tono Menor*)

UN BUEN BISTEC

Jack London¹



1891. George Dizon abraza a su manager después de noquear al campeón británico Abbe Willis en California Athletic Club de San Francisco. El asunto fue de cinco asaltos, y Dixon, "Little Chocolate", se erigió en el primer campeón mundial de los plumas (*The Ring Magazine*).

Tom King rebañó el plato con el último trozo de pan para recoger la última partícula de gachas, y masticó aquel bocado final lentamente y con semblante pensativo. Cuando se levantó de la mesa, lo embargaba una inconfundible sensación de hambre. Él era el único que había cenado. Los dos niños estaban acostados en la habitación contigua. Los habían llevado a la cama antes que otros días para que el sueño no los dejara pensar en que se habían ido a dormir sin probar bocado.

La esposa de Tom King no había cenado tampoco. Se había sentado frente a él y le observaba en silencio, con mirada solícita. Era una mujer de clase humilde, flaca y agotada por el trabajo, pero cuyas facciones conservaban

¹ (1876-1916). Narrador norteamericano. Corresponsal en la guerra Ruso-Japonesa. Aventurero singular, desde los 14 años, y de una gran fuerza realista en su literatura. "Un buen bistec" es uno de sus más celebrados relatos; una profunda y certera mirada sobre la vida del boxeo que London tanto vivió y sufrió.

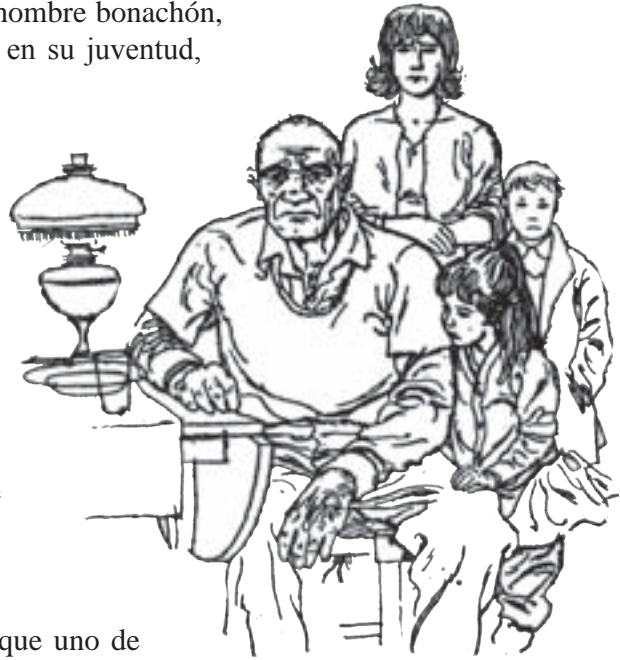
restos de una antigua belleza. La vecina del piso de enfrente le había prestado la harina para las gachas. Los dos medios peniques que le quedaban los había invertido en pan.

Tom King se sentó junto a la ventana, en una silla desvencijada que crujió al recibir su peso. Con un movimiento maquinal, se llevó la pipa a la boca e introdujo la mano en el bolsillo de la chaqueta. Al no encontrar tabaco, se dio cuenta de su distracción y, lanzando un gruñido de contrariedad, se guardó la pipa. Sus movimientos eran lentos y premiosos, como si el extraordinario volumen de sus músculos lo abrumara. Era un hombre macizo, de rostro impasible y aspecto nada simpático. Llevaba un traje viejo y lleno de arrugas, y sus destrozados zapatos eran demasiados endebles para soportar el peso de las gruesas suelas que les había puesto él mismo hacía ya bastante tiempo. Su camisa de algodón (un modelo de no más de dos chelines) tenía el cuello deshilachado y unas manchas de pintura que no se quitaban con nada.

Bastaba verle la cara a Tom King para comprender cuál era su profesión. Aquel rostro era el típico del boxeador, del hombre que ha pasado muchos años en el cuadrilátero y que, a causa de ello, ha desarrollado y subrayado en sus facciones los rasgos característicos del animal de lucha. Era una fisonomía que intimidaba, y para que ninguno de aquellos rasgos pasara inadvertido iba perfectamente rasurado. Sus labios informes, de expresión extremadamente dura, daban la impresión de una cuchillada que atravesara su rostro. Su mandíbula inferior era maciza, agresiva, brutal. Sus ojos, de perezosos movimientos y dotados de gruesos párpados, apenas tenían expresión bajo sus tupidas y aplastadas cejas. Estos ojos, lo más bestial de su semblante, realzaban el aspecto de brutalidad del conjunto. Parecían los ojos soñolientos de un león o de cualquier otro animal de presa. La frente hundida y angosta lindaba con un cabello que, cortado al cero, mostraba todas las protuberancias de aquella cabeza monstruosa. Una nariz rota por dos partes y aplastada a fuerza de golpes, y una ceja deforme, que había crecido hasta adquirir el doble de su tamaño y que hacía pensar en una coliflor, completaban el cuadro. Y en cuanto a su barba, aunque recién afeitada, apuntaba bajo la piel, dando a su tez un tono azulado negruzco.

Si bien aquella fisonomía era la de uno de esos hombres con los que no deseamos encontrarnos a solas en un callejón oscuro o en un lugar apartado, Tom King no era un criminal ni había cometido nunca una mala acción. Dejando aparte las reyertas en que se había mezclado y que eran cosa corriente en los medios que frecuentaba, no había hecho daño a nadie. No se le consideraba pendenciero. Era un profesional de la contienda y reservaba toda

su combatividad para sus apariciones en el *ring*. Fuera del tablado, era un hombre bonachón, de movimientos tardos, y en su juventud, cuando ganaba dinero a espuestas, había sido, no ya generoso sino despilfarrador. Para él el boxeo era un negocio. Cuando estaba en el cuadrilátero, pegaba con intención de hacer daño, de lesionar, de destruir; pero no había animosidad en los golpes: era una simple cuestión de intereses. El público acudía y pagaba para ver cómo dos hombres se vapuleaban hasta que uno de ellos quedaba inconsciente.



El vencedor se quedaba con la parte del león de la bolsa. Hacía veinte años, cuando Tom King se enfrentó con el *Saltaojos*, de Woolloomoollo, sabía que la mandíbula de su contrincante solo estaba firme desde hacía cuatro meses, pues anteriormente se la habían partido en un combate celebrado en Newcastle. Por eso dirigió todos sus golpes contra ella, y consiguió fracturarla nuevamente en el noveno asalto. No le movía ningún resentimiento contra su adversario: procedió así porque era el medio más seguro de dejar fuera de combate a aquel hombre y, de este modo, ganar la mayor parte de la bolsa ofrecida. En cuanto al *Saltaojos*, no le guardó rencor alguno. Ambos sabían que así era el boxeo, y había que atenerse a sus reglas.

Tom King no era nada hablador. En aquel momento en que permanecía sentado junto a la ventana, se hallaba sumido en un huraño silencio, mientras se miraba las manos. En el dorso de ellas se destacaban las venas gruesas e hinchadas. El aspecto de los nudillos, aplastados, estropeados, deformes, atestiguaba el empleo que había hecho de ellos. Tom no había oído decir nunca que la vida de un hombre dependía de sus arterias, pero sabía muy bien lo que significaban aquellas venas prominentes, dilatadas. Su corazón había hecho correr demasiada sangre por ellas a una presión excesiva. Ya no funcionaban

bien. Habían perdido la elasticidad, y su distensión había acabado con su antigua resistencia. Ahora se fatigaba fácilmente. Ya no podía resistir un combate a veinte asaltos con el ritmo acelerado de antes, con fuerza y violencia sostenida, luchando infatigablemente desde que sonaba el *gong*, acosando sin cesar a su adversario, retrocediendo hasta las cuerdas o llevando a su oponente a ellas. Recibiendo golpes o devolviéndolos. Ya no multiplicaba su acometividad y la rapidez de sus golpes en el vigésimo y último asalto, levantando al público de sus asientos y provocando sus aclamaciones, cuando él acometía, pegaba, esquivaba, hacía caer una lluvia de golpes sobre su adversario y recibía otra igual mientras su corazón no dejaba de enviar, con impetuosa fidelidad, sangre a sus venas jóvenes y elásticas.

Sus arterias, dilatadas durante el combate, se encogían de nuevo, pero no del todo; al principio esta diferencia era imperceptible, pero cada vez quedaban un poco más distendidas que la anterior. Se contempló las venas y los estropeados nudillos. Por un momento le pareció ver los magníficos puños que tenía en su juventud, antes de romperse el primer nudillo contra la cabeza de Henry Jones, apodado el *Terror de Gales*. Experimentó de nuevo la sensación de hambre.

– ¡Lo que daría yo por un buen bistec! –murmuró, cerrando sus enormes puños y lanzando un juramento en voz baja.

– He ido a la carnicería de Burke y luego a la de Sawley –dijo la mujer en son de disculpa.

– ¿Y no te quisieron fiar?

– Ni medio penique. Burke me dijo que... –vacilaba, no se atrevía a seguir.

– ¡Vamos! ¿Qué dijo?

– Que como esta noche Sandel te zurraría de lo lindo, no quería aumentar tu cuenta, ya es bastante crecida.

Tom King lanzó un gruñido por toda respuesta. Se acordaba del *bulldog* que tuvo en su juventud, al que le echaba continuamente bistecs fríos. En aquella época, Burke le habría concedido crédito por mil bistecs. Pero los tiempos cambian. Tom King estaba envejecido, y un viejo que tenía que enfrentarse con un boxeador joven en un club de segunda categoría no podía esperar que ningún comerciante le fiase. Aquella mañana se había levantado con el deseo de comer bistec, y aquel deseo no le había abandonado.

No había podido entrenarse debidamente para aquel combate. En Australia el año había sido de sequía y los tiempos eran difíciles. Había dificultades para encontrar trabajo, fuera de la índole que fuera. No había tenido *sparring*, no siempre había comido los alimentos debidos y en la cantidad necesaria. Había trabajado varios días como peón en una obra, y algunas mañanas había corrido para hacer piernas. Pero era difícil entrenarse sin compañero y teniendo que atender a las necesidades de una esposa y dos hijos. Cuando se anunció su combate con Sandel, los tenderos apenas le concedieron un poco más de crédito.

El secretario de *Gayety Club* le adelantó tres libras –la cantidad que percibiría si perdía el combate– y se negó a darle un céntimo más. De vez en cuando consiguió que sus antiguos compañeros le prestasen unos chelines pero no pudieron prestarle más, porque corrían malos tiempos y ellos también pasaban apuros. En resumen, que era inútil tratar de ocultarse que no estaba debidamente preparado para la pelea. Le había faltado comida y le habían sobrado preocupaciones. Además, ponerse “en forma” no es tan fácil para un hombre de cuarenta años como para otro de veinte.

– ¿Qué hora es, Lizzie? –preguntó.

Su mujer fue a preguntarlo a la vecina, y al regresar, le dio la respuesta.

– Las ocho menos cuarto.

– El primer *match* empezará dentro de unos minutos –observó Tom. No es más que un combate de prueba. Después hay un encuentro a cuatro asaltos entre Desler Wells y Gridley, y luego uno a diez asaltos entre Starlight y un marinero. Yo aún tengo para una hora.

Otros diez minutos de silencio, y Tom se puso de pie.

– La verdad es, Lizzie, que no me he entrenado como debía.

Cogió el sombrero y se dirigió a la puerta. No le pasó por la imaginación besar a su mujer –nunca la besaba al marcharse–, pero aquella noche ella lo hizo por su cuenta y riesgo: le echó los brazos al cuello y lo obligó a inclinarse a su rostro. Se veía menudita y frágil junto al macizo corpachón de su marido.

– Buena suerte, Tom –le dijo. Tienes que ganar.

– Sí, tengo que ganar –repitió él. Ni más ni menos.

Se echó a reír, tratando de mostrarse despreocupado, mientras ella se apretaba más contra él. Tom contempló la desnuda estancia por encima del hombro de su esposa. Aquel cuartucho, del que debía varios meses de alquiler, era, con Lizzie y los niños, cuanto tenía en el mundo. Y aquella noche salía en busca de comida para su hembra y sus cachorros, no como el obrero de hoy que se va a la fábrica, sino al estilo antiguo, primitivo, arrogante y animal de las bestias de presa.

– Tengo que ganar –volvió a decir a su esposa, esta vez con rictus de desesperación. Si gano, son treinta libras con lo que podré pagar todas las deudas, y, además, verme un buen sobrante en el bolsillo. Si pierdo, no me darán nada, ni un penique para tomar el tranvía de vuelta, pues el secretario ya me ha dado todo lo que me correspondería en caso de perder. Adiós, mujercita. Si gano, volveré inmediatamente.

– Te espero –dijo ella cuando Tom estaba ya en el rellano.

Había más de tres kilómetros hasta el *Gayety* y, mientras los recorría, recordó sus días de triunfo, cuando era él el campeón de pesos pesados de Nueva Gales del Sur. Entonces habría tomado un coche de punto para ir al combate y, con toda seguridad, alguno de sus admiradores se habría empeñado en pagar el coche para tener el privilegio de acompañarle. Entre los admiradores se contaban Tommy Burns y el yanqui Jack Johnson, que poseían automóvil propio. ¡Y ahora tenía que ir a pie! Como todo el mundo sabe, una marcha de tres kilómetros no es la mejor preparación para un combate. Él era un viejo para el pugilismo, y el mundo no trata bien a los viejos. Él solo servía ya para picar piedra e, incluso, para esto era un obstáculo su nariz rota y su oreja hinchada. Ojalá hubiera aprendido un mejor oficio. A la larga, habría sido mejor.

Pero nadie se lo había enseñado. Por otra parte, una voz interior le decía que él no habría prestado atención si alguien hubiera tratado de enseñárselo. Su vida fue demasiado fácil. Ganó mucho dinero. Tuvo combates duros y magníficos, separados por periodos de descanso y holgazanería. Estuvo rodeado de aduladores que se desvivían por acompañarle, por darle palmadas en la espalda, por estrecharle la mano; de petimetres que le invitaban a beber para tener el privilegio de charlar con él cinco minutos.

Además, ¡aquellos magníficos combates ante un público delirante de entusiasmo! ¡Y aquel último asalto en que se lanzaba a fondo como un torbellino

y el árbitro le proclamaba vencedor! ¡Y leer su nombre en las secciones deportivas de todos los periódicos al día siguiente...!

¡Ah, qué tiempos aquellos! Pero, de pronto, su mente tarda y premiosa comprendió que en aquellos lejanos días él dejaba fuera de combate a los viejos. Él era entonces la juventud que despuntaba, y sus adversarios la vejez que decaía. Era natural que resultara fácil para él: ellos tenían las venas hinchadas, los nudillos rotos y los huesos desvencijados por una larga serie de combates. Recordaba el día en que “noqueó” al maduro Stowsher Bill en Rush-Cutters Bay al décimoctavo asalto y luego lo vio llorando en los vestuarios, llorando como un niño. Acaso el viejo Bill debía también varios meses de alquiler y acaso le esperaban en su casa su mujer y sus hijos. ¡Y quién sabe si aquel mismo día, el del combate, había sentido el deseo de comerse un buen bistec! Bill combatió valientemente, recibiendo a pie firme una soberana paliza. Ahora que él pasaba el mismo calvario, comprendía que aquella noche de hacia veinte años, Bill luchó por algo más importante que su adversario, el joven Tom King, que solo trataba de ganar dinero y gloria fácilmente. No era extraño que Stowsher Bill hubiese llorado en los vestuarios amargamente después del combate.

No cabía duda de que cada púgil podía soportar un número limitado de combates. Era una ley inflexible del boxeo. Unos podían librar cien encuentros durísimos, otros solo veinte. Cada cual, según sus dotes físicas, podía subir al *ring* tantas y cuantas veces. Después, quedaba al margen.

Él se había pasado de la raya, había librado más combates encarnizados de los que debía, encuentros en que el corazón y los pulmones parecía que iban a estallar; contiendas que hacían perder elasticidad a las arterias y convertían un cuerpo esbelto y juvenil en un montón de músculos nudosos; combates que desgastaban los nervios y los músculos, el cerebro y los huesos, por obra del esfuerzo excesivo. Sí, él había resistido más que nadie. No quedaba ya ni un solo de sus antiguos compañeros. Él era el último de la vieja guardia. Había visto cómo iban cayendo todos y había contribuido a poner punto final a la carrera de alguno de ellos.

Le opusieron a los boxeadores ya viejos y él fue liquidando uno tras otro. Y después, cuando los veía llorando en los vestuarios, como había llorado el viejo Stowsher Bill, se reía. Pero ahora el viejo era él, y a su vez tenía que enfrentarse con los jóvenes. Con Sandel, por ejemplo. Había llegado a Nueva Zelanda precedido de un brillante historial. Pero como en Australia aún era un desconocido, se acordó enfrentarlo con el viejo Tom King. Si Sandel hacía

un buen combate, se le opondrían mejores púgiles y las bolsas serían más crecidas. Así pues, era de esperar que luchara como un demonio. Aquel combate era decisivo para él, ya que si ganaba tendría dinero, cobraría nombre y habría dado el primer paso de una brillante carrera. Tom King no era para el más que el muro viejo que le cerraba el paso a la fama y la fortuna. En cambio a lo único que Tom King podía aspirar era a recibir treinta libras que le servirían para pagar al dueño de la casa y a los tenderos. Y mientras cavilaba así, Tom King vio alzarse antes sus ojos hinchados el cuadro de la juventud triunfadora, exuberante e invencible, de músculos suaves y piel sedosa, de corazón y pulmones que no sabían lo que era el cansancio y se reían del jadeo de los viejos. Los jóvenes destruían a los viejos sin pensar que, al hacerlo, se destruían a sí mismos, dilatando sus arterias y aplastando sus nudillos, para ser, al fin, aniquilados por una nueva generación de jóvenes. Pues la juventud ha de ser siempre joven.

Al llegar a la calle de Castlereagh, dobló a la izquierda y, después de recorrer tres manzanas, llegó al *Gayety*. Una multitud de golfillos apiñados frente a la puerta se apartaron respetuosamente al verle y oyó que decían:

– ¡Es Tom King!

Una vez dentro, cuando se dirigía a los vestuarios, encontró al secretario, un joven de mirada viva y expresión astuta, que le estrechó la mano.

– ¿Cómo te encuentras, Tom? –le preguntó.

– Estupendamente –respondió King, a sabiendas de que mentía y de que le hacía tanta falta un buen bistec, que si tuviera una libra, la daría a cambio de él sin vacilar.

Cuando salió de los vestuarios, seguido por sus segundos, y se dirigió al cuadrilátero, que se alzaba en el centro de la sala, estalló una tempestad de aplausos y vítores en el público. Él respondió saludando a la derecha e izquierda, aunque conocía muy pocas de aquellas caras. En su mayoría, eran muchachos que aún tenían que nacer cuando él cosechaba sus primeros laureles en el *ring*. Saltó con ligereza a la alta plataforma y, después de pasar entre las cuerdas, se dirigió a su ángulo y se sentó en un taburete plegable. Jack Ball, el árbitro, se acercó a él para estrecharle la mano.

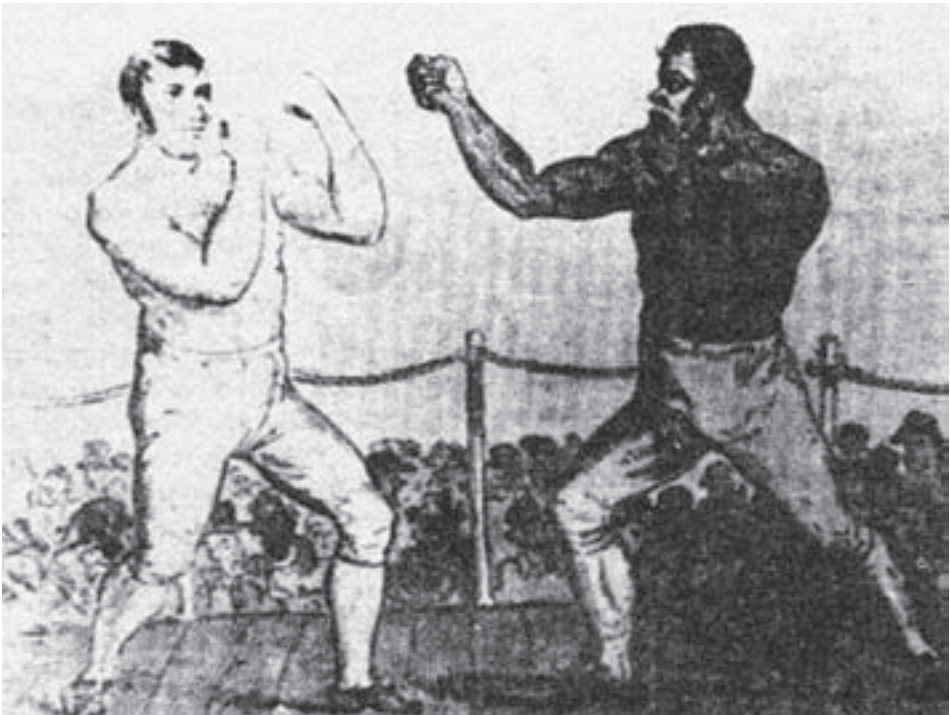
Ball era un boxeador fracasado que desde hacía diez años no pisaba el *ring* como púgil. King se alegró de tenerlo por árbitro. Ambos eran veteranos. Si

él apretaba las tuercas de Sandel algo más de lo que permitía el reglamento, sabía que Ball haría la vista gorda.

Subieron al tablado, uno tras otro, varios jóvenes aspirantes a la categoría de pesos pesados, y el árbitro los fue presentando sucesivamente al público. Asimismo, expuso sus carteles de desafío.

– Young Pronto –anuncio Ball, de Sidney del Norte, reta al ganador por cincuenta libras.

El público aplaudió y loa aplausos se renovaron cuando Sandel trepó ágilmente al *ring* y fue a sentarse en su rincón. Tom King, desde el ángulo opuesto, lo miró con curiosidad, pensando que minutos después ambos estarían enzarzados en implacable combate, y pondrían todo su empeño en noquearse. Pero apenas pudo ver nada, pues Sandel llevaba, como él, un mono de entrenamiento sobre su calzón corto de pugilista. Su cara era muy atractiva. Estaba coronada por un mechón rizado de pelo rubio, y su cuello grueso y musculoso anunciaba un cuerpo de atleta verdaderamente magnífico.



El esclavo norteamericano Tom Molineaux, quien ganó su libertad al vencer al criado de un vecino de su dueño, se enfrenta al campeón inglés Tom Cribb. La pelea duró 33 rounds y una hora bajo la lluvia. Cribb, liquidado en la esquina, retuvo el título por un supuesto golpe bajo de Molineaux. (*Mary Evans Pictures Library*)

Young Pronto se dirigió sucesivamente a los dos ángulos y, después de estrechar las manos a los boxeadores, salió del *ring*. Continuaron los desafíos. Un joven tras otro pasaba entre las cuerdas. Aquellos muchachos desconocidos pero ambiciosos estaban convencidos, y así lo pregonaban, de que con su fuerza y destreza eran capaces de medirse con el vencedor.

Unos años antes, cuando su carrera se hallaba en su apogeo y él se consideraba invencible, aquellos preliminares hubieran divertido y aburrido a Tom King. Pero a la sazón los contemplaba fascinado, incapaz de apartar de sus ojos la visión de la juventud. Siempre existirían aquellos jóvenes que subían al *ring*, y saltaban por las cuerdas para lanzar su reto a los cuatros vientos; y siempre tendrían que caer ante ellos los boxeadores gastados. Y continuaban afluyendo en número creciente, como una oleada de juventud incontenible que arrollaba a los viejos, para envejecer a su vez y seguir el camino descendente, a impulsos de la juventud eterna, de los nuevos mozos que desarrollaban sus músculos y derribaban a sus mayores, mientras tras ellos se formaba una nueva masa de jóvenes. Y así ocurriría hasta el fin de los tiempos, pues aquella juventud voluntariosa era algo inseparable de la humanidad.

King dirigió una mirada al palco de la prensa y saludó con un movimiento de cabeza a Morgan, del *Sportsman*, y a Corbett, del *Referee*. Luego tendió las manos para que Sid Sullivan y Charles Bates, sus segundos, le pusieran los guantes y se los atasen fuertemente, bajo la atenta fiscalización de uno de los segundos de Sandel, que ya habían examinado con ojo crítico las vendas que cubrían los nudillos de King. Uno de los segundo de Tom cumplía la misma misión en el ángulo ocupado por Sandel. Este levantó las piernas para que le despojasen de los pantalones del mono y luego se levantó para que acabaran de quitarle la prenda por la cabeza. Tom King vio entonces ante sí una encarnación de la juventud, un pecho ancho y desbordante de vigor, unos músculos elásticos que se movían como seres vivos bajo la piel blanca y satinada. Todo aquel cuerpo estaba pletórico de vida, de una vida que aún no había dejado escapar nada de ella por los doloridos poros en los largos combates en que la juventud ha de pagar su tributo, dejando algo de ella misma en los tablados.

Los dos púgiles avanzaron había el centro del cuadrilátero y cuando los segundos saltaron por las cuerdas, llevándose los taburetes plegables, ellos simulaban estrecharse las manos enguantadas e inmediatamente se pusieron en guardia. Acto seguido, como un mecanismo de acero puesto en marcha por un fino resorte, Sandel se lanzó al ataque. Asestó a Tom un gancho de izquierda al entrecejo y un derechazo a las costillas. Luego, entres fintas y sin cesar de

saltar sobre las puntas de los pies, se alejó ligeramente de su contrincante para volverse a acercarse enseguida, ágil y agresivo. Era un boxeador rápido e inteligente, que había iniciado la pelea con una espectacular exhibición. El público vociferaba entusiasmado. Pero King no se dejó impresionar. Había librado demasiados encuentros y había visto a demasiados jóvenes. Supo apreciar el verdadero valor de aquellos golpes: eran demasiado rápidos y hábiles para ser peligrosos. Evidentemente, Sandel trataba de forzar el curso del combate desde el comienzo. No le sorprendió.

Esto era muy propio de la juventud, inclinada a malgastar sus espléndidas facultades en furiosos ataques y locas acometidas, alentada por un ilimitado deseo de gloria que redoblaban sus fuerzas.

Sandel atacaba, retrocedía, estaba aquí y allá, en todas partes. Con pies ligeros y corazón vehemente, deslumbrante con su carne blanca y sus potentes músculos, tejía un ataque maravilloso, saltando y deslizándose como una ardilla, eslabonado mil movimientos ofensivos, todos ellos encaminados a la destrucción de King, del hombre que se alzaba entre él y la fortuna. Y Tom King soportaba pacientemente el chaparrón. Conocía su oficio y sabía cómo era la juventud, ahora que la había perdido. Se dijo que tenía que esperar a que su oponente fuese perdiendo fogosidad y sonrió para sus adentros mientras se agachaba para parar un fuerte directo con la base del cráneo. Era una argucia innoble, pero correcta, según el reglamento del pugilismo. El boxeador tenía que velar por sus nudillos y, si se empeñaba en golpear a su adversario en la cabeza, allá él. King podía haberse agachado más para que el golpe no lo alcanzara, pero se acordó de sus primeros encuentros y de cómo se partió la primera vez un nudillo contra la cabeza del *Terror de Gales*.

Aun ajustándose a las reglas del juego, al agacharse había atentado contra los nudillos de Sandel. De momento, este no lo notaría. Seguro de sí mismo e indiferente, seguiría propinando golpes con la misma fuerza durante todo el combate. Pero, andando el tiempo, cuando en su historial tuviera muchos encuentros, el nudillo lesionado se resentiría, y entonces él, volviendo la vista atrás, recordaría el potente golpe asestado a la cabeza de Tom King.

El primer asalto lo ganó Sandel por puntos. El joven boxeador mantuvo a la sala en vilo con sus fulminantes arremetidas. Lanzó contra King un verdadero diluvio de golpes, y King no devolvió ni uno solo: se limitó a cubrirse, mantener una guardia cerrada, esquivar y llegar a veces al cuerpo a cuerpo para eludir el castigo. De vez en cuando, hacía alguna finta, movía la cabeza

cuando encajaba un directo, e iba evolucionando imperturbable por el *ring*, sin saltar ni bailar para no malgastar ni un átomo de energías. Debía dejar que Sandel desahogara el ardor de su juventud, y solo entonces replicarle, pues no debía olvidar sus cuarenta años.

Los movimientos de King eran lentos y metódicos. Sus ojos, casi inmóviles bajo los gruesos párpados, le daban el aspecto de un hombre adormilado y aturdido. Sin embargo, no se le escapaba ningún detalle: su experiencia de más de veinte años le permitía verlo todo.

Sus ojos no pestañeaban ni desviaban al recibir un golpe, porque así podían ver y medir mejor las distancias.

Cuando, al terminar el asalto, fue a sentarse en su rincón a descansar, se recostó con las piernas extendidas y apoyó los brazos en el ángulo recto que formaban las cuerdas. Entonces su pecho y su abdomen empezaron a subir y a bajar en profundas aspiraciones, mientras le acariciaba el rostro el aire de las toallas con que lo abanicaban sus segundos.

Con los ojos cerrados. Tom King escuchaba el clamoreo del público.

– ¿Por qué no luchas, Tom? –le gritaron. ¿Es que tienes miedo?

– Le pesan los músculos –oyó que comentaba un espectador de primera fila. No puede moverse con más rapidez. ¡Dos libras contra una a favor de Sandel!

Sonó el *gong* y los dos púgiles abandonaron sus rincones. Sandel recorrió tres cuartas partes del cuadrilátero, ansioso de reanudar la contienda. King apenas se apartó de su rincón. Esto formaba parte de su plan de ahorro de fuerzas. No había podido entrenarse como era debido, no había comido lo suficiente, y el menor movimiento innecesario tenía su importancia. Además, había que tener en cuenta que había recorrido a pie más de tres kilómetros antes de subir al *ring*. Aquel asalto fue una repetición del primero: Sandel atacaba en tromba y el público, indignado, abucheaba a King al ver que no combatía.

Aparte algunas fintas y varios golpes lentos e ineficaces, se limitaba a mantener una guardia cerrada, parar golpes y agarrarse al adversario. Sandel deseaba acelerar el ritmo del combate, y King, hombre con experiencia, se negaba a secundarlo. En su rostro deformado por los golpes había una melancólica

sonrisa, y Tom seguía economizando fuerzas celosamente, como solo puede hacerlo un boxeador maduro. Sandel era joven y derrochaba sus energías con la prodigalidad propia de la juventud. El generalato del *ring* correspondía a Tom, y suya era también la sabiduría cosechada a costa de largos y dolorosos combates.

Observaba a su adversario con mirada fría y ánimo sereno, moviéndose lentamente, en espera de que se agotara el ardor de Sandel. Para la mayoría de los espectadores, aquello era buena prueba de que King era incapaz de medirse con su joven adversario, opinión que expresaban en voz alta, apostando a razón de tres a uno a favor de Sandel. Pero aún quedaban algunos espectadores prudentes que conocían a King desde hacía años y aceptaban estas ofertas, con grandes esperanzas de ganar.

El tercer asalto comenzó como los anteriores. Sandel llevaba la iniciativa y castigaba duramente a su adversario. Pero, aún no había transcurrido medio minuto, el joven, excesivamente confiado, se olvidó cubrirse, y los ojos de King centellearon a la vez que su brazo derecho se lanzaba como un rayo hacia delante. Fue su primer golpe de verdad: un gancho reforzado, no solo por el hábil movimiento del brazo, sino por el peso de todo el cuerpo. El león adormecido acababa de lanzar un imprevisto zarpazo.



Sandel, tocado en un lado de la mandíbula, cayó como un buey abatido por el matarife. El público se quedó pasmado: algunos aplaudieron tímidamente, mientras por toda la sala corrían murmullos de admiración.

¡Caramba, caramba! King no tenía los músculos tan embotados como se creía, sino que era capaz de asestar verdaderos mazazos.

Sandel quedó inconsciente, hizo girar su cuerpo hasta ponerse de costado e intentó levantarse, pero al oír los gritos de sus segundos que le aconsejaban esperar hasta el último instante, no acabó de ponerse de pie, sino que se quedó con una rodilla en el suelo. El árbitro se inclinó hacia él y empezó a contar los segundos con voz estentórea junto a su oído. Cuando oyó decir ¡Nueve!, Sandel se levantó con gesto agresivo, y Tom hubo de hacerle frente, mientras se lamentaba no haberle dado el golpe un par de centímetros cerca del mentón, pues entonces habría conseguido el fuera de combate y vuelto a casa con treinta libras para su mujer y sus hijos. El asalto continuó hasta que se cumplieron los tres minutos reglamentarios. Sandel empezó a mirar con respeto a su oponente. Por su parte, King seguía moviéndose con lentitud y su mirada aparecía tan soñolienta como antes.

Cuando el asalto estaba a punto de terminar, King se dio cuenta de ello al ver a los segundos agazapados junto al cuadrilátero. Estaban preparados para subir, pasando las cuerdas. Entonces llevó el combate hacia su rincón, y, cuando sonó el *gong*, pudo sentarse inmediatamente en el taburete que ya tenía preparado. En cambio, Sandel tuvo que cruzar de ángulo a ángulo todo el *ring* para llegar a su sitio. Esto era una pequeñez, pero muchas pequeñeces juntas pueden formar algo importante. Al verse obligado a dar aquellos pasos de más, Sandel perdió, no sólo cierta cantidad de energía, sino una parte de los preciosos sesenta segundos de descanso. Al principio de cada asalto, King salía perezosamente de su rincón, con lo que obligaba a su adversario a recorrer una distancia mayor, y cuando el asalto terminaba, King estaba en su sitio y podía sentarse inmediatamente. Transcurrieron otros dos asaltos en los que King economizó sus fuerzas con toda parsimonia, mientras que Sandel derrochaba energías. Los esfuerzos que el joven púgil hacía por imponer un ritmo más vivo a la lucha resultaron bastantes enojosos para King, que hubo de encajar una parte bastante crecida del diluvio de golpes que cayó sobre él. Sin embargo, King mantuvo su deliberada lentitud, sin importarle el griterío de los jóvenes vehementes que querían verle pelear.

En el sexto asalto, Sandel volvió a tener un descuido, y la terrible derecha de Tom King lanzó un nuevo disparo contra su mandíbula. Otra vez contó el árbitro hasta nueve.

Al comenzar el séptimo asalto, se vio claramente que el ardor de Sandel se había esfumado. El joven boxeador se percataba de que estaba librando el combate más duro de su carrera. Tom King era un boxeador gastado, pero el de más calidad que se le había opuesto hasta entonces; un boxeador maduro que

no perdía la cabeza, que se defendía con extraordinaria habilidad, cuyos golpes eran verdaderos mazazos y que tenía un fuera de combate en cada puño. Pero Tom King no se atrevía a utilizar estos potentes puños demasiado, pues no se olvidaba de que tenía los nudillos lesionados y sabía que, para que pudieran resistir todo el combate, tenía que racionar los golpes prudentemente.

Mientras permanecía sentado en su rincón, mirando a su adversario, pensó que la unión de su experiencia y de la juventud de Sandel produciría un campeón mundial. Pero esta mezcla era imposible. Sandel no sería campeón del mundo. Le faltaba experiencia, y esta solo podía obtenerse a costa de la juventud. Cuando Sandel tuviera experiencia, advertiría que había gastado su juventud para adquirirla.

King recorrió a todas las tretas y argucias. No desaprovechaba ocasión de agarrarse a su adversario y, cada vez que llegaba al cuerpo a cuerpo, clavaba con fuerza el hombro en las costillas de Sandel. En la teoría pugilística no había diferencia entre un hombro y un puño si con ambos podía hacerse el mismo daño, y el hombro aventajaba al puño en lo concerniente a la pérdida de energías. Asimismo, cuando se agarraban los dos púgiles, King descargaba todo el peso de su cuerpo sobre su contrincante y se resistía a soltarse. Esto obligaba al árbitro a intervenir para separarlos, en lo cual hallaba las mayores facilidades, por parte de Sandel, que todavía no había aprendido a descansar de este modo. El joven no podía dejar de emplear sus magníficos brazos ni su lozana musculatura. Cuando King se aferraba a él clavándole el hombro en las costillas e introduciendo la cabeza bajo su brazo izquierdo Sandel le golpeaba el rostro pasando su brazo derecho por detrás de su espalda. Era un castigo espectacular que provocaba murmullos de admiración en el público, pero sin ninguna eficacia. Por el contrario, sólo servía para hacer perder energías a Sandel. Este, incansable, no se daba cuenta de que todo tiene un límite. King sonreía y no se apartaba de su prudente táctica.

Sandel asestó un sonoro rechazazo al cuerpo de King, que la masa de espectadores consideró como un rudo castigo, pero los pocos expertos que había en la sala percibieron el hábil movimiento del guante izquierdo de Tom, que tocó el bíceps de Sandel en el momento en que éste lanzaba el fuerte rechazazo. Sandel repitió una y otra vez este golpe, consiguiendo que siempre llegara a su destino, pero nunca con eficacia, debido al ligero contragolpe de King.

En el noveno asalto, y en un solo minuto, Tom alcanzó con tres ganchos de derecha la mandíbula de Sandel, y las tres veces el corpachón del joven besó la

lona y el árbitro hubo de contar hasta nueve. Sandel quedó aturdido y ligeramente conmocionado, pero conservaba las energías. Había perdido velocidad y economizaba sus fuerzas. Tenía el ceño fruncido pero seguía contado con el arma más importante del boxeador: la juventud. El arma principal de King era la experiencia. Cuando empezó el declive de su vitalidad, cuando su vigor empezó a disminuir, los reemplazó con la astucia, la sabiduría cosechada en mil combates y una escrupulosa economía de sus fuerzas. King no era el único que sabía eludir los movimientos superfluos, pero nadie como él poseía el arte de incitar al adversario a despilfarrar sus energías.

Una y otra vez, haciendo fintas con los pies, los puños y el cuerpo, siguió engañando a Sandel: obligándole a saltar hacia atrás sin motivo, a esquivar golpes imaginarios, a lanzar inútiles contraataques. King descansaba, pero no daba descanso a su rival. Era la estrategia de un boxeador maduro.

Al iniciarse el décimo asalto, King detuvo las embestidas de Sandel con directos de izquierda a la cara, y Sandel, que ahora procedía con cautela, respondió esgrimiendo su izquierda, para bajarla enseguida, mientras lanzaba un gancho de derecha a la cara de Tom King. El golpe fue demasiado alto para resultar decisivo, pero King notó que ese negro velo de inconsistencia tan conocido por los boxeadores se entendía sobre su mente. Durante una fracción casi inapreciable de tiempo, Tom dejó de luchar. Momentáneamente, desaparecieron de su vista su adversario y el telón de fondo formado por las caras blancas y expectantes del público..., pero solo momentáneamente. Le pareció que abría los ojos tras un sueño fugaz. El intervalo de inconsistencia fue tan breve, que no tuvo tiempo de caer. El público sólo le vio vacilar y doblar la rodilla. Inmediatamente se recuperó y ocultó más su barbilla en el refugio que le ofrecía su hombro izquierdo.

King, experto boxeador, consiguió elaborar su defensa, que fue también una forma de contraataque. Retrocediendo ligeramente sin dejar de hacer fintas con el brazo izquierdo, lanzó a Sandel un *uppercut* con toda la potencia de su puño derecho. Lo calculó con tanta precisión, que consiguió alcanzar de pleno la cara de Sandel cuando éste se agachaba haciéndolo un regate. El joven, levantado en vilo, cayó hacia atrás y fue a dar en la lona, con la cabeza y la espalda. King repitió este golpe dos veces. Después dio rienda suelta a su acometividad y acorraló a su adversario contra las cuerdas, lanzando sobre él una lluvia de golpes. Sus puños funcionaron sin cesar hasta que el público, puesto en pie, le tributó una estruendosa salva de aplausos. Pero Sandel poseía una energía y una resistencia inagotable, y se mantenía en pie. Se mascaba el *knock-out*. Un capitán de policía, impresionado por el terrible castigo que

recibía Sandel, se acercó al cuadrilátero a suspender el combate, pero en ese preciso instante sonó el *gong*, señalando el fin del asalto, y Sandel regresó tambaleándose a su rincón, donde aseguró al capitán que estaba bien y conservaba las fuerzas. Para demostrarlo, dio un par de saltos y el policía convenido volvió a sentarse.

Tom King, mientras descansaba en su rincón, jadeante, se decía, contrariado, que si el combate se hubiera suspendido, el árbitro se habría visto obligado a declararlo vencedor y la bolsa hubiera ido a parar a su manos. A diferencia de Sandel, él no luchaba por la gloria ni para abrirse paso, sino para ganar treinta libras esterlinas. En aquel minuto de descanso, Sandel se recuperaría.

La juventud será servida. . . Esta frase cruzó como un relámpago por el cerebro de King. Se acordó también de la ocasión en que la oyó: fue la noche en que dejó fuera de combate a Stowsher Bill. El señorito que la había pronunciado tenía la razón. Aquella noche, tan lejana ya, él encarnaba a la juventud. “Pero esta noche –se dijo– la juventud se sienta en el rincón de enfrente”. Ya llevaba media hora de pelea y los años le pesaban. Si hubiese luchado como Sandel, no hubiera resistido ni quince minutos. Lo peor era que no se recuperaba, sus venas hinchadas y su corazón fatigado no le permitían recobrar las pérdidas fuerzas en los descansos entre asaltos y asaltos. Las energías le faltarían ya desde el comienzo de los asaltos. Notaba las piernas pesadas y empezaba a sentir calambres. No debió haber hecho a pie aquellos kilómetros que mediaban desde su casa a la sala de deportes. Y para colmo de desdicha, aquel bistec que no se había podido comer aquella mañana y que tanto había deseado. Se despertó en él un odio terrible contra los carniceros que se habían negado a fiarle. Un hombre de sus años no podía boxear sin haber comido lo suficiente. ¿Que era, al fin y al cabo, un bistec? Una insignificancia que valía unos cuantos peniques. Sin embargo, para él significaba treinta libras esterlinas.

Cuando el *gong* señaló el comienzo del undécimo asalto, Sandel se lanzó impetuosamente, aparentando una gallardía que estaba muy lejos de poseer. King supo apreciar el justo valor de semejante actitud: se trataba de un farol tan antiguo como el mismo boxeo. Para no gastar fuerzas en balde, Tom se abrazó a su adversario. Luego, cuando lo soltó permitió que el joven se pusiera en guardia. Esto era lo que King esperaba. Hizo una finta con la izquierda, consiguió que su contrincante se agachara par rehuirla y, seguidamente, King, retrocediendo un poco, asestó a Sandel un *uppercut* que lo alcanzó en plena cara y lo derribó. Después no le dio punto de reposo.

Encajó mucho, pero pegó mucho más. Acorraló a Sandel contra las cuerdas mediante una serie de ganchos y con toda clase de golpes. Después de desprenderse de sus brazos, le impidió que lo volviera a abrazar, propinándole un directo cada vez que lo intentaba. Y cuando Sandel iba a caer, lo sostenía con una mano y lo golpeaba inmediatamente con la otra para arrojarlo contra las cuerdas, donde no le era posible desplomarse.

El público parecía haber enloquecido. Todos los espectadores, puestos de pie, le animaban con sus gritos.

– ¡Duro con él Tom! ¡Ya es tuyo! ¡Lo tienes en el bolsillo!

Querían que el combate terminara con una lluvia de golpes irresistibles. Esto era lo que deseaban ver; para esto pagaban.

Y Tom King, que durante media hora había economizado sus fuerzas, las derrochó a manos llenas en lo que debía ser el esfuerzo final, un esfuerzo que no podría repetir. Era su única oportunidad ¡O ahora o nunca! Las fuerzas le abandonaban rápidamente, y todas sus esperanzas se cifraban en que, antes de que le abandonasen del todo, habría conseguido que su adversario permaneciera tendido en la lona durante diez segundos. Y mientras seguía pegando y atacando, calculando fríamente la fuerza de sus golpes y el daño que causaban, comprendió lo difícil que era dejar a Sandel fuera de combate. La resistencia de aquel hombre, realmente extraordinaria, era la resistencia virgen de la juventud. Desde luego, Sandel tenía ante sí un futuro lleno de promesas. Él también lo tuvo. Todos los buenos boxeadores poseían el temple que demostraba Sandel.

Sandel retrocedía dando traspiés, perseguido por King, que empezaba a sentir calambres en las piernas y cuyos nudillos comenzaban a resentirse. Sin embargo siguió asestando sus terribles golpes, sin detenerse ante el dolor que cada uno de ellos le producía en sus manos, en sus pobres manos, viejas y torturadas. Aunque en aquellos momentos no recibía ninguna replica de su adversario, King se debilitaba a toda prisa, de modo que pronto se estado igualaría al de Sandel. No fallaba un golpe, pero éstos ya no poseían la potencia de antes y cada uno de ellos suponía para Tom un esfuerzo extraordinario. Sus piernas parecían de plomo y se arrastraban visiblemente por el *ring*. Los partidarios de Sandel lo advirtieron y empezaron a dirigir gritos de aliento al joven boxeador.

Esto decidió a King a realizar un postrer esfuerzo y asestó dos golpes casi simultáneos: uno con la izquierda, dirigido al plexo solar y que resultó un poco alto, y otro con la derecha a la mandíbula. Estos golpes no fueron demasiado fuertes, pero Sandel estaba ya tan conmocionado, que cayó en la lona, donde quedó debatiéndose. El árbitro se inclinó sobre él y empezó a contarle al oído los segundos fatales. Si antes del décimo no se levantaba, habría perdido el combate. En la sala reinaba un silencio de muerte. King apenas se mantenía en pie sobre sus piernas temblorosas. Se había apoderado de él un mortal aturdimiento y, ante sus ojos, el mar de caras se movía y se balanceaba mientras a sus oídos llegaba, al parecer desde una distancia remotísima, la voz del árbitro que contaba los segundos. Pero consideraba el combate suyo. Era imposible que un hombre castigado pudiese levantarse.

Solamente la juventud se podía levantar... y Sandel se levantó. Al cuarto segundo, dio media vuelta, quedándose de bruces, y buscó a tientas las cuerdas. Al séptimo segundo ya había conseguido incorporarse hasta quedar en una rodilla, y descansó un momento en esta postura, mientras su aturdida cabeza se bamboleaba sobre sus hombros. Cuando el árbitro gritó “nueve”, Sandel se levantó del todo, adoptando la adecuada posición de guardia, cubriéndose la cara con el brazo izquierdo y el estómago con el derecho. Así defendía sus puntos vitales, mientras avanzaba agachado hacia King, con la esperanza de agarrarse a él para ganar más tiempo.

Tan pronto como Sandel se levantó, King se le echó encima, pero los dos golpes que le envió tropezaron con los brazos protectores. Acto seguido, Sandel se aferró a él desesperadamente, mientras el árbitro se esforzaba por separarlo ayudado por King. Este sabía con cuánta rapidez se recobraba la juventud y, al mismo tiempo, estaba seguro de que Sandel sería suyo si podía evitar que se repusiera. Un enérgico directo lo liquidaría. Tenía a Sandel en su poder, no cabía duda. Él había llevado la iniciativa del combate, había demostrado mayor experiencia que su contrincante, le llevaba ventaja en puntos. Sandel se desprendió del cuerpo de King tambaleándose, vacilando entre la derrota y la supervivencia. Un buen golpe lo derribaría definitivamente, y, ante esta idea, Tom King, presa de súbita amargura, se acordó del bistec. ¡Ah, si lo hubiera tenido y contara con su fuerza para el golpe que iba a asestar! Concentró sus últimas energías en el golpe decisivo. Pero éste no fue bastante fuerte ni bastante rápido. Sandel se tambaleó, pero no llegó a caer. Con paso vacilante, retrocedió hacia las cuerdas y se aferró a ellas. King, también tambaleándose, le siguió y experimentando un dolor indescriptible, le asestó un nuevo golpe. Pero las fuerzas le habían abandonado. Únicamente le quedaba su inteligencia

de luchador, turbia, oscurecida por el cansancio. Había dirigido el puño a la mandíbula, pero tropezó con el hombro. Su intención había sido darlo más alto, pero sus cansados músculos no le obedecieron. Y, por efecto del impacto, el propio Tom King retrocedió dando traspiés. Poco faltó para que cayera. De nuevo lo intentó. Esta vez su directo ni siquiera alcanzó a Sandel. Era tal su debilidad, que cayó sobre el joven y se abrazó a su cuerpo, para no desplomarse definitivamente a sus pies. King ya no hizo nada para separarse.

Había echado toda la carne al asador: ya no podía hacer más. La juventud se había impuesto. Incluso en aquel abrazo, notaba cómo Sandel iba recuperando sus fuerzas. Cuando el árbitro los separó, King vio claramente cómo se recobraba su joven adversario. Segundo a segundo, Sandel se iba mostrando más fuerte. Sus directos, débiles y vacilantes al principio, cobraron dureza y precisión. Los ofuscados ojos de Tom King vieron el guante que se acercaba a su mandíbula y se propuso protegerla alzando el brazo. Vio el peligro, deseó parar el golpe, pero el brazo le pesaba demasiado y no pudo: le pareció que tenía que levantar un quintal de plomo. El brazo no quería levantarse y él deseó con toda su alma levantarlo. El guante de Sandel ya le había llegado a la cara. Oyó un agudo chasquido semejante al de un chispazo eléctrico y el negro velo de la inconsistencia envolvió su mente.

Cuando abrió de nuevo los ojos, se encontró sentado en su rincón y oyó el clamoreo del público, semejante al rumor del oleaje de la playa de Bondi. Alguien le oprimía una esponja empapada contra la base del cráneo, y Sid Sullivan le rociaba el pecho y la cara con agua fría. Le habían quitado ya los guantes y Sandel, inclinado sobre él, le estrechaba la mano. No sintió rencor alguno hacia el hombre que lo había dejado fuera de combate, y le devolvió el apretón de manos tan cordialmente, que sus nudillos se resintieron. Luego Sandel se dirigió al centro del cuadrilátero, y el griterío del público se acalló para oírle decir que aceptaba el desafío de Young Pronto, y que proponía aumentar la apuesta a cien libras.

King le contemplaba, indiferente, mientras sus segundos secaban el agua que corría a raudales por su cuerpo, le pasaban esponja por la cara y lo preparaban para abandonar el cuadrilátero. King sentía hambre; no era aquella sensación de hambre ordinaria, sino una gran debilidad, una serie de palpitaciones en la boca del estómago que repercutían en todo su cuerpo. Se acordó del momento en que había tenido ante él a Sandel tambaleándose, al borde del *knock-out*. ¡Ah, si hubiese tenido aquel bistec en el cuerpo! Entonces nada habría salvado a Sandel. Le había faltado sólo esto para asestar el golpe decisivo con eficacia. Había perdido por culpa de aquel bistec. Sus segundos trataron de ayudarle a

pasar entre cuerdas, pero él los apartó, y se agachó y saltó solo al piso de la sala. Precedido por sus cuidadores, avanzó por el pasillo central abarrotado de público. Poco después, cuando salió de los vestuarios y se dirigió a la calle, se encontró con un muchacho que le dijo:

– ¿Por qué no le pegaste de firme cuando lo tenías *groggy*?

– ¡Vete al diablo! –le respondió Tom King mientras bajaba los escalones del portal.

Las puertas de la taberna de la esquina estaban abiertas de par en par. Tom King vio las luces del local y las sonrientes camareras y, entre el alegre tintineo de las monedas que saltaban en el mármol del mostrador, oyó diversas voces que comentaban el combate. Alguien llamó para invitarlo a una copa, pero él rechazó la invitación y siguió su camino. No llevaba un céntimo encima. Los tres kilómetros que lo separaban de su casa le parecieron muy largos. Era evidente que envejecía. Cuando cruzaba el Dominio, se dejó caer de pronto en un banco. La idea de que su mujer estaría esperándole, ansiosa de saber cómo había terminado el encuentro, le sumió en una angustiada desesperación. Esto era peor que un *knock-out*: no se sentía con fuerzas para mirarla a la cara.

Estaba desfallecido y amargado. El vivo dolor que sentía en los nudillos le hizo comprender que, aunque encontrase trabajo como peón albañil, tardaría por lo menos una semana en poder empuñar la pala y el pico. Las palpitaciones que le producía el hambre en la boca del estómago le hacían sentir náuseas. Una profunda desolación se apoderó de él y notó que sus ojos se llenaban de lágrimas incontenibles. Se cubrió la cara con las manos y lloró. Y mientras lloraba, se acordó de la paliza que propinó a Stowsher Bill una noche ya lejana. ¡Pobre Stowsher Bill! Ahora comprendía por qué lloró aquella noche en los vestuarios.

ASESORIAS ADUANAS

ADUANE EXPORT

IMPORT EXPORT

CARTAGENA-COLOMBIA

APARTADO AEREO 3608
TELEFONOS: 48 631 - 45 711

EDIFICIO BCO.
INTERNACIONAL
OFICINA 5A

OFICINAS EN
BOGOTÁ
MEDELLÍN
BARRANQUILLA
CARTAGENA

Almacén

LA GRAN VÍA

Rebeca de Lascarro

Tels: 27 668 y 27 484

Telégrafo: "LASCARRO".

Magangué - Bolívar

LOTERIA

DE

BOLIVAR

\$ 5.000.000

USTED GANA Y NOSOTROS CUMPLIMOS

